

# PHILADELPHIA

( NO HAY RELIGIÓN MAS ELEVADA QUE LA VERDAD )

Más allá de la vida de las formas  
Está la vida de la eterna idea  
Más allá de los mundos que perecen  
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

## UNA PROFECIA POR CUMPLIRSE

Y Jesús le dijo: «Mujer, viene la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque tales son los adoradores que el Padre busca.»

El abate Lammenáis, gran genio del Catolicismo, califica esta profecía de Cristo como *la mayor enseñanza* que haya recibido el mundo, bien es cierto que hasta ahora, los humanos no la han comprendido en toda su excelsitud, en toda su espiritualidad sublime, y ha quedado tan solo escrita para la posteridad, en ese libro que más pertenece al porvenir que al pasado y sobre todo al presente; en ese Evangelio bendito, luz entre las tinieblas de la tierra.

Con la presciencia de lo porvenir, Jesús junto al pozo de Jacob, entrega á una mujer de Samaria, la más alta de sus doctrinas, una de esas preciadas perlas que él jamás confiara á la petulancia y al orgullo de los escribas y doctores de la ley, ni tampoco á las multitudes que siguen su divina huella por todas partes en la herencia de Israel. Una mujer extranjera de aborrecida nacionalidad para los hebreos, de credo distinto al suyo, reputada hereje y excluida de la Iglesia de Dios, tiene el dichoso privilegio de recibir la enseñanza *esotérica*. Revélansese uno de esos *misterios del reino de los cielos* que el Maestro tan solo confía en secreto á un núcleo de elegidos: *Dios es espíritu, es necesario adorarlo en espíritu y en verdad, porque tales son los adoradores que el Padre busca.*

¿Cuándo los hallará? Cuando la religión pida datos á la ciencia; cuando la ciencia busque inspiraciones en la religión. Hasta realizar esa gran síntesis de lo material y lo espiritual, de lo humano y lo divino, la profecía del sublime *Rabbi* quedará únicamente el patrimonio de ciertas almas evolucionadas, llevando en su espíritu la revelación

de una Jerusalém nueva; ciudad celeste, esfumándose entre los dorados esplendores de mística intuición.

Digan lo que quieran los excépticos, los émulos del Gran Profeta, tan justamente apellidado *el Cristo*; su Evangelio ó Testamento, asocia á la más pura enseñanza moral, la lógica convincente de los centros iniciáticos del saber antiguo. Hay unidad en todos sus conceptos, un capítulo lo completa ó explica el otro: *Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*. He ahí la condición indispensable para realizar el culto puro, el culto en espíritu y verdad agradable al Padre: conocer la verdad, descorrer el velo denso de la ignorancia, arrojar fuera el gastado traje del error y de la superstición.

El evangelio del Cristo es *el vino nuevo* servido en *odres nuevos*. No tan solo significar quiere con este símil, los espíritus convertidos al bien, como lo entienden los discípulos de la *letra*, sino al mismo tiempo, los que buscan el conocimiento, el saber; los que investigan el Universo y sus leyes, ese gran libro pregonando las maravillas del Omnipotente que todos estamos obligados á estudiar y conocer.

Olvidáronlo con frecuencia las llamadas iglesias cristianas, sobre todo después de Constantino, éste desgraciado emperador, que no quiso, ó no pudo asimilar la tan profunda sentencia de Jesús: *Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*.

Desde entonces las congregaciones cristianas, dan la espalda más y más al ideal, para perderse en el tenebroso remolino de los intereses materiales.

No fué así en los primeros siglos de la fé evangélica, cuando Orígenes, Tertuliano, Clemente de Alejandría, y otros varones ilustres de la primitiva Iglesia, asociaban las letras y ciencias láicas, á las altas enseñanzas de una religión desnuda por completo de todo sectarismo, de toda pretensión exclusivista.

¡Que bellos esos tiempos apostólicos! vibraba aun en los conmovidos corazones el éco sagrado del sublime Mesías; Pablo, el Magno apóstol de la Cruz, lleno de saber y caridad, sintetizaba en una frase inmortal, la más sagrada, la más justa, la más racional de las aspiraciones morales del hombre; el gran principio de la *libertad espiritual* y de la investigación libre: *Examinadlo todo y aceptad lo que es bueno*. ¡Ah, si las iglesias nacionales, llamándose católicas; si los Concilios y los Papas, inspirándose en tan elevado criterio, siguiendo las huellas del discípulo *Iniciado*, hubiesen respetado como él, los fueros de la conciencia, la evolución cerebral del individuo, hoy no tendríamos que ruborizarnos ante las matanzas de los Albigenses, los horrores de la Inquisición, ni las sangrientas represalias de la Reforma!...

Hay un negro y prolongado paréntesis entre los tiempos apostóli-

de una Jerusalém nueva; ciudad celeste, esfumándose entre los dorados esplendores de mística intuición.

Digan lo que quieran los excépticos, los émulos del Gran Profeta, tan justamente apellidado *el Cristo*; su Evangelio ó Testamento, asocia á la más pura enseñanza moral, la lógica convincente de los centros iniciáticos del saber antiguo. Hay unidad en todos sus conceptos, un capítulo lo completa ó explica el otro: *Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*. He ahí la condición indispensable para realizar el culto puro, el culto en espíritu y verdad agradable al Padre: conocer la verdad, descorrer el velo denso de la ignorancia, arrojar fuera el gastado traje del error y de la superstición.

El evangelio del Cristo es *el vino nuevo* servido en *odres nuevos*. No tan solo significar quiere con este simil, los espíritus convertidos al bien, como lo entienden los discípulos de la *letra*, sino al mismo tiempo, los que buscan el conocimiento, el saber; los que investigan el Universo y sus leyes, ese gran libro pregonando las maravillas del Omnipotente que todos estamos obligados á estudiar y conocer.

Olvidáronlo con frecuencia las llamadas iglesias cristianas, sobre todo después de Constantino, éste desgraciado emperador, que no quiso, ó no pudo asimilar la tan profunda sentencia de Jesús: *Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*.

Desde entonces las congregaciones cristianas, dan la espalda más y más al ideal, para perderse en el tenebroso remolino de los intereses materiales.

No fué así en los primeros siglos de la fé evangélica, cuando Orígenes, Tertuliano, Clemente de Alejandría, y otros varones ilustres de la primitiva Iglesia, asociaban las letras y ciencias láicas, á las altas enseñanzas de una religión desnuda por completo de todo sectarismo, de toda pretensión exclusivista.

¡Que bellos esos tiempos apostólicos! vibraba aun en los conmovidos corazones el éco sagrado del sublime Mesías; Pablo, el Magno apóstol de la Cruz, lleno de saber y caridad, sintetizaba en una frase inmortal, la más sagrada, la más justa, la más racional de las aspiraciones morales del hombre; el gran principio de la *libertad espiritual* y de la investigación libre: *Examinadlo todo y aceptad lo que es bueno*. ¡Ah, si las iglesias nacionales, llamándose católicas; si los Concilios y los Papas, inspirándose en tan elevado criterio, siguiendo las huellas del discípulo *Iniciado*, hubiesen respetado como él, los fueros de la conciencia, la evolución cerebral del individuo, hoy no tendríamos que ruborizarnos ante las matanzas de los Albigenses, los horrores de la Inquisición, ni las sangrientas represalias de la Reforma!...

Hay un negro y prolongado paréntesis entre los tiempos apostóli-

vos conversos protegidos por Pablo, y que dió origen al primer concilio reunido en Jerusalem bajo la presidencia de Santiago.

Se vé ya desde entonces, la exagerada importancia dada al ceremonial y la tendencia á convertir la unificadora enseñanza del Cristo en religión dogmática, con clero, templo y ritual, á ejemplo de la religión mosaica, en medio de la cual surgía la nueva fe.

Ninguno más entusiasta para llegar á este resultado que Pablo, el antiguo fariseo, llamado al evangelio después de haber sido uno de sus más feroces perseguidores.

Leyendo las epístolas de este gran genio del cristianismo, se vé el importante rol que desempeñó en la nueva iglesia, cuyos fundamentos dogmáticos fueron, por decirlo así, de su exclusiva competencia. Pero él, aunque *Iniciado* y muy entendido en las letras hebreas y griegas, siendo además el entusiasta apóstol de los gentiles, difiere tanto de la personalidad del Cristo, como el Sol central en nuestro sistema planetario de cualquiera de los astros que en su rededor giran, participando de su misteriosa influencia y viviendo su misma vida.

Cristo es el *Hijo del Hombre*, el Profeta Universal; él no pretende fundar una nueva religión; quiere unificarlas todas; reunir en torno de una gran verdad las almas y los pensamientos de los hombres, para elevarlos así al perfeccionamiento moral; no atiende al rango, á la creencia, al sistema del individuo. Iluminado vidente, contempla á la Humanidad y estudia á los hombres en otro plano inaccesible á nuestros torpes sentidos; para él no existen opacidades ni en el órden material ni en el moral; trasparéntasele la conciencia, el estado anímico de los individuos, y al través de las densas cubiertas, contempla la impalpable y velada página del destino de cada uno, como patentizado está á su espíritu superior el sellado libro de los siglos.

Jesús acoge al publicano rechazado por los doctores de la ley, que oraba humildemente en el templo, y declara inaceptable ante Dios la orgullosa justificación del fariseo ortodoxo, aunque éste paga diezmos á la iglesia y ayuna dos veces por semana. Cura á la hija de la cananea incondicionalmente, sin prévia interrogación de su credo, sin advertirle que era una idólatra, que la salvación tan sólo en Israel se alcanzaba, como lo habían asegurado siempre los fanáticos doctores de la ley. Coloca la moral, la línea de conducta por encima de todo credo, de toda profesión de fe. Cuando el *Hijo del Hombre* en el último día juzgará los pueblos de la tierra, no ha de preguntar nada relativo á las opiniones particulares de los hombres: la ley y los profetas encerrados están en estos dos universales preceptos: *Amarás á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como*

á *tú mismo*. Por eso son sus elegidos los que dieron pan al hambriento, vestido al desnudo, hospitalidad al peregrino, cuidados á los enfermos, compasión y alivio á los desgraciados; por eso también Santiago, el discípulo íntimo como Juan, y fiel representante del esoterismo evangélico, nos dice: *La religión pura y sin mácula delante del Dios y Padre, es esta: visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo*, es decir, del sensualismo de esa época, muy semejante al que hoy por todas partes nos invade, pues que, tanto los judíos como los griegos, reducían la religión á puro formulismo y hacían consistir la piedad tan sólo en meras exterioridades, ora ofreciendo víctimas sobre el altar, ora derramando perfumes en sus simbólicas aras.

Pero la iglesia primitiva á la cual Pablo dió todo su espíritu y su genial organización, aun con su característica tendencia judeo-romana, era la depositaria ideal del divino pensamiento de solidaridad universal, puesto que extendía sus brazos y abría su corazón á todo el género humano redimido por el Cristo y restaurado á un alto destino. Esa iglesia no era hostil ni á la ciencia, ni á las letras; ahí están sus grandes apologistas: Orígenes, Clemente de Alejandría, Atenágoras, Justino martir, todos instruidos en los más altos conocimientos de su época y reclamando para sus correligionarios, en brillantes escritos, la libertad de conciencia, la libertad religiosa, como un sagrado derecho incuestionable, pues que ese mismo derecho era por todas partes respetado en el antiguo imperio romano.

¿Por qué esa congregación de creyentes, llamada iglesia cristiana, olvidó en la sucesión de los tiempos sus primeras conciliadoras doctrinas y dió la espalda al ideal de amor y tolerancia predicado por el Cristo y confirmado por sus apóstoles? ¿Por qué la casta paloma del crucificado cedió el lugar á la bestia sanguinaria, embriagándose con la sangre inocente y con la tea encendida de la desolación por todo el orbe? La historia se encarga de responder á estas preguntas; abramos sus páginas y descifraremos el enigma.

M. PRÁXEDES MUÑOZ

M. S. T.

## LA REALIDAD DE LA FRATERNIDAD

Voy a tratar un asunto, de que se habla mucho, que es muy discutido, y que es tal vez de aquellos que más merecen nuestra atención, porque, para concebirlo, aun en parte, nunca serán superfluos nuestros esfuerzos. Es una idea corriente la de que existe una gran Asociación de fraternidad humana, de la que nadie puede aislarse, ni ser excluido; hecho que todo el mundo puede comprobar, por lo menos teóricamente, por muy diferente que sea la manera como que cada uno lo interprete. Esa fraternidad es ahora tan real como nunca, por menos comprendida que sea por las relaciones entre ellas, dentro de los límites de una misma nación, y entre las diversas clases de la sociedad y el hecho se afirma sin sombra de duda, por más que se le niegue. El menosprecio que se haga de la Ley en nada afecta su inmutabilidad.

Sería bueno recordar con este motivo, que las leyes de la Naturaleza se revelan lo mismo, ya sea que se les desprecie, ó que se les obedezca; no siendo posible violar absolutamente una ley natural, ni transformarla en otra. Podemos, si queremos, trabajar en cooperación consciente, voluntaria y gozosa con ella, y entónces, y mientras sea observada, el éxito coronará la empresa. De esta manera, la Ley se encontrará justificada, y su realidad demostrada, por la estabilidad de la obra hecha bajo sus auspicios.

Pero, lo que nos ocurre algunas veces olvidar, es que esta Ley se prueba de igual modo, cuando, en su actividad incesante, destruye lo que no está en armonía con ella; que el encadenamiento de las causas y de los efectos afirma también su inmutabilidad, destrozando, entre las manos de su autor, la obra emprendida con desprecio de sus enseñanzas, y no dejándole más que los despojos. En una palabra, la Ley es siempre inflexible, ya sea que lleve al hombre al éxito, ya sea que lo sepulte en el fracaso; y una de las primeras cosas que se reconocen estudiando la naturaleza, tratando de comprender sus modos de acción, es que sus Leyes se revelan lo mismo por las catástrofes que acarrea su no observancia, como por la dicha y la estabilidad que acompañan á todo lo que se armoniza con ellas.

Una vez comprendido este importante hecho, no pondremos ya en duda la existencia de la Asociación de fraternidad, aunque sucesivamente, todas las naciones la hayan olvidado; y aunque, se hayan fundado, una despues de otra, sociedades sobre la base de la enemistad, más bien que sobre un sentimiento de fraternidad; pues, en seguida hemos de ver á esas naciones y á esas sociedades caer, en bancarrota de principios, por haberse asentado sobre una base contraria á la Ley, la que hace añicos lo que le resiste, de la misma manera que defiende y protege, lo que se armoniza con ella.

Hasta aquí, pues, el hecho de no encontrar en la historia traza alguna de una Asociación de fraternidad, no debe disuadirnos de aceptar la Ley. En todas partes hoy, la paz, ha cedido el sitio á la lucha; en todas partes resuenan gritos de guerra y de agitación; el porvenir, amenaza más aún que el presente; y las nubes que cubren el horizonte, son mucho más oscuras que las que vemos sobre nuestras cabezas. No atribuyamos esto á una ruptura de la Ley; no veamos en ello el indicio de su no existencia; y reconozcamos más bien que la divina Providencia, guiando la Evolución, ha debido enseñar á los hombres por el dolor, lo que han rehusado aprender por el precepto. Comprendamos, además, que el hombre por una dura experiencia, aprende esta lección: que la ausencia de fraternidad engendra la desdicha y que el dolor, la angustia y la muerte, siguen á los crímenes de las naciones que ignoran entre ellas la fraternidad y niegan la base comun de todas las razas.

Hojeando nuestros periódicos ¿que signo bien característico de nuestra época, se desprende de ellos? El aumento creciente de los ódios de raza, el antagonismo, desarrollandose entre las naciones y entre las razas; y, aquellos ódios más afirmados aún que los ódios nacionales! Estas divisiones fundamentales de la naturaleza exterior del hombre, lo han cegado hasta el punto de no ver el principio fundamental de la Unidad; nadie reconoce nada de común con los hombres de otra raza.

Tomemos dos ejemplos notables en la prensa cuotidiana. El antagonismo de raza, no se vé solamente entre las naciones oprimidas, sino tambien entre las naciones dirigentes. Un grito se eleva de la China y se acentúa más cada día: el de desembarazarse del extrangero y arrojarlo al mar. No tengo para qué entrar en las causas originarias de este grito, que podría justificarse á los ojos de los que conocen las intimidades del terrible conflicto actual. Quiero simplemente señalar aquí el antagonismo que se exala de este deseo furioso de arrojar al hombre blanco, de la patria del hombre amarillo.

Por nuestra parte condenamos absolutamente semejante sentimiento de los chinos; lo estigmatizamos como una evidencia de barbarie; y

mos de los negros suplicados en América, cuya agonía se ha prolongado doce horas, antes que la muerte pusiera término á sus dolores! Esas angustias infligidas á los negros por los blancos eran seguramente criminales, y es una pobre excusa, el imputarlas á cuenta de la justicia. Se debe castigar al criminal por las leyes del Estado, y no por la tortura del fuego, como se ha hecho con tanta frecuencia en América. Recordad este grito lanzado en Nueva Orleans, por una turba de 3.000 hombres: «¡Barramos á todos los negros hasta echarlos fuera del Estado!», y vereis muy poca diferencia entre ese grito proferido en Nueva Orleans por los blancos civilizados, y el de los presuntos bárbaros chinos. Es el mismo espíritu, el mismo ódio de raza; sólo que de parte de los blancos no nos choea, porque somos blancos. *Sentimos* el ultraje dirigido contra nosotros; ¿creeis que *ellos* no sienten, el ultraje que se les dirige? Y las naciones blancas ¿no debían sacarse la viga del ojo, antes de emplear para los chinos un lenguaje tan violento?

En los días críticos por que atravesamos, es necesario recordar lo siguiente: Cada hombre ó mujer, que rehuse compartir el furor popular ó acrecer sus clamores, y que oyendo pronunciar un fallo inicuo tome la defensa del oprimido, tenderá á moderar la opinión pública, y habrá contribuído á detener el impulso del ódio y á dirigir á la humanidad hácia mejores sentimientos.

Aquellos que creen en la realidad de una Asociación de fraternidad, no debían manchar jamás sus labios con una palabra cruel dirigida aún á los mismos que combaten contra su patria. Hablemos un lenguaje de paz, hasta en medio de la guerra, no con el fanatismo de los que preconizan la guerra, sino con el criterio ponderado del que examina los dos aspectos de la cuestion y emite un juicio equitativo, en vez de argumentos injuriosos para el adversario. Que nosotros, por lo menos, que creemos en esta fraternidad, representemos el elemento pacífico en nuestra nación, mientras dure la época de agitación que atravesamos. Para tener esta fuerza, elevemos esta cuestión de Asociación de fraternidad, á la altura de un principio; mirémosla como una verdad sobreentendida, cuyo conocimiento nos llenará de firmeza y de calma.

Debemos probar que esta Fraternidad es para el hombre una verdad espiritual fundamental; que se apoya sobre la unidad de la naturaleza espiritual; que existe de hecho para la Vida Divina Una, de la que todos somos emanaciones; y que esta Fraternidad no tiene su raíz en la tierra sino en las profundidades mismas del mundo invisible donde nuestra naturaleza esencial tiene su morada. La Fraternidad humana se parece al árbol maravilloso de que se habla

que tenía cuando entró. Mientras permanecéis allí sentados, cambiáis unos con otros, las moléculas constituyentes de vuestros cuerpos. Algunas de las mías van á vosotros y una parte de las vuestras vienen á mí; de suerte que cada uno al irse, llevará algo de los demás en su cuerpo, y les dejará en cambio algo del suyo. Si pudiérais ver, como con un microscopio, observárais en todo resacinto, alrededor de cada persona, una especie de fuente atravesada como por dos corrientes de agua, una entrante y saliente la otra, cambiando sin cesar sus moléculas constitutivas con otras corrientes existentes también en la sala.

Esta es la raíz de la Fraternidad física entre los hombres. Los cuerpos que habitamos, trusean sin cesar sus moléculas entre sí. ¿Cómo podemos, pues, decir: «Mi cuerpo me pertenece y lo uso como me parece?» En realidad ningún cuerpo es de alguien, porque cambia siempre, y es de la mayor importancia para cada uno de nosotros, que aquellos que nos rodean sean sanos, puros y limpios, desde el momento en que, si cambiamos partículas de nuestros cuerpos, es completamente imposible mantenernos sanos estando el vecino enfermo.

Esta es una verdad fundamental de la naturaleza física y son siempre los miserables quienes por ella sufren, porque no quieren reconocerla y obedecerla como á una ley vital. Miles de gentes yacen en la ignorancia, la pobreza y la miseria, sin saber nada de las leyes de la vida. En nuestras grandes ciudades se encuentran siempre así, barrios contaminados por la enfermedad, donde el pueblo vive entre el hambre y la suciedad. Los cuerpos minados envenenan la salud pública, disminuyen la vitalidad general y dañan inconscientemente, á toda la población urbana.

Es de la mayor importancia para todos, independientemente del interés de los pobres mismos, el desarraigar el pauperismo de nuestras ciudades, enseñar á todos las leyes de la higiene y darles el medio de observarlas.

La salud no puede existir para ninguno de nosotros, mientras nos veamos rodeados por esos focos de miserias, y si observamos que la salud popular declina, que la vitalidad baja y que no se pueden soportar las luchas ordinarias de la existencia, la causa, no se debe solo al recargo intelectual, al esfuerzo demasiado intenso que la vida nos impone, sino también al decrecimiento de vitalidad física debida á la miseria que sufre la mayor parte de esta población, pues cada individuo débil y enfermo, actúa como un vampiro sobre los individuos sanos y fuertes. La naturaleza busca el equilibrio, establece un contrapeso entre las fuerzas por las cuales se expresa, y la falta de vitalidad de las clases ricas, hoy es causada en parte, aún cuando no enteramente, por el decrecimiento de vitalidad de las clases pobres que las rodean.

Es así como la Asociación de fraternidad se manifiesta sobre el plano físico. ¡Pero qué triste y terrible cosa es, verla afirmarse por una comunidad de enfermedades y de degeneraciones, cuando podría hacerlo por una comunidad de salud, de vitalidad vigorosa y de alegría!

Es esta una gran lección que la naturaleza nos enseña por el aguijón del sufrimiento, cuando no queremos aprenderla por la caridad y por el amor. Aún á este precio la lección es útil porque el conocimiento de esta ley, hoy reconocida por la ciencia, modificará la civilización, y será una de las fuerzas sociales que trabajen por la evolución del mundo físico, y preparen el advenimiento de la noble raza que mirará á la Fraternidad como una de las leyes de la vida, y á la miseria como un escándalo público.

Actualmente las enseñanzas de la ciencia vienen á confirmar las de la religión, demostrándonos, por hechos exactos y tangibles, que no se puede vivir para sí mismo, y que existe una vida común en la que todos debemos tomar parte.

Pasemos ahora del plano físico al plano emocional, y veamos con qué fuerza se afirma en él, la Asociación de la fraternidad. Observe-mos cómo las corrientes del sentimiento nacional se buscan mutuamente, barriéndolo todo á su paso; como pasan las pasiones nacionales, ya sean de amor ó de odio, de un corazón á otro, mostrando así que esos corazones, templados al mismo diapason, dan la misma tónica! Veamos como se puede actuar en este mundo de las emociones, por medio de esta Asociación fraternal, para derramar la felicidad ó la desdicha, la concordia ó la discordia, el amor ó el odio, para reunir los seres ó para desunirlos. No me entretendré más sobre este asunto, porque ya he hablado de los grandes poderes que poseéis (1) en vosotros mismos, cuando he tratado de las emociones. Sobre ese plano como sobre el plano físico, encontrareis que las vibraciones unen á los seres humanos; encontrareis á los hombres reunidos en Asociación de fraternidad sobre el plano astral ó emocional, como sobre el plano físico que nos es familiar. Y veréis también que esta Asociación puede emplearse para la dicha ó para el infortunio, para el bien ó para el mal, proporcionalmente á nuestro saber y á nuestra buena voluntad.

Hasta hoy, la ciencia no nos ayuda mucho para el desarrollo de ésta teoría, aún cuando nos relata numerosos hechos constatando la trasmisión de las emociones como una de las fuerzas activas de la vida humana. La ciencia oculta nos prestará mayor concurso que la ciencia occidental y nos explicará clara y minuciosamente porqué

(1) Véase la Revista Teosófica francesa, de noviembre de 1900.—N. del A.

somos hermanos sobre el plano astral como sobre el plano físico. Es por que nuestros cuerpos astrales se parecen á nuestros cuerpos físicos, y como ellos, vibran al unísono. Entónces las emociones pasando del uno al otro los ligan por una influencia recíproca: Un hombre no podría pues vivir solo en la vida emocional, como no puede tampoco aislarse completamente en el plano físico.

Elevémonos todavía un escalón en la naturaleza hasta el plano intelectual y mental y encontramos aún allí invariablemente la Asociación de fraternidad, constatando que nos influenciarnos recíprocamente por nuestros pensamientos, lo mismo que por nuestras emociones y nuestros cuerpos carnales.

Nacemos en medio de la idea nacional, de la idea de la familia, del pensamiento individual; y éstas masas colectivas de pensamientos, afectan sin cesar todos nuestros esfuerzos individuales. Esto también si lo verificais, os ayudará para aportar más firmeza y calma en vuestras luchas, por que ésta cuestión de pensamiento colectivo tiene una importancia práctica inmensa. Nos inclinamos á pensar, al ver á una nación adoptar una manera de mirar contraria á la nuestra, que ella lo hace de propósito deliberado, con perversidad y parcialidad.

Pues bien, no es en realidad así. Cada país posee su propia atmósfera mental, formada por antiguas tradiciones, por costumbres pasadas, y antiguos hábitos mentales muy arraigados, que la población actual ha heredado. De suerte que el alma individualizada se encuentra en éste país rodeada de esta atmósfera mental y no puede considerar las cosas sino á través de ella. Es absolutamente como si se naciera con anteojos coloreados que formasen parte inherente del cuerpo.

Suponed por un instante un hombre nacido con anteojos rojos, otro con vidrios azules, otro con amarillos, y ensayadlos presentándoles una estatua blanca; que diferente la verá cada uno! El de los anteojos rojos, la verá roja; la encontrará amarilla el de los anteojos amarillos, etc.; se querellarán los tres, creyendo cada uno tener razon. ¿Podreis jamás convencerlos, de que sus vecinos obran con sinceridad? Es así como todos apreciamos los acontecimientos: los vemos á través de los anteojos nacionales, y nunca de otra manera.

Si hubierais viajado tanto como yo, si hubierais sido considerados como yo, en todas partes, como la amiga sincera de los pueblos que he frecuentado, sabriais de que manera cada nación aprecia las causas de un desacuerdo. Tomemos por ejemplo los puntos litigiosos que han surgido en los últimos años. He conversado con un francés del incidente de Fachoda, y me hablaba de una ma-

nera completamente distinta á la que lo hacía un inglés con quien había ya tratado el mismo asunto algun tiempo ántes! Se mostraba profundamente herido en sus sentimientos íntimos, por la falta de lealtad con que el adversario había aprovechado la ocasión que se le presentó expresandose con una gran franqueza, no como un hombre que odiase á Inglaterra, sinó como quien era él; es decir, profundamente francés. Y sinembargo, abordad el mismo asunto con un inglés; y le vereis exaltar la victoria inglesa, á espensas de la insaciable ambición de los franceses que pretendian apoderarse de Fachoda...

Pues bien! éstos dos hombres, son sinceros; pero el uno vé las cosas á través de los anteojos ingleses, y el otro á través de los anteojos franceses, siendo imposible, por supuesto, convencerlos que llevan anteojos.

Tales hechos de muestran á la vez la existencia y la ausencia de la fraternidad. Hay por así decir una fraternidad limitada á la patria, y en la que todos los hombres piensan lo mismo; una asociación análoga se encuentra en la nación vecina y los miembros de *aquella* piensan también todos de la misma manera. Reconocido este hecho, podreis ensayar quitaros vuestros anteojos para ponerlos del vecino; pero ántes corregios de un hábito muy difundido entre nosotros: el de no leer sinó las cosas conformes con nuestra opinión. Cada uno de nosotros, por ejemplo, lee un diario preferido: todos los otros diarios, están equivocados y es inútil en tal caso, tomarse el trabajo de leerlos. El conservador, lee el «Times»; el radical, el «Daily News», algunos el «Morning Post», otros la «Chronicle» y cada uno pregona el suyo como admirable, racional, imparcial;—siendo lo más cómico, que todo el mundo dice lo mismo! Es evidente sinembargo, que todos á la vez, no pueden tener razón.

Por mi parte, cuando he pertenecido al mundo político, me hacía un deber de leer todos los días los diarios del partido opuesto al mio y no los que estaban de acuerdo con mi opinión personal. No lo hacía *entónces* por espíritu de fraternidad; sinó para buscar en ellos los medios de combatir á mis adversarios. Con el tiempo, el espíritu de partido se ha debilitado en mí, y he comprendido que era realmente útil corregir mis propias prevenciones.

Pero real y seriamente, si quereis deshaceros de vuestros anteojos coloreados, he aquí lo que debeis hacer. Mirad cualquier cuestión colocándoos alternativamente en el caso de los franceses, de los alemanes y de los chinos.... si podeis! De esta manera os dareis cuenta de la impresión que les causan nuestros actos, y comprendereis porque los juzgan tan desfavorablemente.

Si hacéis esto en conciencia, vuestra atmósfera mental quedará menos contaminada por las prevenciones; y si todos los hombres llegaran allí sucesivamente, en todas las naciones, acabarían por adquirir una atmósfera mental internacional que disminuiría sus rencores y alejaría las probabilidades de guerras futuras. Tenemos el deber de trabajar para ese fin, porque la guerra parece inevitable en los tiempos actuales. Pero, llevemos la mirada más allá de esta guerra, y tratemos de edificar algo para después. Mucho tiempo se necesita para formarse una opinión; y se necesita mucho más aún para cambiar la de un país. Es obra que requiere años y años, la de edificar una opinión pública verdaderamente fraternal. Comencémosla, sin embargo, desde ahora; porque cuando el ciclo de guerra se haya terminado, aprovecharemos el tiempo ganado en el ciclo de paz que le sucederá. Trabajemos desde luego sobre nosotros mismos, porque no podremos hacer sobre los demás, lo que no consigamos hacer sobre nosotros. Trabajemos en nuestra propia atmósfera mental; y después, ensayemos derramar nuestras ideas en la atmósfera que nos rodea. Sobre todo no olvidemos, nosotros teósofos, que podemos trabajar con los hombres de todas las razas y de todos los países porque tenemos centros y miembros, en todas partes. Por éste medio, podemos influir sobre todas las naciones. La ayuda de nuestros hermanos teósofos extranjeros, nos permitirá también actuar con más inteligencia, porque aprenderemos de ellos los medios de conmover á su patria.

De éstos tres planos inferiores, vuelvo al que nos sirvió de punto de partida, y donde únicamente se encuentra la unidad; éstos tres planos, son los de la separatividad. Tratemos de ver como la Fraternidad se expresa en ellos, procuremos activar su obra para ayudar así á la penetración del espíritu de lo alto y de lo medio que trata de expresarse sobre los planos inferiores que habitamos.

Tratad de verificar que toda vida es una; que la vida en vosotros, es una parte del gran océano de vida. Ensayad la prueba de que todo lo que está en vosotros, forma parte de este océano; y, que si vos negais su presencia en otro ser, debilitais su energía en vos mismo. Esta vida común, en la que tomamos parte todos, pasa de un ser á otro, con mucha más rapidéz que las vibraciones de nuestros pensamientos; pasa de uno á otro, al estado de corriente. Y hé ahí un móvil de energía, que si fuera bien comprendido, pasaría á ser el pensamiento dominante de la existencia.

Si trabajáis para volveros más puros no solamente afectais á los otros hombres por medio de vuestro cuerpo, de vuestras emociones y de vuestros pensamientos, sinó que los afectais mucho más toda-

## LA CREMACION BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LAS RELIGIONES ORIENTALES

Los fundamentos de las religiones del Este son todavía muy poco conocidos de nuestros orientalistas y de nuestros filólogos, quienes se han ocupado más generalmente de investigaciones sobre el origen de ciertas palabras, de acontecimientos históricos ó de otras cosas exteriores, que de cuestiones relativas á la verdad eterna, accesible solo á las percepciones espirituales. Se puede pasar toda la vida en la India sin conocer sus misterios religiosos, como se puede haber recorrido las iglesias durante largos años sin que por ello se adquiriera un conocimiento del cristianismo. Por mi parte, nada podría decir de esas religiones si no hubiese pertenecido á una asociación en la que se encuentran muchos Brahmines, Buddhistas y otros, quienes me han dado la oportunidad de conocerlas, no solo en su superficie, sino en su fondo, en sus verdaderas bases.

En cuanto á la cremación, debo confesar que siempre atrajo mi atención por el interés que presenta toda cuestión sanitaria para un médico, pues tan poco me preocupó y me he preocupado de que mi cuerpo sea quemado ó enterrado después de mi muerte, como de lo que suceda al traje que debo de abandonar por viejo; y aún encuentro defectuosa la expresión desde que el hombre real no puede ser ni quemado ni enterrado. Lo que se entierra es únicamente el cuerpo terrestre, y ni aún en idea uno debe identificarse con él. Nuestros niños, que sienten y piensan lógicamente y cuya naturaleza no ha sido todavía dañada por los sofismas, hablan más correctamente que nosotros cuando dicen: «Mamá, Carlos tiene hambre», ó: «Papá, María quiere acostarse», en vez de decir: «Yo tengo hambre», etc. . . Y tienen razón; el verdadero «yo» en el hombre, que pocos de nosotros conocen, no tiene ni hambre, ni necesidad de dormir; es un diós, y él se cierne muy por encima de las cosas perecederas ó transitorias. Los sabios del Este hablan como nuestros niños, y dicen: «Mi naturaleza tiene necesidad de esto ó de aquello, mi cuerpo siente, mi espíritu piensa», etc. El misterioso «yo» queda siempre escondido detrás de un segundo plano.

Si analizamos más profundamente al hombre real, encontramos que está compuesto de muchos «yo» diferentes, bajo diversas formas de conciencia que cambian continuamente y con cada una de las cuales siempre se identifica. Más adelante nos ocuparemos de esos

diferentes «yo» ó formas de conciencia que, como dijo Gœthe, componen ese pequeño mundo que se cree el todo. Examinando la constitución real del hombre según la doctrina india, encontramos que el «yo» perecedero por el fuego puede encontrarse, hasta después de la muerte, ligado de cierto modo con el «yo» que es imperecedero. Debo decir por experiencia, y aunque jamás haya prestado especial atención á los modos de inhumación, que, durante mis viajes, he tenido ocasiones frecuentes de observarlos. Hace más ó menos treinta años, que estuve en América como médico de abordó; he habitado diversas partes de los Estados Unidos y de Méjico; he atravesado la California, el Japon, la China y la India; y en esos países, así como en Ceilán, he asistido á menudo al acto de la inhumación de los muertos, siéndo, según mis recuerdos, uno de los primeros cadáveres incinerados en América, el del barón de Palm, al que el Coronel Olcott quemó publicamente después de haberlo ocultado un año entero en un sótano dentro de un barril con cloruro de cal.

Es de notar que en América, aunque sea un país libre y no sometido á la tutela del gobierno, las reformas no se realizan facilmente. Hay allí como en Europa una opinión pública que es dirigida por los hombres de letras, el clero y otros; y, como en todas partes, el suelo debe primeramente ser preparado antes que un nuevo grano ó una nueva idea pueda echar en él raíz y desarrollarse. Allá, como aquí, una fuerte oposición se declaró. Una parte del clero sostenía que la cremación no podía ser permitida por la iglesia, porque aquella impedía la resurrección del cuerpo en el día del juicio final; otros teólogos, más ilustrados, contradecían semejante afirmación manifestando que la resurrección debía tener lugar en un cuerpo vivo y no en un cuerpo podrido; lo que significa, que todo el cuerpo vivo es penetrado por el alma, alumbrado por la luz divina. Debemos agregar que en América no hay ninguna iglesia de Estado protegida por el Gobierno, pero hay al rededor de trescientas sesenta sectas que difieren todas de opinión y que viven en un conflicto mútuo. En consecuencia de ello, la Iglesia no podía imponer la interdicción de la cremación.

Los jurisconsultos y los doctores pretendían, como aquí lo hacen, que en los casos de envenenamiento, la cremación hacía imposible la investigación subsecuente y la prueba del crimen supuesto. En cambio otros afirmaban que más valía dejar impune un caso de esa especie que centenas de miles de seres emponzoñarse respirando una atmósfera malsana alterada por los cadáveres ó bebiendo agua infectada por las tumbas. ¿Porqué no pretender también que el cuerpo de un hombre muerto en el mar no se arrojase á las olas,

entre los pobres, no se hace tanto aparato, y la cremación no cuesta más que dos rupias. En Burmah, cada cuerpo es colocado separadamente en un barril de farina, recubierto de paja ó de otra materia semejante y después quemado.

Los Parsis no practican esta ceremonia y exponen el cuerpo al aire libre para que sea comido por los pájaros ó los perros. El que vaya á Bombay no debe dejar de visitar las «Torres del Silencio», que son su cementerio, las que consisten en un gran edificio, de forma circular, con un techo inclinado hácia el centro donde se encuentra un pozo profundo. Los cuerpos muertos son depositados sobre ese techo é inmediatamente después un enjambre de buitres, que espían constantemente la llegada de un cadáver, se abaten sobre este y le devoran en algunos minutos, rodando los huesos, bien limpios, hácia el pozo central. La idea que sirve de base á esta costumbre es la de que la tierra, nuestra madre, debe sernos sagrada y no se la debe profanar con un despojo. Además, con tal sistema, las partículas que componen el cuerpo humano son rápidamente incorporadas á otros organismos vivos. Con motivo de la cremación existía en la India, no hace mucho tiempo, el rito del «Suttée», que consistía en quemar á las viudas con los cadáveres de sus esposos, hecho que ha cesado debido á la intervención de los ingleses. La idea religiosa sobre la cual ella estaba basada proviene de que las santas Escrituras de la India declaran que si el hombre y la mujer están unidos por el fuego tendrán cien mil años de felicidad suprema en Swarga. Esta sentencia de los Vedas, tomada al pié de la letra, produjo la mencionada costumbre, pero su verdadera significación es muy diferente y mucho más profunda de la que se le dió; si comprendemos por «el hombre» el principio masculino, el pensamiento, y por «la mujer» el principio femenino, la voluntad, entonces el producto de la unión por el fuego de la afeción, es la percepción espiritual, cuyo efecto natural es un estado de elevada y duradera felicidad. Es así que nos debemos explicar las santas Escrituras de los Hindues, que, como nuestra Biblia, se expresan por alegorías. Esta interpretación secreta no fué conocida de los sacerdotes ordinarios ni de los láicos, cuya inteligencia no era bastante ilustrada.

Así como entre nosotros la interpretación superficial de la letra muerta de ciertos pasajes bíblicos produjo la inquisición y la costumbre de quemar á los hechiceros, en la India, igualmente, una falsa interpretación de los Vedas produjo diversos abusos. Un ejemplo muy conocido es la antigua costumbre de Jaggernath. En determinados días un carro colosal, con ruedas inmensas, era arrastrado á través de las calles por elefantes, y el populacho se

atropellaba entre sí por ver á un enano «Jaggernath» que suponía encontrarse dentro de aquél. A consecuencia de ese afán, mucha gente era empujada debajo de las ruedas y perdía la vida; pero, en recompensa obtenían, los que morían de tal modo, la felicidad eterna, según la superstición popular. Más adelante, se estableció entre los más fanáticos el uso de arrojarse voluntariamente debajo del carro, á fin de conseguir, como lo han pretendido muchos santos cristianos, la salvación por el martirio.

Lo que hay en el fondo de esa aberración religiosa es que el carro de «Jaggernath» representa la constitución del hombre, en las profundidades de la cual reside secretamente el espíritu divino. El que reconocía ese espíritu en si mismo adquiría por el hecho, la divina propia conciencia y la inmortalidad, para lo que es evidentemente inútil el dejarse aplastar por un carro tirado por elefantes. Debemos reconocer también que los mártires cristianos no se hacían más inteligentes ni más sublimes cuando sacrificaban sus cuerpos. En Europa tenemos la habitud de reírnos de esas cosas, y sin embargo no tenemos que ir muy léjos para descubrir otras parecidas.

Entre nosotros también, la Biblia es interpretada superficialmente y expuesta de una manera falsa por los sabios y los laicos, sin que su verdadero sentido pueda ser cogido por ellos. Hoy todavía, hay personas que creen que Adám y Eva robaban en el Paraiso manzanas ordinarias como las que se venden en los mercados; sin darse cuenta que la alegoría representa la manera como el primer hombre, que era un ser elevado y divino, cogió el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, aplicando su inteligencia á pensar y á querer, con lo que perdió su percepción puramente espiritual.

Algunos sabios Brahmínes me han hecho notar que existen en la Biblia muchos pasajes mal comprendidos por nosotros. Por ejemplo, se dice: Aquél que quiera seguirme debe abandonar á su padre, á su madre, y todas las cosas, lo que según ellos significa que debemos abandonar nuestros propios prejuicios y opiniones, que, en un cierto sentido, son nuestros padres espirituales, así como igualmente nuestras malas inclinaciones, si queremos llegar al conocimiento de la eterna verdad. Sin embargo, hay personas que han dejado á sus padres sobre la tierra para entrar en un claustro, suponiendo que Dios las recompensará por ello. Se ha dicho también que más facilmente pasará un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos, lo que en la opinión de aquellos sabios expresa que el que es rico de opiniones y de ilusiones á las cuales su co-

razón se aferra, no puede alcanzar ese estado de felicidad y de beatitud que es el resultado del verdadero conocimiento de Dios en su propio corazón. Pero, hay gente, (la que cada día se hace más rara á causa de la creciente incredulidad) que leyendo superficialmente la Biblia dá cuanto posee á la Iglesia sin reflexionar que si su interpretación fuese buena la iglesia rica sería la última en penetrar al cielo.

Conozco el caso de un habitante del Illinois que trató de imitar el ejemplo de Abraham, sacrificando á su hijo, porque creía también que en su caso Dios intervendría en el último momento. Si ese individuo hubiese consultado á los Brahmines, estos le hubieran dicho que por Abraham debía comprender al hombre universal, y por Isaac á la voluntad propia, manifestándose la divinidad cuando Abraham está pronto á cambiar completamente su propia voluntad, hecha divina por ese sacrificio. Pero, nuestro hombre tomó el pasaje á la letra, y como no se apareció ningún ser divino para detener su mano, mató á su hijo y bien pronto se encontró, no en prisión sino en un asilo de alienados. No proseguiré con estas comparaciones, pero añadiré que la cremación de las viudas no era obligatoria como se cree frecuentemente, sino voluntaria: y, todavía, en la actualidad, aunque tal costumbre ha sido abolida, muchas mujeres se suicidan á la muerte de sus maridos. A esto debo de agregar que una viuda vive expuesta en la India al menosprecio del populacho, pues los Hindues y los Buddhistas son fieles á las doctrinas de Reencarnación y de Karma; ó en otros términos: ellos creen que la personalidad del hombre, no es más que un fenómeno transitorio y que tarde ó temprano, después de la muerte, la fuerza espiritual que en él existe será llamada de nuevo á formar otra personalidad ó reencarnación cuya vida tendrá una determinada vinculación con la personalidad anterior.

Creer, además que cada cosa esta sujeta á la ley kármica de la justicia divina, de manera que, cuando la primera personalidad ha llevado una vida viciosa, la segunda, poseyendo una individualidad personal idéntica á la primera, debe sufrir por esto. La doctrina de la reencarnación ó de la reincorporación del espíritu en los cuerpos humanos y la doctrina de Karma ó de justicia divina, en las cuales creen alrededor de cuatrocientos millones de hombres, son demasiado elevadas para ser presentadas en un ligero trabajo. Por ello me limito á decir que ambas están basadas sobre la idea de que el carácter de una cosa es lo esencial, y la forma en la cual se presenta no es sino una apariencia.

Es esta distinción, entre la verdadera esencia y la apariencia exterior, la que marca la diferencia entre los sistemas religiosos y científicos de los sabios del Oriente y los de los del Occidente. Según ciertas maneras de ver de estos últimos, el hombre es un mono desarrollado; según los sabios Hindues, que coinciden con el punto de vista de los filósofos de la antigüedad y con la enseñanza de los místicos cristianos, el hombre es un Dios que está ligado, durante su existencia terrestre, por sus propias tendencias, á un animal. El Dios que se encuentra en él, le dá la sabiduría; el animal, la fuerza y después de la muerte, aquél efectúa su propia redención, saliendo del cuerpo del animal. Como el hombre lleva en sí esa conciencia divina, su tarea es la de combatir sus inclinaciones animales y elevarse con la ayuda del principio divino; tarea que el animal no puede cumplir.

Cuando hablo de las religiones del Oriente, tengo en vista las bases fundamentales sobre las que reposan, independientemente de las divergencias de sistemas. No nos detenemos á buscar en qué las sectas religiosas difieren entre sí, pues, cuando conocemos la base común de todas, englobamos el conjunto, y entonces nos apercebimos que el Cristianismo reposa sobre el mismo fundamento que las demás, porque no existe sino una sola verdad, universal y eterna, de la cual cada religión ha tomado su raíz. La palabra Religión, derivada del latín «religere», representa la percepción de la relación del hombre con su origen espiritual; en otros términos, la religión es el conocimiento de la verdadera naturaleza del hombre y de su posición en el universo. Para estudiarlas es preciso desembarazarnos de todas las usuales concepciones sobre lo que llamamos «materia» y concebir al mundo como una especie de cuadro producido por una linterna mágica, cuadro que desaparece inmediatamente que la luz se ha apagado en la linterna. Podemos considerar al mundo como un producto de voluntad y de representación, como lo consideraba Schopenhauer que comprendió la doctrina India; ó con Jacobo Boehme, como la emanación de la voluntad divina y universal, cuyo efecto es representación. Podemos también expresar esto en otros términos, diciendo que Brahma (Dios) está todo en todo. Como el cuadro de una linterna mágica existe por medio de su luz, así las cosas materiales de que este mundo de apariencias está compuesto provienen de la fuerza divina que se encuentra en ellas, comprendiéndose también en esas formas al hombre. Según la doctrina india, el cuerpo visible del hombre no es sino una ínfima parte del ser real de éste, invisible á los sentidos exteriores y comparable á una nebulosa que se extiende á millares de leguas, pero cuyo centro luminoso es únicamente perceptible á la vista.

En concordancia con estas vistas, el mundo es una conciencia universal que se expresa por los medios más diversos, minerales, plantas, animales, hombre, dioses y otros seres, y que produce formas correspondientes á los caracteres de esos seres. El hombre es una de esas formas de conciencia, en sus pensamientos y sentimientos, operándose un cambio continuo de formas, un constante movimiento de vaivén entre la más elevada y la más baja, que son las que producen en el hombre el «Yo» de que he hablado al empezar. El hombre es lo que él siente y piensa.

Los Hindues y los Buddhistas, así como los místicos cristianos, dividen esas formas de conciencia en diferentes grupos cuyas leyes fundamentales y generales lamento no poder exponer en un ligero trabajo como el presente, pero que esbozaré muy rápidamente, por estar relacionadas con la cremación. La más alta forma de conciencia es el divino «Atma», ó lo que conocemos con el nombre de Dios en el hombre, y ella no pertenece sino á aquellos en quienes la vida divina se ha despertado. Fácilmente se concibe que el espíritu divino ó Atma no puede revelarse á la perfección en un alma animal. La más elevada percepción espiritual por la cual lo divino se manifiesta en el hombre (Cristo encarnado) es llamada por los Buddhistas «Buddhi». También se enseña en la doctrina cristiana que nadie puede llegar al padre sino por el hijo, lo que significa según los Hindués que el hombre primeramente debe haber alcanzado á la conciencia divina (al Cristo) antes que pueda concebir á la divinidad en su verdadera grandeza. En oposición con esta alma espiritual, hay una conciencia animal ó «Kama Rupa» (la forma producida por el deseo de la existencia terrestre), sitio de las pasiones y de las inclinaciones sensuales; cada hombre la siente en sí, aunque el escalpelo no haya demostrado científicamente su presencia. Entre Atma-Buddhi y Kama-Rupa, existe la conciencia propiamente llamada por los Buddhistas «Manas» á la cual se le designa en inglés como facultad pensiva y en alemán, incorrectamente, alma humana. Es ella el terreno del verdadero pensamiento humano, de la voluntad y de las facultades intelectuales que allí están contenidas como el grano sembrado en un campo y es de ella de la que habla Goethe en el Fausto, cuando pice:

Dos almas laten en mí.  
 Por separarse, entre sí  
 trabaron lucha reñida:  
 la una, que de ardiente vida  
 siente el loco frenesí  
 desesperada, al placer  
 se aferra con vivo anhelo,  
 la otra, ya rasgado el velo,  
 quiere á su patria volver.

La forma de conciencia más inferior es el cuerpo animal. Según la doctrina India, siendo cada cosa en el mundo la expresión de la voluntad universal y residiendo una conciencia particular en cada clase de voluntad, el cuerpo del hombre no puede ser sino una cierta forma de conciencia; pero ese cuerpo tiene una conciencia particular diferente de la de «Manas», y esto está probado por los movimientos reflejos, como en la epilepsia durante la cual «Manas» pierde su control sobre los músculos. El cuerpo del hombre, que es la expresión exterior del hombre interior, es el objeto de nuestra antropología y es la sola parte de la gran constitución humana que sea accesible á la investigación científica exacta. No pudiendo la ciencia exacta emplear más que medios exteriores, no se ocupa sino de las cosas perceptibles por los sentidos. Para un conocimiento más profundo, es necesario despertar y desenvolver los sentidos espirituales interiores. Es ese cuerpo animal exterior el que es quemado después que ha perdido, con la muerte, su conciencia y su sensación, y el que debería ser destruído inmediatamente que sea posible á fin de que no cause peligro á los vivos por su descomposición química.

Pero entre el cuerpo físico, que es el campo del principio de la vida, y el principio intelectual del hombre (Manas) hay otra cosa: el «cuerpo astral» descrito por Teophrastus Paracelsus, Cornelius Aggríppa y muchos otros místicos, y llamado por los Hindues «Linga Sarira». El es la exacta contraparte del anterior y su conciencia puede revelarse independientemente de la de este. Es conocido por algunos bajo el nombre de «Doble», y es la causa misteriosa, hasta ahora inexplicada por la ciencia, de innumerables divisiones de espectros y de experiencias místicas. En un hombre sano ese cuerpo está inseparablemente unido al cuerpo exterior, mientras que en muchas especies de enfermedades y otros estados anormales,—la mediumnidad; por ejemplo,—su lazo de unión con éste suele estar relajado: las personas en tal caso creen entonces ver á su propio espíritu. No es absolutamente raro que durante una enfermedad peligrosa un enfermo se queje de la presencia en su lecho de otra persona, que no es sinó él mismo, pues lo que se revela bajo dos formas no es otra cosa que una división de conciencia. Necesitaria disponer de mucho tiempo si quisiera enumerar en detalle todas las cualidades que son atribuidas á esos cuerpos astrales por los Hindues. Basta, por el momento, decir que ese cuerpo, bajo otro punto de vista, es semi-material, está íntimamente ligado al cuerpo exterior del cual no se separa sino después de la muerte cuando toda traza de este último ha desaparecido.

He aquí, según las creencias hindues, lo que pasa cuando el hom-

bre muere. Una vez que Atma-Buddhi-Manas deja el cuerpo, quedando dos cadáveres, el cuerpo físico muerto y el cuerpo astral que puede ser, según las circunstancias, completamente inconsciente, semiconsciente ó perfectamente consciente de sí mismo. Tiene, como los otros principios que constituyen al hombre, su propia forma de conciencia que se desenvuelve durante la vida, de acuerdo con las oportunidades, de una manera ó de otra.

En aquel que no ha tenido más que aspiraciones nobles, elevadas, espirituales, la conciencia del cuerpo astral (que comprende el principio no inteligente y puramente animal) será débil. Por lo contrario, en un hombre que se entregue completamente á las pasiones, al odio, etc., esa conciencia del cuerpo astral que, propiamente hablando, se ha concentrado en él, puede persistir durante largo tiempo después de la descomposición del cadáver. Tal persona viene á ser, enseguida de la muerte, al decir de los Hindues, un «Buth», un diablo ó espectro; entonces no posee el razonamiento por medio del cual pudiera ejercer un control de sí mismo, (pues esto pertenece á los principios más elevados que lo han dejado ya), y obra según la impulsión de su naturaleza. No tengo intención de estenderme á propósito de las numerosas y maravillosas narraciones de vampiros, etc., que son puestos en la cuenta de esos cuerpos astrales abandonados por la Divinidad, y haré solamente notar que el más terrible destino que un Hindue puede figurarse, es el de llegar á ser un «Buth» después de su muerte. A despecho de aquellos que desearían hacer pasar todas estas cosas por supersticiones, diré que he conocido personas claro-videntes que afirmaban ver en los cementerios las formas flotantes de los cadáveres que estaban allí enterrados, visión que, según ellas, era tan horrorosa que, si cada uno tuviese el don de la visión interior, la cremación sería bien pronto una costumbre universal y los cementerios no serían tolerados mucho tiempo.

Librar á ese cuerpo astral del cadáver y conducirlo á su disolución en los elementos de que es compuesto, es uno de los fines que se proponen los Hindues con la cremación, y lo que ésta realiza con suma rapidez por el fuego, el más poderoso de los elementos, mientras que la descomposición no lo produce sino con gran lentitud. Evidentemente, el alma de que habla Mefistófeles en uno de los pasajes del Fausto, es una alusión al cuerpo astral y al elemento animal, «Nefesch», que á él está unido; pues la divinidad en el hombre, «Ruach», no puede ser llevada por el diablo. Nada hay de extraño que el cuerpo astral sea algo de material y que sin embargo penetre todo el cuerpo físico, desde que sabemos que la plata es también una cosa bien material y á pesar de

bre muere. Una vez que Atma-Buddhi-Manas deja el cuerpo, quedan dos cadáveres, el cuerpo físico muerto y el cuerpo astral que puede ser, según las circunstancias, completamente inconsciente, semiconsciente ó perfectamente consciente de sí mismo. Tiene, como los otros principios que constituyen al hombre, su propia forma de conciencia que se desenvuelve durante la vida, de acuerdo con las oportunidades, de una manera ó de otra.

En aquel que no ha tenido más que aspiraciones nobles, elevadas, espirituales, la conciencia del cuerpo astral (que comprende el principio no inteligente y puramente animal) será débil. Por lo contrario, en un hombre que se entregue completamente á las pasiones, al ódio, etc., esa conciencia del cuerpo astral que, propiamente hablando, se ha concentrado en él, puede persistir durante largo tiempo después de la descomposición del cadáver. Tal persona viene á ser, enseguida de la muerte, al decir de los Hindues, un «Buth», un diablo ó espectro; entonces no posee el razonamiento por medio del cual pudiera ejercer un control de sí mismo, (pues esto pertenece á los principios más elevados que lo han dejado ya), y obra según la impulsión de su naturaleza. No tengo intención de estenderme apropósito de las numerosas y maravillosas narraciones de vampiros, etc., que son puestos en la cuenta de esos cuerpos astrales abandonados por la Divinidad, y haré solamente notar que el más terrible destino que un Hindue puede figurarse, es el de llegar á ser un «Buth» después de su muerte. A despecho de aquellos que desearían hacer pasar todas estas cosas por supersticiones, diré que he conocido personas claro-videntes que afirmaban ver en los cementerios las formas flotantes de los cadáveres que estaban allí enterrados, visión que, según ellas, era tan horrorosa que, si cada uno tuviese el don de la visión interior, la cremación sería bien pronto una costumbre universal y los cementerios no serían tolerados mucho tiempo.

Librar á ese cuerpo astral del cadáver y conducirlo á su disolución en los elementos de que es compuesto, es uno de los fines que se proponen los Hindues con la cremación, y lo que ésta realiza con suma rapidez por el fuego, el más poderoso de los elementos, mientras que la descomposición no lo produce sino con gran lentitud. Evidentemente, el alma de que habla Mefistófeles en uno de los pasajes del Fausto, es una alusión al cuerpo astral y al elemento animal, «Nefesch», que á él está unido; pues la divinidad en el hombre, «Ruach», no puede ser llevada por el diablo. Nada hay de extraño que el cuerpo astral sea algo de material y que sin embargo penetre todo el cuerpo físico, desde que sabemos que la plata es también una cosa bien material y á pesar de

ello, disuelta en una mezcla de ácido nítrico y de agua, penetra el líquido material; por la adición de un poco de sal de mesa, se separa de nuevo y se hace visible bajo forma de cloruro de plata. De igual manera, una separación ó manifestación del cuerpo astral puede producirse, bajo ciertas condiciones anormales, en la constitución del hombre.

El más grande de todos los filósofos alemanes, Jacobo Boehme, de las obras del cual han sacado sus ideas la mayor parte de nuestros filósofos, compara á la vida astral con el fuego; el alma es la llama, el espíritu la luz, la leña el cuerpo visible. Cuando la luz ha desaparecido con la llama, la madera ó el carbón de leña puede todavía quedar incandescente durante algún tiempo; y así, el fuego de las pasiones ó de los deseos, cuando el alma espiritual ha partido, puede matener durante cierto tiempo las formas menos elevadas de la voluntad bajo una especie de vida fantomática.

Al terminar, debo observar que, según la doctrina expuesta, la muerte no es sinó un cambio de forma. Lo que es de naturaleza divina, inmortal, se separa de lo que es impuro y mortal, y cada parte continúa su propio desenvolvimiento. La observación del cadáver nos muestra que no todo lo que constituye al hombre es inmortal, pero lo que hay en él que tiene esta condición no es posible reconocerlo de igual modo; solo podemos adquirir su conocimiento por la propia conciencia de nuestra partícula divina, que por el hecho de ser tal tiene que participar de las condiciones de la Divinidad, por la percepción interior y directa que de ellas llegamos á alcanzar y que no necesita pruebas desde que lo que se percibe se conoce.

La antigua sentencia «saber es poder» es perfectamente exacta pues la ciencia real nos dá el poder exterior é interiormente, pero no debemos confundirnos y creer que toda ciencia mirada como tal es real. Mucho de lo que hoy se designa así, no es sinó un conjunto de opiniones que más tarde cederán el sitio á otras, consideradas en ese caso también como verdadera ciencia. Sin que esto importe negarle cierto valor, yo llamaría ciencia puramente negativa á aquella á la cual se llega por conclusiones puramente lógicas sin discernirlas por la percepción real.

Cuando digo que tres veces tres hacen nueve, ó seis veces seis hacen treinta y seis, quiero decir con esto que, según la razón dada y las reglas de la aritmética, seis veces seis no pueden hacer sinó treinta y seis; pero esto no quiere decir que yo conozca lo que treinta y seis es en realidad, pues para conocerlo debería primeramente saber lo que el número uno es en su naturaleza real. Cuando planteo así el problema, mi razón se detiene imposibilitada de ir más

lejos, porqué es esta una cuestión á la cual no se puede responder sinó por la sensación interior ó intuición. Aprender á conocer este «uno», esta divinidad, es la más alta ciencia y el más elevado arte. Cuando hemos aprendido á conocer ese número en nosotros, podemos entonces seguir facilmente todos los números que se desenvuelven. En esta percepción del «uno» consiste la percepción de la divinidad en el hombre, es decir la percepción consciente de la verdad en nosotros, percepción que constituye el fin de la vida; de la muerte no esperamos más provecho que nuestro rescate de la ilusión. La cremación es el signo visible más elevado y el símbolo de esa emancipación; como el cuerpo muerto é inútil es consumido por el fuego y vuelve á la naturaleza, su madre, así el egoísmo del hombre perece en el fuego del amor divino, y á través de la llama de la verdadera ciencia el espíritu divino retorna á su origen primitivo, la fuente de toda luz.

DR. FRANZ HARTMANN.

---

## UN ARTICULO DE ZOLA

---

Tan interesantes y exactos son la mayor parte de los conceptos que campean en el artículo con que Emilio Zola contesta á las preguntas que le dirigió la dirección del *The World* de Nueva York respecto á la felicidad que ha traído á la humanidad el siglo XIX y sobre la perspectiva del nuevo siglo, que no hemos podido resistir á la tentación de transcribir en las columnas de PHILADELPHIA esa hermosa página en la cual el distinguido escritor, al marcar las llagas que corroen á nuestro organismo social, repite muchas de las afirmaciones hechas por los escritores teosóficos, prestándoles así el contingente de una autoridad que no puede ser, en este caso, tachada de parcial.

Zola no pertenece á la Sociedad Teosófica, y probablemente jamás se ha preocupado de estudiar las doctrinas que ésta se ha impuesto el deber de difundir, las que si hubieran encontrado una parte del éo que merecen en nuestras sociedades occidentales, habrían ya, sin duda alguna, evitado en mucho ese espectáculo doloroso que hoy nos presenta una porción de la humanidad en medio de lo que

orgánicamente bello y delimitado. Tal vez no sonoras aquellas  
 a un ser en inteligencia dirigida en otros sentidos, tal es el  
 sentido espiritual de la vida que para penetrar en el mundo actual  
 del pensamiento, necesitan primero ciertos pensamientos para crear  
 la propia conciencia que han estado a su desarrollo y crecimiento  
 y el desarrollo, con los diversos pensamientos de la mente in-  
 tellectual no frecuente hoy, lo que solo se encuentran cuando una  
 parte, se aplica a una imperiosa necesidad espiritual y intelectual.

Por, si la vida no forma parte de la Sociedad Teosófica, si no  
 concierne a su propósito de las teorías de la gran mayoría de los  
 miembros que la componen, no por eso deja de ser, entre todos en  
 los últimos tiempos, un auxiliar poderoso de la gran obra que ella  
 persigue.

El estudio seguido por el mencionado autor en sus trabajos in-  
 carnos de una vida no es por cierto recomendable en ningún sentido,  
 por cuanto no se puede llegar jamás a realizar esa sublime aspira-  
 ción que debe ser el gran objetivo de todo espíritu elevado, de crear  
 en el alma humana el tipo de un ideal divino que la lleva de noche,  
 de día, de día, de noche, un libro de momentos de la vida,  
 acostumbrada a contemplar en infinitas guerras, experimentos  
 hechos y experimentos, como la degradación y la miseria, y el  
 gran mundo de la parte más materializada de nuestra especie. En  
 es examinando las ciencias del pensamiento, como el hombre exper-  
 mente el estado de la libertad, sino siguiendo la noble idea la  
 inmensidad que lo rodea y la vida eterna en una inmensurable  
 como se es tiempo contemplando las ilusiones pasajeras del enfer-  
 mo, como se aprende a amar y a besar la vida, sus dificultades  
 peligrosas, potentes y rigurosas, en el organismo como de la madre natu-  
 raleza. El que vuole en vida en el mundo, se expone a que el mis-  
 mo lo arrastra y lo precipite dentro de sus inabundantes fuerzas, mien-  
 tras que el que vive los ojos al cielo, él encuentra con las infinitas  
 maravillas que con sus fuerzas, lleva el espíritu enloquecido por  
 esas dolores y miserables ideas que brotan espontáneamente en lo íntimo  
 del ser y lo impulsan, irresistiblemente, a decir verdades y hechos maravillosos  
 a la fuerza irresistible del amor. En esas sucesivas comunicaciones rec-  
 ta el alma a la tierra cada vez más libre del condicionamiento físico que,  
 por lo regular, la agita, y con nuevas y más poderosas energías a  
 continuar la inmensa obra de lo que se es indispensable contemplar,  
 por el solo esfuerzo y palmo a palmo, el largo sendero que a su  
 realización conduce.

El sentir el largo que trabajo de la conciencia eterna, en vez de  
 usar de las fuerzas que para eso cree el conocimiento ya aboga-  
 do por otros, y así habiendo conseguido todo cuanto a espe-

más ó menos clara que lo oculta, y dar, además, escape á deletéreos gases que, mezclados á la atmósfera, irán irremisiblemente á producir su ponzoñoso efecto.

¿Para qué, pues, sacar de sus oscuros antros al vicio, que también como el abismo tiene sus grandes atracciones, y entregarlo desnudo á la contemplación de todos, cuando se encuentra en nuestras manos el medio seguro de ir arrancándole sus víctimas de las que, si se apodera, es solo porque se las entrega maniatadas la ignorancia?

No; dejemoslo encerrado dentro de sus pocilgas fétidas desde donde es más difícil que contamine el aire, y en vez de exhibirlo en espectáculo á la gente honrada, que, al fin, nada gana con la vista de monstruosas deformidades, preocupémosnos de llevar á su propio campo la benéfica acción de la inteligencia y del amor. Hagamos de ese modo llegar á las sombrías conciencias que se revuelcan en el mal, los rayos de luz que necesitan para poder apreciar y conocer todo el horror de sus propias situaciones—misión que corresponde especialmente á los individuos que, como Zola, se han dedicado á estudiar la psicología humana impulsados por un sentimiento altruista y sienten dentro de sí mismos las potentes vibraciones de una clara inteligencia. Divulguemos para ello, explicándola á la razón, la palabra sencilla y sublime de los grandes maestros, que siempre tiene que encontrar éco donde quiera que se escuche, porque es la expresión más pura y elocuente de la verdad; y, por último, dejemos caer, gota á gota, sobre esas pobres almas, el fecundo rocío de la caridad, de aquella que no se pregona por calles y plazas ni explota la vanidad ó la credulidad de nadie, pero ante cuya acción, humilde y santa, no hay corazón, por empedernido que sea, que no se sienta un día expandirse para dar sitio al amor y á la esperanza, á esas dos divinas fuerzas que son para la humanidad fuente perenne é inagotable de todo progreso.

Pero, si Zola no ha sido feliz en la elección del medio por el que ha tratado de llegar á un resultado cuya persecución demuestra toda la grandeza de su espíritu, no por eso deja de ser acreedor al más profundo respeto de los mismos que condenan, como perjudicial para una parte de la sociedad, sus notables obras literarias.

Además, el hombre que en presencia de un acto de injusticia ejecutado en la persona de un ser á quien no conoce, tiene el valor moral de levantar con energía su voz para protestar del hecho torpe y bárbaro, desafiando así las pasiones y las iras de medio pueblo dispuesto á sostener á todo trance la iniquidad cometida, y pone al servicio de la causa del inocente su talento, su reputación, su bienestar y su vida, sin contar con otra esperanza de recompensa que la satisfacción de la conciencia propia; ese hombre es un verda-

pocos cambios ha habido de aquellos en que hemos fundado nuestras esperanzas y por los cuales hemos trabajado.

Hay que poner en el crédito del siglo XIX un innegable aumento de las comodidades y de los elementos materiales; pero eso, solo, no constituye la civilización. Mejores alimentos, vapores rápidos, teléfonos y luz eléctrica, todo eso es la parte solamente accesoria del desarrollo humano; medios para la felicidad, ciertamente, pero no felicidad. ¿El teléfono ha disminuído el hambre y el número de los hambrientos?

Nuestro cerebro está sumido todavía en las tinieblas, nuestra vida pública y privada tiene todavía por base la ignorancia vil y exasperante. La razón, proclamada ahora por cien profetas en todos los países, encuentra en todas partes los mayores obstáculos para penetrar al través de las tupidas capas de insanos prejuicios que envuelven á los individuos y á las instituciones.

Los males de que sufrimos, y los males que cada uno de nosotros perpetra, han disminuído sin duda, en algo, pero á mí me parece que en su mayor parte no han hecho más que cambiar de aspecto y de nombre.

Ha habido tiempos—no hace de ello muchas generaciones—en que en cada país los hombres y las mujeres vivían atormentados por los inquisidores, pero ¿no están los periódicos llenos de sublevadores relatos acerca de niños torturados por sus padres, ó esposas que son perpétuamente mártires, ó de estudiantes que encuentran un cruel gozo en atormentar á algún compañero pobre ó raquíico? ¿Y sabéis acaso las cosas horrendas que pasan—no diré en Turquía ó en Siberia—sino en las penitenciarias y asilos de insanos de las naciones más adelantadas?

Ha habido tiempos, seguramente, en que el fanatismo político y religioso detenía todo desarrollo, procuraba extinguir la ciencia y quemaba á los hombres de ciencia en las plazas públicas. Ciertamente hemos pasado esa etapa. Pero, todavía Roma excomulga á Tolstoi; yo he sido excomulgado antes que él, é igualmente lo han sido católicos y protestantes, Darwin, Huxley, Renan, y la mayoría de los precursores de la verdad de mañana. Pero ¡que mucho, si sé, por declaración directa de eminentes profesores norteamericanos, que en la mayor parte de las universidades de Estados Unidos no se atreverían á expresar sus convicciones reales sobre cuestiones religiosas, políticas ó económicas, porque si lo hicieran se les pediría en el acto su renuncia! Y en Francia, á Jean Jaurés, á uno de los genios de la época, se le ha negado recientemente una cátedra en el Colegio de Francia para dar conferencias de socialismo. Vuestro admirable Henry George, si no recuerdo

mal, murió en la pobreza después de haber sido escarnecido durante su vida entera; y Liebknecht, el noble apóstol alemán, estuvo desterrado durante años, perseguido en Alemania como lo había sido Victor Hugo en Francia.

Y sin embargo ¡con cuánto desdén miramos al histórico consejo que obligó á Galileo á arrodillarse y á decir que la tierra no se movía!

Al mismo tiempo, para fuerzas de retroceso tan devastadoras como Bismarck, Chamberlain y el general Mercier, el mundo parece desesperado de no hallar honores adecuados y suficiente adulacion: hasta los más severos jueces de esos hombres se sienten inclinados á atemperar sus censuras con una reservada admiración.

\*\*

Es inútil que tratemos de engañarnos. Podéis decir lo que queráis, pero hasta que el presente sistema social sea modificado, no habrá verdadera civilización.

Mirad á mi país, examinad honradamente el vuestro, y luego observad todos los demás: injusticia y sufrimientos en todas partes, horribles cánceres que roen ocultamente las entrañas mismas de la sociedad. ¡Ah! Si una furiosa revuelta no convulsiona hoy mismo al mundo, la razón está en que el pueblo vá como van los caballos con orejeras á ambos lados de la cabeza, incapaces de ver nada más que lo que está inmediatamente bajo sus narices.

¿Civilización? ¡Bah! ¡Cuán risible son todas esas mútuas alabanzas y felicitaciones!

¿No ois, ahora mismo, al través de los repiques de campanas de la Navidad, los lamentos de los heridos en una docena de campos de batallas? ¿Acaso nuestras diferentes tribus no se aprestan ahora, más febrilmente que nunca, para otras carnicerías? ¿Hemos encontrado todavía un mejor medio de resolver nuestras querellas que la matanza general de hombres?

¿Civilizados? ¡Todavía no! ¿Habéis leído los libros de Tolstoï, ó los míos, ó los de cien otros atentos exploradores de la sociedad moderna? ¿No os han enseñado nada las huelgas que hay constantemente en vuestro país ó en otros? ¿Puede nadie negar que, en este mismo momento, la porción más grande, y en mucho, de la llamada humanidad, gime bajo el abuso y bajo leyes caducas; que la fuerza entera de los gobiernos—ejército, policía y tribunales—está siempre lista para apoyar las exacciones que comete una clase privilegiada y pequeña?

¿No sabéis que hay todos los días miles—no cientos, sino ¡miles!

—de hombres y mujeres que mueren de hambre, y de frío, de enfermedades porque estas no han sido atendidas; y que tal cosa sucede después que esos desdichados han pasado veinte, treinta, cincuenta años de su trabajo en hacer todo aquello de que gozamos?

¿Podéis olvidar que en este minuto hay niños—niñitos tan preciosos como los vuestros—que sufren hambre y absorben los gérmenes de todos los vicios? ¿Podéis olvidar que en cada hospital, prisión, fábrica, conventillo, se cometen crímenes que claman venganza al cielo?

¡Ah! ¡Qué triste es todo esto! Pensar que durante todo el curso del siglo que acaba de expirar, hombres grandes han gritado en vano todas estas cosas, se han consagrado abnegadamente durante largos años al estudio de estos problemas y han indicado inútilmente los remedios. Las infantiles muchedumbres, orgullosas porque constituían el número, han desconfiado de ellos, han falseado sus doctrinas, los han burlado.

¡Pensar que hoy mismo el socialismo—la maravillosa doctrina de la salvación—con ser como es, científica y prácticamente irrefutable,—se vé forzada á conquistar sus adeptos lentamente uno por uno, condenada sin ser oída por la mayor parte de la gente, sus abogados expulsados de todos los puestos ventajosos, del púlpito, de las universidades, de las direcciones de los diarios!

¡Qué! Si Edward Bellamy, para hacer que el socialismo entrara por vuestros progresistas gatzates (él mismo lo decía) tuvo que cubrirlo con una capa de azúcar; lo llamó: «Mirad hácia atrás!»

Estos son hechos que deben ser valerosamente descubiertos ante las miradas del público. Pero, así y todo, yo no soy pesimista. Deplorando lo presente, miro hácia adelante, á este nuevo siglo preñado de tantas cosas, con alegre confianza.

La ignorancia, ese enemigo pasivo, pero formidable de nuestra liberación social, el cómplice de todo lo que se aprovecha de los errores existentes, es objeto de ataques vigorosos que la derribarán.

\* \* \*

¿Por qué medios se efectuarán los inevitables cambios? ¿Habrá un levantamiento universal y violento, un período de desorden, seguido por la temporal dictadura de los proletarios, considerada necesaria por muchas autoridades en cuestiones sociales para reincorporar por la fuerza á los aristócratas y plutócratas en las filas comunes? Eso sería la gran Revolución Francesa en la cual se repetirían todas las calamidades de ésta en escala vasta. Y sin

## LOS PURANAS <sup>1</sup>

¿Cuál es valor de los Puranas? Es esta una cuestión que muchos pensadores se han planteado.

Los unos han dicho que son libros de historia; los otros que son poemas, y otros aún, los consideran como tratados de filosofía.

Los partidarios de cada una de esas opiniones encuentran en los Puranas mismo los argumentos necesarios para sostenerlas.

No es el menor valor de tales libros esa aptitud que poseen de dar satisfacción á todo el mundo; ¿no está, acaso, en eso mismo la prueba bastante de la gran sabiduría de los que los escribieron?

Cuando se examina la vida de los antiguos Rishis, <sup>(2)</sup> se llega á la conclusión de que ellos vivieron para el mundo entero.

Todo lo que han dicho, todo lo que han hecho, fué con el noble propósito de ayudar á la evolución general, preocupándose igualmente de todos los seres, tanto de la lombriz que se retuerce penosamente sobre el suelo, como del gran hombre de acción, del gran hombre de religión y del gran hombre de ciencia.

Los Rishis eran seres humanos que habían alcanzado la perfección, después de haber subyugado totalmente al yo y de haber salido de la rejión de la existencia donde se está sometido al nacimiento y á la muerte.

De esto se sigue que aquellos, de esos hombres, que escribieron los Puranas no pudieron haber tenido en vista relatar, sin objeto, acontecimientos históricos, ni componer poemas para entretener la imaginación, ni alinear estériles discusiones intelectuales.

Los Puranas son á la vez narraciones históricas, poemas y tratados de filosofía, y tienen como fin ayudar á la humanidad en el camino de su desenvolvimiento.

El mundo está siempre en vía de desarrollo y la humanidad se eleva gradualmente en las regiones de la intelectualidad y de la espiritualidad.

Pero, y es esto lo que generalmente se olvida y lo que ignoran muchos partidarios de la teoría del progreso,—en todas las épocas se encuentran hombres y seres que sirven en todas las etapas del desarrollo, desde la más alta hasta la más baja.

Hay, hasta en las naciones más civilizadas, seres humanos que

(1) Literalmente: «los antiguos». Libros sagrados de la India que existen en gran número, N. de la D. पुराण

(2) Grandes sabios.

están en la etapa del salvajismo, otros en la de la barbárie, otros en la de la edad-média, y otros por fin en la etapa civilizada.

La humanidad está compuesta en espesor en el presente, del mismo modo que está compuesta en superficie en el tiempo.

Esta idea falta aún, como noción clara, á nuestros filósofos occidentales, los que apenas han tenido de ella una vaga intuición.

La existencia es eterna y los Pralayas<sup>(1)</sup> del Brahmanismo no pueden aplicarse sino á los astros ó á grupos de astros y no á la totalidad del Universo.

Los Brahmas guardan celosamente ese secreto que Buddha osó develar al mundo, hecho que no es la menor de las causas del ódio implacable que el Brahmanismo dedicó á la doctrina del último.

No ha habido jamás época en la que todos los seres se encontrasen al mismo nivel de desarrollo; y la concepción contraria es un error en el que han caído los geólogos filósofos. Igualmente, no habrá nunca época en la que todos los seres de un astro ó de un sistema de astros estén en el mismo nivel de desenvolvimiento superior.

El segundo error que lo contrario de esto último implica, contra-parte del primero, es adoptado por un número mayor todavía de pensadores.

La fuerza universal produce la existencia por la mezcla de dos corrientes continuas de las cuales una sube y la otra desciende, sin detención, eternamente, como lo dice la *Tabla de Esmeralda*.

Como consecuencia, el Universo es perpétuamente el mismo.

Si el universo progresa constantemente, no ménos constantemente declina, apesar de lo que piensen aquellos que tienen la inconsciente pretensión de limitar el saber por su sentimentalidad.

En todas las épocas pasadas, presentes y futuras, ha habido, hay y habrá seres de todas las especies en todos los grados posibles de desenvolvimiento de esta especie; los tipos que no se encuentran sobre un astro estarán en otro del mismo sistema, así como los que no están en un sistema de astros, se encontrarán en otro ligado al último por estrechas relaciones.

En consecuencia, en la misma época el *Dharmā* de un hombre, es decir su religión, ó lo que es igual, las leyes de sus relaciones con todo su medio, será siempre alguna cosa que le es personal y que jamás puede ser idéntica con el *Dharma* de otro, pero que, al mismo tiempo, debe encontrarse en armonía con todos los *Dharmas* contemporáneos. La religión, el *Dharma*, es el determinante de la conducta del individuo en su medio.

(1) Período de reposo de un planeta ó de un Universo.

\* प्रलय

-- धर्म

Vista en masa, la humanidad aparece como dividida en tres grandes categorías: la de los hombres de acción, *Karma Marga*; la de los hombres de devoción, *Bhakti Marga*; y la de los hombres de saber, *Gnyana Marga*.

Una enseñanza destinada á la humanidad en general, debe necesariamente convenir á las tres grandes categorías en las cuales aquella está dividida y á todos los grados de desarrollo en cada categoría.

Como narraciones históricas, los Puránas se dirijen á los hombres de acción; la eternidad del Universo implica la constante repetición de los mismos actos, y hace largo tiempo que los historiadores filósofos han constatado empíricamente que los *gestos* de la humanidad son los mismos en todo tiempo.

Allá por donde el padre ha pasado, pasará el hijo.

Como poemas, se dirijen á los hombres de devoción, á aquellos que construyen un ideal para sí y también para los demás, sin saberlo siempre.

Todos los ideales, á construir, han sido ya contruidos innumerables veces; nada se hace de nada.

Como tratados de filosofía, se dirijen á los hombres de saber.

Nada nuevo debajo del sol, dice el Eclesiasta. Los Puránas no podían dejar de poseer sus tres aspectos, desde que estaban destinados á guiar á la humanidad sobre los caminos por donde han pasado desde siempre innumerables generaciones humanas y por donde innumerables generaciones pasarán todavía sin que los tiempos concluyan nunca.

Se puede decir que ellos son la concreción de la Religión Universal sobre la que cada individuo puede ir á raspar con sus uñas la pequeña cantidad de polvo con la cual hará el elixir vital de su existencia.

X.

# LAS CIVILIZACIONES DE LA ANTIGÜEDAD

## LEY CÍCLICA DEL PROGRESO

### I

¿Es realmente cierto, como lo afirma la escuela actual del transformismo y de la evolución, que el progreso se hace en línea recta y de una manera incesante y continua? No, y la historia está ahí para afirmar y demostrar lo contrario. Todas las civilizaciones alcanzan un cierto apogeo para periclitarse enseguida y morir finalmente, pero, la antorcha encendida por ellas no se apaga por eso, siendo pasada á otras que se encargan de hacerla más luminosa y brillante. O, para decirlo de otro modo, el progreso se continúa siempre, pero sigue esa curva bien conocida de los matemáticos y que se presenta á los ojos de los que empiezan el estudio de la teoría de las máximas y de las mínimas: esa curva que se eleva constantemente, partiéndose de un cierto MINIMUN para llegar á un cierto MAXIMUN del cual desciende para detenerse en un nuevo MINIMUN y subir después á un nuevo MAXIMUN, y así indefinidamente, pero, de tal suerte, que cada minimun es más elevado que el que le precede y que cada maximun es también superior al que ha seguido. Esta curva, de vértices unas veces bajos otras altos, representa bien la marcha del progreso sobre nuestro globo. Los sabios indios reconocieron desde hace largo tiempo esta ley cíclica que lo rige y consideraron al espíritu humano como sometido á la misma ley que el péndulo, ley de oscilación en virtud de la cual el progreso planetario tiene sus fases de lenta eclosión, de brillante madurez, de declinación y de regresión. Pero regresión que no es sino aparente, elevándose el planeta apesar de ella hácia sus destinos divinos que tienen por expresión final la armonía, ese NIRVANA donde llega todo lo que alcanza la perfección.

He aquí lo que debía enseñarse en nuestras escuelas en vez del materialismo que deprime y mata á nuestra generación. ¡Tristes liceos, en verdad, los nuestros, donde el dogmatismo autoritario apaga el pensamiento y encierra á todas las almas dentro del mismo molde! Nuestra Universidad es una nueva bastilla, construída no con piedras sino con ideas impuestas y con principios materialistas;

bastilla que dará más trabajo demolerla que la que cayó en 1789 bajo los golpes de la espada de la Justicia.

La actual educación nacional es evidentemente errónea. No desarrolla más que la inteligencia, ó, más bien dicho, la memoria. Pero en el hombre no existe solamente el *sentido intelectual*; hay también otro sentido que se ha dejado completamente atrofiar entre los pueblos de Occidente, y es el *sentido espiritual* que nos permite entrar en comunicación directa con el mundo oculto, más importante que nuestro mundo visible y tangible,—sentido espiritual que los Mahatmas de la India han sabido desenvolver tan bién que han logrado hacer vivir sus almas casi independientemente de su cuerpo. Hay, además, en nuestra personalidad el *cuerpo*, el que debe ser sometido á una higiene racional á fin de evitar á los hombres, por medio de sabios preceptos y de un entrenamiento conveniente, esas horribles enfermedades que los asalta durante su existencia y los arroja en la desgracia.

Siendo triple la naturaleza del hombre: INTELECTUAL, ESPIRITUAL y MATERIAL, esas tres fases deberán ser el objeto de los cuidados de una educación completa y bien comprendida.

En una palabra, nuestra sociedad debe volver hácia esa antigua religión que en otras épocas dominaba el Estado social y que no era otra cosa que la síntesis de todas las ciencias establecidas en monumento religioso, como un templo verdaderamente divino donde todos los actos de la vida de los hombres tomaban su regla, su fuerza y su autoridad. Allí era conservada, con un celoso cuidado, la ciencia integral adquirida y realizada por las más altas energías intelectuales aparecidas en la Humanidad, ciencia que fué transmitida de edad en edad por las diversas asociaciones ocultas encargadas de conservarla pura de todo aliage y de toda mutilación. Pero al favor mismo del misterio impuesto á los verdaderos *adeptos*, las ciencias ocultas, es decir las ciencias que iluminan el destino del hombre y ponen á este desde aquí abajo en relación con los secretos del mundo invisible, esas ciencias, cayeron con el tiempo en las manos de ignorantes, de explotadores de lo maravilloso y de charlatanes que alteraron el carácter científico y moral de ellas y fueron causa de que llegasen á ser un día desdeñadas por los espíritus serios. Desde entonces todas las supersticiones invadieron al mundo y los hombres no tuvieron ya brújula que los guiase. El péndulo volvía sobre sus pasos y el planeta recaía hacia un nuevo *minimun* relativo, del que actualmente está en tren de levantarse para subir hácia un *maximun* nuevo cuya gloria y apogeo contemplará tal vez el siglo XX.

Si, es un hecho bien cierto que hubo otra vez una civilización misteriosa y gigantesca que floreció en Oriente en los tiempos prehistóricos, y hoy no ignoramos que, durante todo el tiempo de existencia de las civilizaciones griega y romana, los Iniciados en los misterios se trasmitían cuidadosamente los vestigios de una ciencia antigua llevada del Oriente y del Egipto por Orfeo y Pitágoras. Este último había visto en el templo de Ecbatana, capital de la Média, la representación exacta de nuestro sistema solar, en la que esferas doradas imitaban los movimientos de los planetas alrededor del sol; habiéndose instituido en todos los templos danzas religiosas que ejecutaban los Iniciados y que imitaban esos movimientos planetarios. Quinientos años antes de Jesu-Cristo, las revelaciones astronómicas de los Griegos Hicétas y Philolaüs vulgarizaron una parte de esa doctrina secreta de Pitágoras. Además, en los libros sagrados de la India, y en particular en el *Râmâyana*, podemos adquirir la seguridad de que las principales verdades astronómicas estaban vulgarizadas en Oriente mucho antes de lo que llamamos el periodo histórico, lo que no ha evitado que en la Edad Media, Giordano Bruno fuese quemado vivo y Campanella torturado por haber enseñado esas mismas verdades que estaban naturalmente en contradicción con la ciencia y los dogmas impuestos por el catolicismo romano. En fin, los lectores deseosos de instruirse encontrarán en la *Misión des Juifs* de M. de Saint-Yves, mil documentos, fáciles de controlar en las fuentes mismas allí indicadas, que demuestran claramente á los ojos de todo individuo imparcial, la alta ciencia de esas épocas remotas y el poder inaudito adquirido por los Iniciados con el conocimiento y aplicación de las leyes de la naturaleza, leyes que apenas y poco á poco vamos volviendo á encontrar. La telegrafía, la óptica, la acústica, y la electricidad eran perfectamente conocidas en esos tiempos, y la música más sábia dirijía á los coros y á las danzas. Las ciencias *psicúrgicas*, cuyo renacimiento esboza el espiritismo actual, eran sábiamente utilizadas entonces, y la Cosmogonía (*ciencia de la creación del Universo*) así como la Ontología (*conocimiento de la naturaleza de los seres*), entraban igualmente en el cuerpo de los conocimientos de los sábios Iniciados. En una palabra, había en esa época, una síntesis científica desconocida todavía en la nuestra.

«Pero la alta ciencia, (dice en un interesante artículo titulado *La Doctrina esotérica*, Luis Dramard), prégio del desenvolvimiento armónico del ser, reclama el concurso de la imaginación y del corazón tanto como el de la inteligencia. El amor desinteresado de lo verdadero, de lo bello y de lo justo, ilumina más que los estudios imperfectos; y es por eso que el hombre del pueblo, el pária de nues-

tra civilización egoísta, el proletario que sufre y muere, pero que espera y ama, tiene la intuición de la gran ley cósmica de solidaridad y de progreso, cuya marcha cíclica, desconocida por el filósofo, por el sacerdote y por el sábio, está desde hace largo tiempo formulada por los Adeptos de la ciencia esotérica.» (1)

Detengamos un momento nuestra reflexión sobre los monumentos sobrehumanos, por así decir, cuyas ruinas nos presentan todavía la imagen de esas civilizaciones apagadas, y estaremos obligados á reconocer que su importancia y su grandeza se acrecientan en proporción á su hundimiento en la noche del pasado. Aún más; independientemente de los monumentos de piedra se ha descubierto la existencia de lenguas admirables de las cuales las modernas no son sino impuros derivados, lenguas sábias que revelan la más alta intelectualidad. En fin, todas las religiones aisladas, todas las filosofías actuales, derivan, se le siente bien, de una fuente única escondida en los arcanos de la antigüedad. Aquellas son, entre mil, pruebas que hablan bastante alto y que nos permiten despreciar á ese rutinario escepticismo de nuestra época que no vive más que de errores y de prejuicios.

La ley de evolución, cualquiera que sea el organismo en el cual funcione, afecta siempre un carácter cíclico. Es así que la tierra tiene cuatro fases en su movimiento diurno: aurora, día, crepúsculo y noche, del mismo modo que tiene cuatro fases en su movimiento anual: primavera, verano, otoño é invierno. Sucede igual cosa en el organismo humano que recorre también cuatro fases de la vida: nacimiento, crecimiento, madurez y declinación. El niño que vé al sol poniente sumejirse en el abismo occidental, puede temer que la luz del día se desvanezca á sus ojos para siempre y sentir la impresión del triunfo definitivo de la muerte cuando contempla á la naturaleza petrificarse bajo las escarchas y los hielos del invierno. Sin embargo, esos temores son vanos y nacen de la ignorancia de las verdaderas leyes de la naturaleza. «Se olvida demasiado, dice Camilo Flammarion, que la duración de la vida humana es una minúscula escala de comparación para medir tales grandezas (espesor de las capas geológicas) y que los tiempos históricos de la humanidad entera no son sino un instante que se desvanece en frente de la prodigiosa inmensidad de los tiempos geológicos. El hombre se siente naturalmente llevado á servirse, como de medida del tiempo, del espacio comprendido entre su nacimiento y su muerte, y esta medida instintiva ha ejercido una influencia considerable sobre nuestra concepción general de la naturaleza, desde Moisés y

(1) La Revue socialiste.

Jesús hasta Bossuet y Cuvier. Un hombre de ochenta años ha vivido veintinueve mil doscientos diez y nueve días. Imaginemos que esta vida sea reducida á su milésima parte, ó sea á veintinueve días, y que todos los fenómenos de nuestra existencia sean acelerados en la misma proporción. En tal caso, un hombre al llegar al fin de sus días no habría podido observar más que una sola revolución de la luna, lo que le haría decir que nuestro satélite jira *lentamente* alrededor de la Tierra, mientras que nosotros decimos que jira *pronto* porque sabemos que hace doce vueltas por año. Ese mismo observador no conocería el cambio de las estaciones sino por tradición, y podría suceder que muchas generaciones de hombres semejantes desapareciesen después de ese periodo de gran frío al que llamamos invierno. Reduzcamos todavía esos veintinueve días á su milésima parte y la duración de la existencia de nuestro octogenario sería entonces de cuarenta minutos, es decir, tan corta como la de ciertos efímeros. En tal situación, el cambio del día y de la noche sería desconocido para él, y si tuviera bastante penetración para notar que durante su vida el sol se había desplazado un poco hácia el Oeste, no tendría seguramente ninguna razón para creer que ese sol se pusiera jamás y volviera por el Este. (1)

Nada puede hacernos comprender mejor que esta cita el poco valor de lo que llamamos nuestros tiempos históricos, ni nada puede tampoco abrir mejor que ella nuestro espíritu á la inteligencia de esos tiempos y de esas civilizaciones antiguas, de las que las pacientes investigaciones de nuestros sabios encuentran á cada instante nuevos vestigios. Nos será así fácil elevarnos á la concepción del movimiento cíclico por el cual procede el progreso sobre nuestra tierra, progreso que él también, tiene su primavera, su verano, su otoño y su invierno.

## II

### LOS INICIADOS ANTIGUOS

Antiguamente, en el sitio ocupado en nuestros días por las aguas en el sud de Africa, existía un vasto continente llamado la Atlántida. La sumersión de la ciudad de Posseidonis hace diez mil años, relatada en los anales del Egipto y contada nuevamente por Solón y diferentes viajeros griegos, es una prueba cierta del hecho de la desaparición de esas comarcas bajo las aguas, á causa sin duda de algún acontecimiento astronómico ó geológico. Los habitantes de la Atlántida pertenecían á la raza amarilla-roja y habían sojuzgado á

(1) *Le Monde avant la création de l'homme*, pag. 268.

la raza negra entonces muy adelantada en civilización. Independientemente del continente hoy desaparecido, los Atlántidas habían conquistado y civilizado el Asia occidental y meridional, el norte del Africa y las costas europeas del Mediterráneo, poniéndose bien pronto en contacto y en lucha con la raza blanca ária cuya masa principal ocupaba las mesetas del Asia central y cuya civilización era muy inferior á la de aquellos. Los libros indios, y en particular el *Râmâyana*, dan detalles interesantes sobre el lujo y la ciencia de esas naciones que poblaban entonces la Atlántida, las que habían llegado á dominar todas las fuerzas de la naturaleza, así como narran las luchas que los héroes ários, más desenvueltos bajo el punto de vista estético y moral, tuvieron que sostener contra ellos, lucha que terminó con el triunfo definitivo de la raza blanca.

Es entonces que fué instituído el gobierno que Saint-Yves llama la *Sinarquia*, ó imperio de Roma; período histórico durante casi todo el cual la paz reinó sobre la mayor parte del globo. El recuerdo de esta larga paz se encuentra consignado en las tradiciones de todos los pueblos bajo los distintos mitos de la *edad de oro*, del *Paraiso terrestre*, del *reino de Baco*, de *Saturno* ó de *Rhea*, etc.

En esa época *el gobierno de los hombres era una ciencia*, siendo los Iniciados quienes tenían las riendas del poder y estando su autoridad en razón de los grados que habían conquistado y de las pruebas que su valor había sabido afrontar. Pero, la ciencia de esos tiempos no se asemejaba á la de nuestros días; la enseñanza era *integral*, en toda la acepción de la palabra. Todas las facultades *físicas, intelectuales, morales y psíquicas* del adepto eran cultivadas, entrenadas, desenvueltas paralelamente, y nó, como se vé en nuestra época, las unas con exclusión de las otras. En virtud de las leyes de la herencia, leyes perfectamente conocidas de la biología de nuestros días, la indiferencia y la pereza, así como el desenvolvimiento sistemático de las especialidades, han debilitado entre nosotros las disposiciones naturales que el hombre tiene á esas ciencias, pues se sabe, en efecto, que toda facultad ó todo órgano aisladamente ejercitado toma á expensas del conjunto un desarrollo que puede ir hasta la monstruosidad física ó moral. Es así que el abuso de las facultades psíquicas ha producido á los fanáticos y á los verdugos que cubrieron á la Europa de hogueras y de cadalzos, de igual modo que el abuso que hacen nuestros sabios, de los trabajos de la inteligencia y del cerebro, los ha conducido directamente al materialismo y á la negación del alma humana. Los iniciados de los tiempos antiguos conocían el peligro de las especialidades, preveían las calamidades de toda clase que ellas harían llover sobre la humanidad, por el hecho de algún impostor ó de algún ambicioso imponiéndose á las

Nosotros, obreros en el cielo científico nuevo, debemos trabajar por evitar á la humanidad futura los estragos que han azotado á nuestro globo desde la desagregación del antiguo estado social establecido por Rama. Debemos luchar contra la ignorancia y el despotismo que han ensangrentado á la tierra, por medio de la ciencia integral, única capaz de regenerar á la humanidad y para ello; el primer deber que hay que llenar, es el de enseñar al pueblo la causa de sus sufrimientos y de sus desgracias haciéndole la historia de todos los tiranos que lo redujeron á la esclavitud. Es preciso enseñarle á conocer á ese Ninus, rey de Asiria y marido de Semiramis, que hizo asesinar á los Iniciados y quemar sus libros en todo el Irán, y á aquel Nabón-Asar que mandó borrar todas las inscripciones que contaban la historia del Imperio del Cordero, quebrar las tablas de bronce, fundir los monolitos y quemar las bibliotecas á ese innoble Tsin-che-heang, en China, que castigó con la muerte á todos aquellos súbditos suyos que guardaban algún libro ó hizo inmolarse á los letrados organizados en cuerpos de Iniciados por el iniciado Fo-Hi; al sanguinario César y al siniestro Dioclesiano; como á Teodosio y al emperador cristiano Teófilo, que destruyeron los libros, las bibliotecas y los templos, últimos asilos de la ciencia y de la moral antiguas.

Pero una deuda nos queda que pagar, y es la de rendir homenaje á aquellos otros hombres abnegados y valientes, á esos Iniciados de los que Moisés y Jesús hicieron parte, que jamás desfallecieron en su largo duelo contra el despotismo. Por todas partes se los vé trabajando afanosos por detener el carro social que se precipita en el abismo de la anarquía, vulgarizando la ciencia y la filosofía. En Grecia son, entre muchos otros, Orfeo, Cadmus, Solón, Demócrito y Pitágoras; en Judea son los profetas que luchan contra el clericalismo de la sinagoga y desafían todos los peligros; después son los Kabalistas perseguidores del oscurantismo católico, y, por, último todas las sociedades secretas que se fundaron para combatir la ignorancia y la dominación de los Papas, entre las cuales se contaron la de los Templarios, y en seguida la de los Rosa-Cruz y la de los Franc-Masones que existen todavía en nuestra época.

Honor á ellos y al desinterés y al valor de los Iniciados de todos los tiempos.

RENATO CAYLLÉ.

## ANIVERSARIO 25.º Y CONVENCION DE LA S. T. (1)

CELEBRADA EN BENARÉS (*India inglesa*) el 27 y 28 de Diciembre de 1900.

Quizá ignoren muchos de nuestros lectores que la Secretaria de la Sección India tiene su centro en Benarés, mientras que la Presidencia de la S. T. está en Adyar, y dada la mucha extensión de la India, así como lo muy esparcidas que están las Ramas en su territorio, era una gran dificultad reunir á los representantes de toda la Sección en cualquiera de las dos ciudades citadas, por lo cual se acordó que un año se celebrára la Convención General en Adyar y otro en Benarés, cosa que facilitaría el que cada dos años pudieran reunirse los delegados del territorio más próximo. Así es que la Convención que ha tenido lugar el 27 y 28 de Diciembre último es la primera que se ha celebrado en Benarés.

He aquí el hermoso discurso con que el Presidente de la Sociedad, Coronel H. S. Olecott, inauguró los trabajos de la Convención:

«Hermanos y compañeros de trabajo: Si en cada sucesivo aniversario de nuestra Sociedad nos hemos mutuamente congratulado por el hecho de habérsenos concedido otro año para trabajar y luchar en pró de nuestro ideal, cuanto más gozosos debemos sentirnos hoy, al cerrar el primer cuarto de siglo de nuestros trabajos y entrar en el segundo período, con nuestra Sociedad potente, vital, rebozando energías y llena de fundadas esperanzas en el porvenir. Veinticinco años de actividad, de vicisitudes, de fracasos y de éxitos, de suprema victoria tras nosotros: un paso en la senda; un mijero en la orilla del camino; un episodio—bien glorioso—en el progreso cíclico evolucionario de cada uno de nosotros; una época amplia de siembra de la semilla del buen Karma, productora de abundante cosecha en el porvenir. Este período ha hecho pasar á la Sociedad desde su cuna á la edad de la adolescencia, y ha vindicado su pretensión á ser considerada como la amiga de la religión, de la moral más levantada, del desarrollo intelectual, como un factor social prominente de nuestra época que ha de ser tenido en cuenta por el historiador futuro. Esto es lo que la reunión de hoy trae á la mente, este es el panorama que la memoria desenvuelve al mirar adentro, en el alma de nuestro movimiento teosófico. Alrededor mío hay hombres que han sido mis cooperadores casi desde el principio mismo de nuestra carrera en la India, hombres que se unie-

(1) *Trascribio de «Sophia»*

Las relaciones enviada por las respectivas Secciones acusaban todas gran actividad y desenvolvimiento siempre creciente, y sentimos que la falta de espacio nos impida hacer un extracto de las mismas que hubiesen dado á nuestros lectores la medida de la vigorosa y permanente fuerza impulsiva que anima á los Centros en general.

## DESARROLLO CRECIENTE DE LA S. T.

Es curiosa la forma en que se ha extendido la S. T. por el mundo, considerada durante periodos de cinco años, que manifiesta su creciente desarrollo por todos los países y á través de los océanos.

Fué fundada en Nueva York, Estados Unidos, el año 1875, y su expansión se ha realizado del modo siguiente:

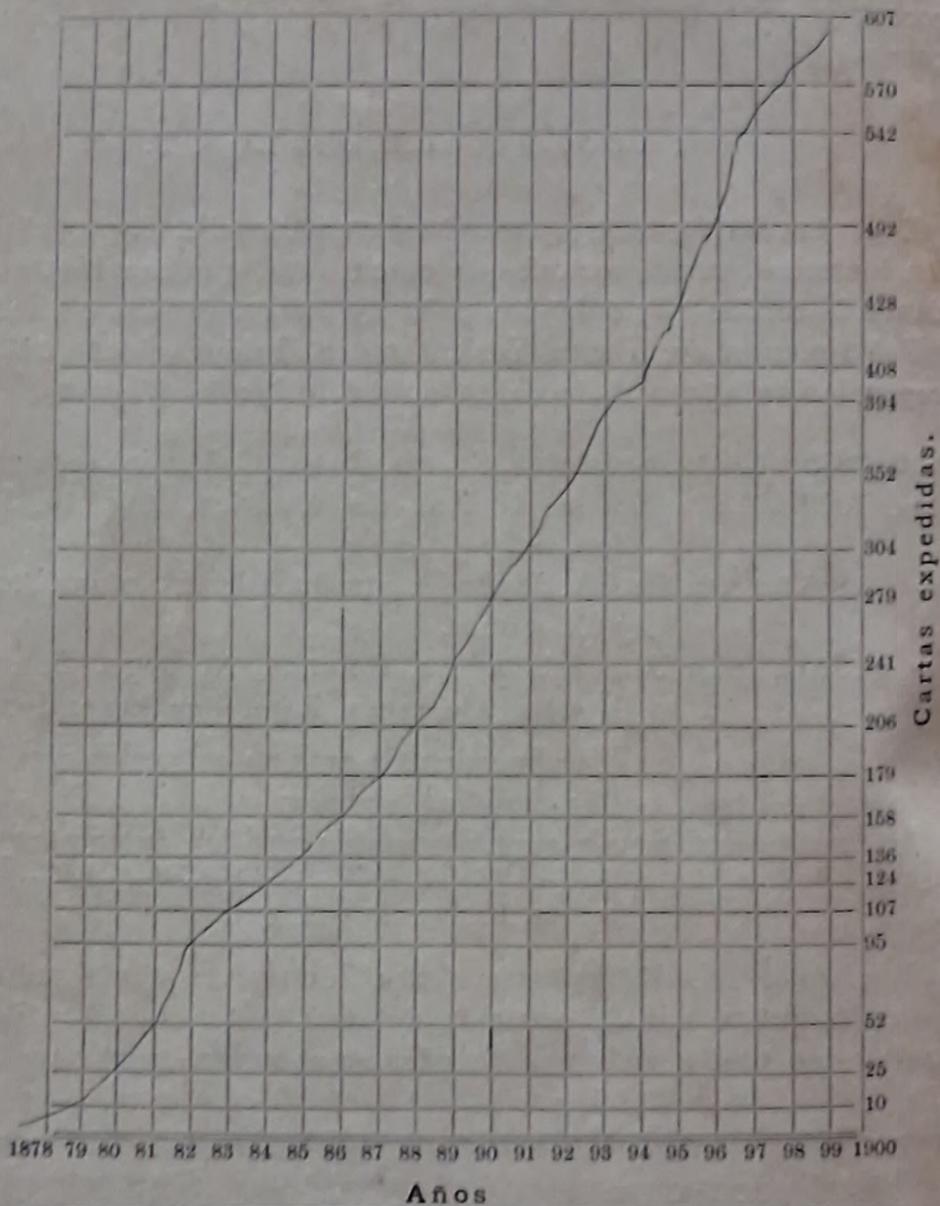
- Años 1875 á 1880: Inglaterra, Grecia, Rusia, Cellán y Escocia.
- » 1880 á 1885: Estados Unidos de América, Irlanda, Java y Borneo.
  - » 1885 á 1890: Suecia, Japón, Australia, Islas Filipinas, Australia y Tasmania.
  - » 1890 á 1895: Nueva Zelandia, Holanda, Noruega, Dinamarca, España, Alemania, República Argentina, Francia, Canadá, Islas Hawai, Bohemia, Islas Canarias, Bulgaria y China.
  - » 1895 á 1900: Suiza, Italia, Bélgica, Sur de Africa, Columbia, Indias Occidentales, Nicaragua, Cuba, México, Egipto, Finlandia y Argel.

Durante el año último se han expedido treinta y seis nuevas Cartas constitutivas para la creación de otras tantas Ramas. Estas corresponden á las Secciones señaladas en el cuadro siguiente:

SECCIONES	Ramas nuevas	Ramas disueltas	Ramas reconstituídas
América.....	10	7	»
India.....	15	»	10
Europa.....	7	1	»
Australia.....	1	»	»
Escandinavia.....	1	»	»
Francia.....	2	»	»
<i>Total.....</i>	36	8	10

Aumento efectivo de Ramas 28

Cuadro donde se expresa el número de Cartas Constitutivas desde el año 1878 hasta fin del siglo XIX:



# UNA VIDA ENCANTADA

(COMO LA REFIRIÓ UNA PLUMA)

---

## INTRODUCCIÓN

Era una fría y obscura noche del mes de Septiembre de 1884. Densas tinieblas invadían las calles de A\*, pequeña ciudad del Rhin; y se extendían como un negro manto funerario sobre la triste ciudad fabril. La mayoría de sus habitantes, cansados por las duras y prolongadas faenas del día se habían retirado ya algunas horas antes á extender sus miembros fatigados, y á reposar su dolorida cabeza en la almohada. Todo era reposo en las desiertas calles.

Hallábame yo también en mi lecho, pero ¡ay! no era un lecho de descanso sino de dolor y enfermedad, donde me hallaba sepultada desde hacía unos días. Tan tranquilo estaba todo en la casa, que como dice Longfellow, su silencio parecía que casi se oía. Yo podía percibir distintamente el murmullo de la sangre al correr por mi cuerpo dolorido, produciendo aquel canto monótono, tan familiar para el que tiene la costumbre de prestar un oído atento al silencio. Lo estuve escuchando hasta que se desarrolló en mi sobreexcitada imaginación, á manera del ruido de una catarata lejana, ó de la caída de poderosas moles de agua... cuando repentinamente, cambiando de carácter aquel «canto» siempre creciente se transformó en otro sonido mucho más placentero. Era el susurro bajo, y apenas perceptible en un principio, de una voz humana. Se aproximaba, y ganando gradualmente fuerza, parecía producirse en mi mismo oído. Era como una voz que hablase á través de un lago azul y tranquilo, en una de aquellas gargantas maravillosamente acústicas de las montañas de nevadas crestas, donde el aire es tan puro, que una palabra pronunciada á media milla de distancia parece que suena casi á nuestro lado. Si; era la voz de uno á quien no se puede conocer sin venerarle; de uno que, debido á mis asociaciones místicas, es para mí de lo más querido y más santo; una voz familiar desde hace muchos años y siempre bienvenida, y que lo es doblemente en los momentos de dolor físico ó mental, porque trae consigo siempre un rayo de esperanza y de consuelo.

¡Animo!—murmuró en un tono suave y dulce.—Pensad en los días que habéis pasado en cariñosa compañía; en las grandes lecciones recibidas de las verdades de la Naturaleza; en los muchos errores de los hombres respecto de estas verdades, y tratad de añadir á ellas la experiencia de una noche pasada en esta ciudad. Dejad que la narración de una vida extraña que de seguro os interesará, ayude á hacer más cortas las horas de sufrimiento.... Prestad atención. ¡Mirad allí delante de vos!

«Allí» significaba las ventanas grandes de una casa desalquilada que había al otro lado de la estrecha calle de la ciudad alemana. Estaban

aquellas ventanas en frente de las mías, casi en línea recta, y mi cama se encontraba precisamente colocada frente á las de mi alcoba. Obedeciendo á aquella insinuación, dirigí la mirada hácia ellas, y lo que ví me hizo en esos momentos olvidar los crueles dolores que sentía en mi brazo y en todo mi cuerpo, atacado de reumatismo.

Sobre las ventanas serpenteaba una bruma, ó más bien una espiral de niebla blanquecina, densa y pesada, que parecía la sombra enorme de un boa gigantesco-desarrollando lentamente su cuerpo. Gradualmente desapareció, dejando en su lugar una claridad brillante, suave y argentina, como si las vidrieras que estaban detrás reflejasen mil rayos de luna, ó el cielo estrellado de los trópicos, primero desde fuera y luego desde dentro de las solitarias habitaciones. Después ví que la niebla se alargaba y arrojaba, como si dijéramos, un puente encantado, al través de la calle, desde las hechizadas ventanas hasta mi balcón, terminando en mi propia cama. De repente, mientras continuaba yo mirando, la pared, las ventanas y la casa de en frente se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos. El espacio ocupado por las vacías habitaciones se había transformado en el interior de otra habitación más pequeña—de lo que deduje que era un chalet suizo—en un estudio cuyas antiguas y oscuras paredes estaban cubiertas desde el suelo al techo de estantes llenos de libros, figurando entre ellos muchos volúmenes antiguos, así como varias obras de fecha más reciente. En el centro estaba colocada una mesa de forma anticuada, literalmente cubierta de manuscritos y materiales de escribir. Delante de ella, pluma en mano, estaba sentado un viejo personaje de ceñudo aspecto, que parecía un esqueleto, con una cara tan delgada, amarilla y demacrada, que la luz de la pequeña lámpara que había en la habitación, se reflejaba en los pómulos que formaban en su cara dos puntos brillantes, como si fueran de marfil.

Al tratar de poder verlo mejor, levantándome penosamente sobre mis almohadas, toda la visión, chalet y estudio, mesa, libros y escribiente, parecieron fluctuar y moverse. Una vez en movimiento, se aproximaron más y más hasta que, deslizándose silenciosamente á lo largo del pálido puente de nubes al través de la calle, flotaron por entre las ventanas cerradas en mi propia habitación, y, últimamente, parecieron instalarse al lado de mi cama.

Escuchad lo que piensa y lo que va á escribir—dijo en tono suave la misma voz familiar, allá á los lejos, y que, sin embargo, parecía tan cercana.—Así veréis una historia cuya narración podrá contribuir á hacer más cortas las horas de insomnio, y hasta haceros olvidar por algún tiempo vuestros dolores. . . . ¡Ensayad!—añadió,—usando la tan conocida fórmula de los Rosacruces y Kabalistas.

Ensayé lo que se me ordenaba. Concentré toda mi atención en la solitaria figura que veía delante de mí, pero la cual no me veía. Al principio, el ruido de la pluma de ave con que escribía el anciano, no sugirió á mi mente más que un ténue murmullo de naturaleza indescriptible. Después, gradualmente, mi oído cogió las confusas palabras de una voz débil y distante, y me figuré que aquel personaje que delante de mí se

hallaba, encorvado sobre su manuscrito, estaba leyendo su relato en alta voz, en lugar de escribirlo. Pero pronto salí de mi error. Fijando mi vista en la cara del viejo, vi de una ojeada que sus labios estaban comprimidos y sin movimiento, y que la voz era demasiado débil y sutil para ser la suya, y lo que era más extraño; á cada palabra que trazaba aquella mano débil y decrepita, veía salir por debajo de su pluma un ligero resplandor, una chispa brillante y coloreada que instantáneamente se convertía en un sonido, ó lo que es lo mismo, parecía hacerlo así para mis percepciones internas. Era verdaderamente la diminuta voz de la pluma la que oía, aun cuando el que escribía y la pluma se hallaban quizás en aquel momento á centenares de millas de Alemania. Cosas semejantes ocurren alguna vez, especialmente de noche, bajo cuya estrechada sombra, como nos dice Byron, «... aprendemos el lenguaje de otro mundo...»

Como quiera que sea: las palabras pronunciadas por la pluma quedaron grabadas en mi memoria durante muchos días; pero no tuve que esforzarme en retenerlas; pues cuando me dispuse á recordar la historia, la encontré, como de costumbre, indeleblemente trazada en los tabletas astrales delante de mis ojos internos.

De este modo no tuve que hacer más que copiarla y darla tal como la recibí. No pude averiguar el nombre del desconocido escritor nocturno. Pero aun cuando el lector prefiera considerar toda la historia como forjada á propósito ó quizás como un sueño, sin embargo, sus incidentes no dejarán por ello, según espero, de ser interesantes.

## I

## HISTORIA DEL DESCONOCIDO.

El lugar de mi nacimiento es una pequeña aldea enclavada entre montañas, un conjunto de cabañas suizas profundamente ocultas en un ángulo soleado entre dos glaciares desprendidos y un pico cubierto de nieves perpétuas. Allí hace treinta años que volví enfermo de cuerpo y de espíritu, dispuesto á morir si la suerte hubiera querido llamarme. El aire puro y vigorizador del lugar del nacimiento, decidió mi suerte de otro modo. Aún vivo; quizás con el objeto de dar testimonio de los hechos que he guardado profundamente secretos para todo el mundo; una relación de horrores que más quisiera callar que revelar. La razón de esta falta de voluntad en mí, es debida á mi temprana educación y á los sucesos ulteriores que dieron un mentís á mis preocupaciones más arraigadas y queridas. Alguien podrá sentirse inclinado á considerar estos sucesos como providenciales. Yo, sin embargo, no creo en ninguna Providencia, y á pesar de esto, no puedo atribuirlos á la mera casualidad. Los relaciono con la incesante evolución de los efectos engendrados por ciertas causas directas, y con una causa primaria y fundamental de la que se originó todo cuanto siguió después. Ahora no soy más que un débil anciano; sin embargo, la debilidad física no ha perjudicado en nada á mis facultades mentales. Estas son las que me proporcionan una prueba más

de la existencia real de alguien á quien quisiera considerar.—¡oh, si yo pudiera hacerlo!—como una entidad nacida de mi fantasía, como el producto efímero de un sueño febril y horrible. ¡Oh, que Ser tan terrible, tan bondadoso, todo perdón, tan santo y tan respetado! Él fué, este modelo de todas las virtudes, quien amargó mi existencia entera. Fué él quien arrojándome violentamente fuera de la ruta monótona, aunque segura de la vida ordinaria, me impuso, á pesar mio, la certidumbre de una vida futura, añadiendo así un nuevo horror á otro de por sí bastante grande.

Con objeto de exponer mejor mi situación, tengo que interrumpir estos recuerdos con unas cuantas palabras sobre mí. ¡Oh! ¡Cómo borraría si pudiese este odioso Yo!

Nacido en Suiza, de padres franceses que concentraron toda la sabiduría del mundo en la trinidad literaria de Voltaire, J. J. Rousseau y D'Holbach, y educado en una Universidad alemana, crecí siendo ateo y materialista de piés á cabeza. Jamás hubiera podido ni tan siquiera imaginar la existencia de seres, y mucho menos la de un Ser, que estuviese por encima y fuera de la naturaleza visible, y como distinto de ella. De aquí que considerase como una pura quimera todo lo que no pudiera someterse al análisis de los sentidos físicos. Un alma, argüía yo, aun suponiendo que el hombre la tenga, tiene que ser material. Según la definición de Origenes, *incorporeus*—epiteto que daba á su Dios—significa sólo una substancia más sutil que la de los cuerpos físicos, de la cual ni siquiera nos podemos formar una idea definitiva. ¿Cómo, pues, aquéllo de lo que nuestros sentidos no pueden darnos ninguna idea clara, ha de hacerse visible ó producir manifestaciones tangibles?

Por consiguiente, recibía las relaciones del nascente espiritismo con un sentimiento de completo desprecio, y consideraba con escarnio, y casi con ira, las insinuaciones de ciertos sacerdotes. Y verdaderamente estos últimos sentimientos nunca me han abandonado.

Pascal, en la parte octava de sus *Pensamientos*, confiesa su más completa incertidumbre sobre la existencia de Dios. Toda mi vida he profesado yo también una completa certeza de la no existencia de un ser extra-cósmico semejante, y repetía con aquel gran pensador las memorables palabras en que nos dice: «He examinado si este Dios, de quien todo el mundo habla, ha dejado alguna señal de sí mismo. Miro á todas partes, y en todos lados no veo más que obscuridad. La Naturaleza no me presenta nada que no sea materia de duda y de inquietud.»

Hasta el presente, nada he encontrado, por mi parte, que pueda desviarme de tales sentimientos. Nunca he creído, ni creeré, en un Ser Supremo. Pero de las potencialidades del hombre, proclamadas en todas partes y de un modo especial en Oriente, de poderes de tal modo desarrollados en algunas personas, que las convierten virtualmente en Dioses, de esto, ya no río. Mi vida entera despedazada, es una protesta contra tal negación. Creo en tales fenómenos, y los maldigo cuando quiera que vengan y sea lo que sea lo que los produzca.

A la muerte de mis padres, y debido á un pleito desgraciado, perdí la mayor parte de mi fortuna, y resolví adquirir otra para aquéllos que

ser espiritual—decía—que vuelve á la tierra más de una vez, y que es recompensado ó castigado en los intervalos.

La idea de que el hombre no es más que un montón de polvo organizado, estaba fuera de su comprensión. Lo mismo que Jeremy Collier, rehusaba admitir que él no fuese más que «una máquina ambulante, una cabeza parlante sin alma», cuyos «pensamientos están todos limitados por las leyes del movimiento». Pues—argüía—si como decís, mis acciones estuviesen de antemano prescritas, y yo no tuviese más libertad y libre albedrío para cambiar el curso de mis acciones, que las que tienen las aguas corrientes de aquel río, entonces la gloriosa doctrina de Karma, del mérito y del demérito, sería realmente muy absurda.

Así, pues, toda la ontología de mi super-metafísico amigo se basaba en el débil edificio de la metempsícosis, en una imaginaria y justa Ley de retribución, y en otros sueños por el estilo, igualmente descabellados.

No podemos—dijo paradójicamente un día—esperar vivir despues de esta vida el completo uso de nuestra conciencia, á menos que hayamos construido de antemano para ello una base sólida de espiritualidad. . . . No os riáis, amigo sin fé—alegaba bondadosamente;—antes bien meditat mucho sobre esto. El que no ha aprendido nunca á vivir en espíritu durante su vida consciente y responsable en la tierra, no puede esperar una existencia vivida después de la muerte, cuando privado de su cuerpo se halle limitado sólo á aquel espíritu.

—¿Qué entiende usted por la vida en Espíritu?—le pregunté.

—La Vida en un plano espiritua!; aquella que los budhistas llama *Jushita Devaloka* (paraíso). El hombre puede crear para él esta dichosa existencia entre dos nacimientos, valiéndose de la transferencia gradual á aquel plano de todas las facultades que se manifiestan, durante su permanencia en la tierra, por medio de su cuerpo orgánico y de su cerebro animal, como vos le llamáis. . . .

—¡Vaya un absurdo! ¿Y cómo puede el hombre hacer eso?

—La contemplación y un ferviente deseo de asimilarse los dioses benditos, puede proporeionárselo.

—Y si el hombre rehusa esta ocupación intelectual por la cual quiere usted significar, supongo, el fijar los ojos en la punta de la nariz, ¿qué le sucede después de la muerte de su cuerpo?—pregunté en son de burla.

—Será tratado de acuerdo con el estado que prevaleció en su conciencia, en la cual hay muchos grados. Cuando mejor, un renacimiento inmediato; cuando peor, el estado de AVITCHI ó infierno mental. Sin embargo, no es necesario ser un asceta para asimilarse la vida espiritual que se extiende más allá. Todo lo que se requiere, es probar á aproximarse al Espíritu.

—¿Cómo! ¿Aun cuando no se crea en él?—repliqué.

—Aún así. Uno puede no creer, y, sin embargo, tener en su naturaleza sitio para la duda por muy pequeño que este sitio sea; y de este modo, ensayar un día, aunque no sea sino por un momento, el abrir la puerta del templo interior; y este momento puede ser suficiente al objeto.

ser espiritual—decía—que vuelve á la tierra más de una vez, y que es recompensado ó castigado en los intervalos.

La idea de que el hombre no es más que un montón de polvo organizado, estaba fuera de su comprensión. Lo mismo que Jeremy Collier, rehusaba admitir que él no fuese más que «una máquina ambulante, una cabeza parlante sin alma», cuyos «pensamientos están todos limitados por las leyes del movimiento». Pues—argüía—si como decís, mis acciones estuviesen de antemano prescritas, y yo no tuviese más libertad y libre albedrío para cambiar el curso de mis acciones, que las que tienen las aguas corrientes de aquel río, entonces la gloriosa doctrina de Karma, del mérito y del demérito, sería realmente muy absurda.

Así, pues, toda la ontología de mi super-metafísico amigo se basaba en el débil edificio de la metempsicosis, en una imaginaria y justa Ley de retribución, y en otros sueños por el estilo, igualmente descabellados.

No podemos—dijo paradójicamente un día—esperar vivir despues de esta vida el completo uso de nuestra conciencia, á menos que hayamos construido de antemano para ello una base sólida de espiritualidad. .... No os riáis, amigo sin té—alegaba bondadosamente;—antes bien medita mucho sobre esto. El que no ha aprendido nunca á vivir en espíritu durante su vida consciente y responsable en la tierra, no puede esperar una existencia vivida después de la muerte, cuando privado de su cuerpo se halle limitado sólo á aquel espíritu.

—¿Qué entiende usted por la vida en Espíritu?—le pregunté.

—La Vida en un plano espiritual; aquella que los budhistas llama *Jushita Devaloka* (paraíso). El hombre puede crear para él esta dichosa existencia entre dos nacimientos, valiéndose de la transferencia gradual á aquel plano de todas las facultades que se manifiestan, durante su permanencia en la tierra, por medio de su cuerpo orgánico y de su cerebro animal, como vos le llamáis. ....

—¡Vaya un absurdo! ¿Y cómo puede el hombre hacer eso?

—La contemplación y un ferviente deseo de asimilarse los dioses benditos, puede proporciónárselo.

—Y si el hombre rehusa esta ocupación intelectual por la cual quiere usted significar, supongo, el fijar los ojos en la punta de la nariz, ¿qué le sucede después de la muerte de su cuerpo?—pregunté en son de burla.

—Será tratado de acuerdo con el estado que prevaleció en su conciencia, en la cual hay muchos grados. Cuando mejor, un renacimiento inmediato; cuando peor, el estado de AVITCHI ó infierno mental. Sin embargo, no es necesario ser un asceta para asimilarse la vida espiritual que se extiende más allá. Todo lo que se requiere, es probar á aproximarse al Espíritu.

—¿Cómo! ¿Aun cuando no se crea en él?—repliqué.

—Aún así. Uno puede no creer, y, sin embargo, tener en su naturaleza sitio para la duda por muy pequeño que este sitio sea; y de este modo, ensayar un día, aunque no sea sino por un momento, el abrir la puerta del templo interior; y este momento puede ser suficiente al objeto.

—Sois decididamente poético y á la vez paradójico reverendo amigo. ¿Queréis, tener la bondad de explicarme un poco más ese misterio?

—No es esto ningún misterio: sin embargo, haré gustoso lo que pedís.

Suponed por un instante que algún templo desconocido, en el cual nunca habéis estado y cuya existencia creéis tener fundamento para negar, sea el «plano espiritual» del que estoy hablando; que álguien os toma de la mano y os conduce hácia su entrada, y que la curiosidad os hace abrir su puerta y mirar dentro. Por este sencillo acto, por entrar en él un segundo, habréis establecido una relación imperecedera entre vuestra conciencia y el templo. No podréis seguir negando su existencia ni borrar el hecho de haber entrado en él. Y según haya sido el carácter y la variedad de vuestro trabajo dentro de sus santos muros, así viviréis en él después que vuestra conciencia se halle separada de su mansión de carne.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué tiene que ver mi conciencia después de la muerte —si es que tal cosa existe— con el templo?

—Hay una relación completa entre ambas cosas—replicó solemnemente el anciano.—No puede haber conciencia propia después de la muerte, fuera del templo del espíritu. Lo que hayáis ejecutado dentro de su plano, es lo único que sobrevivirá. Todo lo demás, es falso é ilusorio. Está condenado á perecer en el Océano de Mâyá.

Chocábame la idea de vivir fuera de mi cuerpo, y así es que insté á mi amigo á que prosiguiera su discurso. Engañándose respecto á mis intenciones, el venerable varón accedió gustoso á mi deseo.

Tamoora Hidayeri pertenecía al gran templo de Tzi-Onene, monasterio buddhista, famoso no sólo en todo el Japón, sino también en todo el Tibet y la China. No hay otro en Kioto que sea tan venerado. Sus monjes pertenecen á la secta de Dzeno-doo, y son considerados como los más instruidos entre las muchas fraternidades eruditas. Están, además, estrechamente relacionados y aliados con los Yamabooshi (ascetas y ermitaños), que siguen las doctrinas de Laotsé. No hay, pues, que admirarse de que á la menor provocación de mi parte, el sacerdote se remontase á las más altas especulaciones metafísicas, con la esperanza de curarme de mi credulidad.

No hace al caso repetir aquí aquel largo discurso, sin piés ni cabeza, sobre la más desesperadamente enmarañada é incomprensible de todas las doctrinas. Según sus ideas, tenemos que educarnos en este mundo para la espiritualidad, como si se tratase de la gimnasia. Siguiendo la analogía del templo y del «plano espiritual», trató de aclarar su idea. Él mismo había trabajado en el templo del espíritu durante dos tercios de su vida, dedicando dos horas diarias á la «contemplación». De este modo *sabía* (!) que después de dejar á un lado su cascarón mortal—«mera ilusión», según explicaba—volvería á vivir otra vez en su conciencia espiritual, gozando de todos los sentimientos, de las nobles alegrías y dicha divina que había tenido ó *debería haber tenido*, pero con una intensidad cien veces mayor. Su trabajo en el plano espiritual

había sido considerable—decía—y, por tanto, esperaba que el salario del trabajador sería proporcionado.

—Pero suponed—dije yo—que el trabajador, precisamente como en el ejemplo que habéis imaginado para mi caso, no hubiese hecho más que abrir la puerta del templo por pura curiosidad; que hubiese apenas echado una ojeada en el santuario para nunca más poner los piés en él ¿qué sucedería entonces?

—Entonces—contestó—no tendríais más que ese corto minuto que recordar en vuestra futura conciencia. Nuestra vida futura registra y repite solamente las impresiones y sentimientos que hemos tenido en nuestras experiencias espirituales, y nada más: Por consiguiente, si en lugar de sentir reverencia en el momento de entrar en la morada del espíritu, vuestro corazón no albergase sino cólera, recelo ó resentimiento, vuestra futura vida espiritual sería, en verdad, muy triste. No habría nada que recordar, salvo el haber abierto una puerta en momento de mal humor.

—¿Cómo podría entonces repetirse?—repliqué tomando á guisa la cuestión.—¿Qué supone usted que haría yo antes de encarnarme nuevamente?

—En ese caso—dijo, hablando lentamente y pesando cada palabra—en ese caso, *tendríais, me temo, sólo que abrir y cerrar la puerta del templo una y otra vez durante un periodo que, por corto que fuera, os parecería una eternidad.*

Esta especie de ocupación *post mortem*, me pareció entonces tan grotesca en su sublime absurdo, que no pude contener una carcajada.

Mi venerable amigo sintió un gran desaliento al ver el resultado de sus instrucciones metafísicas. Indudablemente no se había esperado tal hilaridad. Sin embargo, no dijo una palabra, y se limitó á suspirar y mirarme; brillando en sus pequeños ojos negros una benevolencia y una lástima crecientes.

—Os suplico perdonéis mi indiscreción—dije disculpándome.—Pero, ahora, en realidad, ¿no habréis querido seriamente decirme que el «estado espiritual» que defendéis, y en el que creéis tan firmemente, consiste tan sólo en la mímica de ciertas cosas que hacemos en la vida?

—No, no es mímico, sino sólo hacer más extensa su repetición: llenar los vacíos que se dejaron injustamente sin llenar durante la vida, en el goce de nuestros actos y hechos y de todo lo ejecutado en el plano espiritual del estado real único. Lo que dije era un ejemplo, sin duda incomprendible para vos, que parecéis completamente ignorante de los misterios de la *Visión del Alma*. Yo soy el que merece censura... Lo que pretendía hacerlos comprender era que, como el estado espiritual de nuestra conciencia, una vez separada de su cuerpo no es sino el goce de todos los actos espirituales ejecutados durante la vida, cuando un acto ha sido estéril, no pueden esperarse resultados, salvo la repetición del acto mismo. Esto es todo. Espero que podéis evitaros tales hechos infructuosos, y que, finalmente, lleguéis á ver ciertas verdades.—Y saludándome con las acostumbradas cortesías japonesas, aquel hombre excelente se despidió de mí.

¡Ay! Si hubiese sabido entonces lo que después aprendí, ¡cuán poco me hubiera burlado, y cuánto más hubiere aprendido!

Pero tal como estaban las cosas, cuanto más afecto personal y más respecto sentía por él, menos podía reconciliarme con sus extrañas ideas sobre una vida futura, y especialmente sobre la adquisición de poderes sobrenaturales por algunos hombres. Sentía, sobre todo, una aversión particular hacia su veneración por los Yamabooshi, los aliados de todas las sectas budhistas del país. Sus pretensiones de hacer milagros me eran simplemente odiosas. El oír á todos los japoneses que conocía en Kioto, hasta á mi mismo socio, el hombre de negocios más sagáz que conocí en Oriente, mencionar á los sectarios de Lao-tse con los ojos bajos y las manos reverentemente cruzadas, y afirmar que poseían « grandes » y « maravillosos » dones, era más de lo que yo estaba dispuesto, en aquel tiempo, á tolerar buenamente. ¿Y quiénes eran, después de todo, estos grandes mágicos, con sus ridículas pretenciones de un conocimiento supermundano; estos « santos mendigos », quienes, como yo creía entonces, moran intencionalmente en lo más apartado de las montañas no frecuentadas y en alturas escabrosas é inaccesibles, hasta el punto de ser completamente imposible para los importunos curiosos el encontrarlos y observarlos en sus propias cavernas? Sencillamente adivinos desvergonzados, gitanos japoneses que venden hechizos y talismanes. En contestación á los que me aseguraban que aunque los Yamabooshi llevan una vida misteriosa sin admitir á ningún profano en sus secretos, aceptan, sin embargo, discípulos, á pesar de lo difícil que es serlo de ellos, y que así tienen testigos de la gran pureza y santidad de su vida; en contestación á tales afirmaciones oponía yo resueltamente la negativa más rotunda. Insultaba á la vez á maestros y discípulos, clasificándolos en la misma categoría de necios, cuando no de bribones, y llegué hasta el punto de incluir en este número á los Sintos. Ahora bien; el Sintoísmo ó *Sin-Syu*, « fe en los Dioses y en el camino á los Dioses »; esto es, la creencia en la comunicación entre estas criaturas y los hombres, es una especie de culto á los espíritus de la Naturaleza, tan miserablemente absurdo, que no tiene comparación con nada. Y por colocar á los Sintos entre los necios y los bribones de otras sectas, me hice muchos enemigos. Los Sintos Kanusi (maestros espirituales), son considerados como lo más superiores entre las clases elevadas de la Sociedad, estando el mismo Mikado á la cabeza de su jerarquía, y perteneciendo los miembros de la secta á la parte más culta y educada de los hombres en el Japón. Estos Kanusi de los Sintos no forman casta ó clase aparte, ni pasan por ninguna ordenación, al menos que sea conocida de los profanos. Y como públicamente no demuestran poseer ningún privilegio ó poderes especiales, y como hasta su vestido no se diferencia en nada del de los seglares, sino que simplemente son, en la opinión del mundo, profesores y estudiantes de ciencias ocultas y espirituales, me sucedió ponerme muy amenudo en contacto con ellos, sin sospechar, ni remotamente, que me hallaba en presencia de tales personajes.

## II

## EL VISITADOR MISTERIOSO

Pasaron los años, y á la par que transcurría el tiempo, crecía más fuerte mi empedernido escepticismo, cobrando cada día más bríos. Ya he mencionado á una hermana mía, muy querida, que era el único pariente que me quedaba. Se había casado, y últimamente se había ido á vivir á Nuremberg. Yo la amaba con sentimientos más bien filiales que fraternales, y sus hijos me eran tan queridos como si hubieran sido míos. Cuando la catástrofe que en el transcurso de pocos días hizo perder á mi padre su gran fortuna, é hizo morir á mi madre de pena, fué ella, mi hermana mayor, quien por propio impulso se convirtió en el ángel guardián de nuestra arruinada familia. Por amor á mí, su hermano menor, por quien intentó reemplazar á los profesores que ya no podían dárseme, había ella renunciado á su propia felicidad. Se sacrificó á si misma y sacrificó al hombre que amaba; á fin de ayudar á mi padre, y principalmente á mí con su abnegación. ¡Oh! ¡Cómo la amaba y veneraba yo, no habiendo hecho el tiempo sino aumentar esta temprana afección fraternal! Aquellos que sostienen que ningún ateo, como tal, puede ser un amigo verdadero, un pariente cariñoso ó un súbdito leal, profieren—ya sea conscientes ó inconscientes—la mayor de las calumnias y la más grande de las mentiras. El decir que un materialista se hace más duro de corazón al hacerse más viejo, que no puede amar como ama un creyente, es sencillamente la mayor de las falsedades.

Puede haber casos excepcionales semejantes, es verdad; pero éstos se encuentran sólo alguna vez en hombres que son aún más egoistas que escépticos ó en mundanos vulgares. Pero cuando un hombre por naturaleza bondadoso, se hace lo que se llama ateo,—no por motivos egoistas sí no á impulsos de la razón y del amor á la verdad,—no hace más que fortalecer sus afecciones de familia y sus simpatías por los demás hombres. Todas sus emociones, todas las aspiraciones ardientes hácia lo desconocido y lo inaccesible; todo el amor que de otro modo hubiera inútilmente invertido en un cielo supuesto y en su Dios correspondiente, se concentran entonces con fuerza décupla. En verdad, solamente el corazón del ateo puede saber qué flujos secretos de tranquilo goce corren cuando los hermanos aman...

Un amor, así, fraternal y santo, fué el que me indujo á mi también á sacrificar mis comodidades y bienestar personal, para asegurar la dicha de aquélla que había sido para mí más que una madre. Yo era casi un adolescente cuando partí de mi casa para Hamburgo. Allí, trabajando con todo el desesperado ardor de un hombre que tiene en perspectiva el noble objeto de aliviar el sufrimiento y ayudar á aquellos á quienes ama, pronto obtuve la confianza de mis principales, quienes, en su consecuencia, me colocaron en el elevado puesto de confianza de que siempre he gozado después. Mi primer placer real y mi recompensa en la vida fué ver á mi hermana casada con el hombre á quien había sacrificado por mí, y ayudarles en su lucha por la existencia. Tan puro y desinteresado.

do era mi cariño por ella, que, cuando llegó el caso de ser compartido con sus hijos, en lugar de perder en intensidad por esta división, pareció que se hacía más fuerte.

Nacido en mí con la potencialidad del cariño de familia más acendrado, era tan grande mi amor por mi hermana, que nunca pudo entrar en mi cabeza el pensamiento de quemar aquel fuego sagrado delante de ningún ídolo que no fuera ella ó su familia. Esta es la única iglesia que yo reconocía, la iglesia única en donde yo rendía culto ante el altar del santo amor de la familia. En resumen; esta numerosa familia, compuesta de once personas, incluyendo á su esposo, era el único lazo que me ligaba á Europa. Por dos veces, durante un período de nueve años, cruzé el Océano con el solo objeto de ver y de estrechar entre mis brazos á aquellos seres queridos de mi corazón. No tenía ningún otro asunto en Occidente, y habiendo cumplido con este agradable deber, volví de nuevo al Japón á trabajar con afán para ellos. Por ellos permanecí soltero, para que la fortuna que yo pudiese adquirir, pasase íntegra á ellos solos.

Habíamos mantenido siempre nuestra correspondencia con la puntualidad que el largo trayecto del entonces muy irregular servicio de vapores-correos lo permitían. Pero, de repente, hubo una interrupción en las cartas de la familia. Durante cerca de un año no recibí ninguna noticia, y día tras día me volvía más intranquilo, más temeroso de alguna gran desgracia. Vanamente esperaba una carta ó un simple mensaje; y todos mis esfuerzos para explicarme tan extraordinario silencio, fueron infructuosos.

—Amigo mio—me dijo un día Tamoora Hideyeri, mi único confidente: —amigo mio, consultad á un santo Yamabooshi, y os sentiréis tranquilo.

Como es de suponer, rechacé la oferta con toda la prudencia de que fui capaz ante aquella provocación. Pero á medida que un vapor y otro, y otro, llegaban sin traerme noticia alguna, sentí una desesperación que aumentaba diariamente en intensidad y fijeza. Esto degeneró últimamente en una ansiedad indescriptible, en un deseo febril de saber—lo peor según pensaba entonces.—Luché grandemente con este sentimiento, pero fui vencido por él. Unos cuantos meses antes era completamente dueño de mí, y entonces me hice esclavo del temor. Yo, un fatalista de la escuela de Holbach; yo, que me había encariñado siempre con la creencia en el sistema de que la necesidad era el único promotor de la dicha filosófica y el factor de más influencia sobre la debilidad humana, sentía una ansiedad por algo que se parecía á querer oír la buenaventura. Había llegado hasta el punto de olvidar el primer principio de mi doctrina, la doctrina de que todo es necesario, única á propósito para calmar nuestros pesares y para inspirarnos una útil resignación; esto es, una sumisión racional á los decretos del ciego destino, siendo una tonta sensibilidad lo que tan amenudo es causa de que nos sintamos abrumados.

Si; olvidando esto, fui arrastrado por un anhelo miserable y supersti-

cioso, por un deseo estúpido y despreciable de saber, si no lo futuro, á lo menos lo que estaba sucediendo al otro lado del Globo. Mi conducta parecía por completo modificada; mi temperamento y aspiraciones del todo cambiados; y lo mismo que una muchacha nerviosa y débil, me sorprendi á mi mismo esforzando á mi mente hasta el borde de la locura para tratar de mirar—como me habian dicho que se hacia algunas veces—más allá de los mares, y saber al fin la verdadera causa de este largo é inexplicable silencio.

Una tarde, á la puesta del sol, mi amigo, el venerable Bonzo Tamoorá, apareció en el recibimiento de mi casa de madera. Yo no le había visitado hacia muchos dias, y habia venido á saber como estaba. Me aproveché de la oportunidad para burlarme una vez más de quien en realidad consideraba con el respecto más cariñoso. Con un gusto equívoco—del que me arrepentí casi antes de haber pronunciado la primera palabra—le pregunté por qué se había tomado la molestia de andar toda esta distancia cuando podia haberse enterado de todo con solo interrogar á un Yamabooshi. Al principio pareció un tanto ofendido, pero después de escudriñar profundamente mis abatidas facciones, replicó con bondad que no podia menos de insistir en lo que ya me habia aconsejado. Solamente un miembro de esta santa órden podia consolarme en mi estado actual.

Desde aquel momento se apoderó de mi un deseo insensato de retarlo á probarme sus afirmaciones. Desafío—le dije—á cualquiera ó á todos sus pretendidos mágicos, á que me digan el nombre de la persona en quien yo pensaba y lo que estaba haciendo en aquel momento. Me respondió tranquilamente que mi deseo podia ser fácilmente satisfecho. Habia un Yamabooshi dos puertas más allá de mi casa, visitando á un Sinto enfermo. Lo conduciria á mi presencia con solo decir yo una palabra.

*La dije, y desde el momento que la pronuncié, mi sentencia quedó dictada.*

¡Cómo encontraré palabras para describir la escena que siguió! Veinte minutos después de haber expresado tan incautamente mi deseo, estaba delante de mi anciano japonés extraordinariamente alto y majestuoso para un hombre de su raza, pálido, delgado y macilento. Allí, donde esperaba encontrar una obsequiosidad servil, sólo vi un aire de compostura tranquila y digna, la actitud de uno que conoce su superioridad moral, y que, por tanto, desdeña reparar en la equivocación de aquellos que no son capaces de reconocerla. A las preguntas, algún tanto burlescas é irreverentes que le dirigí, una después de otra, con febril ansiedad, no contestó ni una palabra. Me miraba en silencio como un médico miraria un paciente que delirase. Desde el momento en que fijó sus ojos en los míos, sentí, ó más bien ví, como si fuera un penetrante rayo de luz, un delgado y plateado hilo que brotaba de sus ojos estrechos é intensamente negros, profundamente hundidos en su cara vieja y amarilla. Parecia que su mirada penetraba en mi cerebro y en mi corazón como una flecha, y se ponía á trabajar para sacar de ellos todos los pensamien-

tos y afecciones. Si; lo veía y lo sentía, y muy pronto esta doble sensación se me hizo intolerable.

Para romper el encanto, lo desafié á que me dijera lo que había encontrado en mis pensamientos. Tranquilamente vino la contestación exacta: ansiedad extremada por una parienta, por su esposo y por sus hijos, que habitaban una casa cuya descripción correcta me dió como si la conociese tanto como yo mismo. Dirigí una mirada de sospecha á mi amigo el Bonzo, á cuya indiscreción pensé que se debía aquella pronta respuesta. Acordándome, sin embargo, de que Tamoorá no podía saber nada respecto de la disposición de la casa de mi hermana, que los japoneses son proverbialmente veraces, y, como amigos, fieles hasta la muerte, me avergonzé de mi sospecha. Para espiarla en mi propia conciencia, pregunté al ermitaño si podía decirme algo sobre el estado presente de aquella hermana querida. El extranjero—me respondió—no creería nunca en las palabras ni tendría confianza alguna en el conocimiento de otra persona que no fuese él mismo. Si el Yamabooshi se lo dijese, la impresión apenas duraría unas horas, y el que pregunta se volvería á encontrar tan desgraciado como antes. No había más que un medio; y éste era que el extranjero (yo mismo) viese con sus propios ojos y conociese así la verdad por sí mismo. ¿Estaba el extranjero pronto á dejarse poner en el estado requerido por un Yamabooshi, desconocido para él?

Yo había oído hablar en Europa de sonámbulos magnetizados y de pretendidos clarividentes, y no teniendo la menor fé en ellos, no tenía, por tanto, inconveniente alguno en aceptar el procedimiento mismo. Aun en medio de mi incesante agonía mental, no pude impedir sonreirme ante lo ridículo de la operación á que voluntariamente me sujetaba. Sin embargo, signifiqué silenciosamente mi consentimiento.

### III

#### MAGIA PSÍQUICA

El anciano Yamabooshi no perdió tiempo. Miró hácia el sol poniente, y encontrando, probablemente, al Sr. Ten-Dzio-Dai-Dzio (el Espíritu que despide sus Rayos), propicio á la próxima ceremonia, inmediatamente sacó un paquetito. Este contenía una diminuta caja barnizada, un pedazo de papel vegetal, hecho de la corteza del moral, y una pluma, con la que trazó sobre el papel unas cuantas sentencias en caracteres *naiden*, estilo peculiar de lenguaje escrito, usado solamente para asuntos religiosos y místicos. Hecho esto, sacó de debajo de su vestido un pequeño espejo redondo, de acero, de un brillo extraordinario, y colocándolo delante de mis ojos, me dijo que mirára en él.

No sólo había ya oído hablar de estos espejos, que se usan con frecuencia en los templos, sino que hasta los había visto varias veces. Se dice que bajo la dirección y voluntad de los sacerdotes

instruídos, se aparecen en ellos los Daij-Dzins, los grandes espíritus que revelan su destino á los investigadores devotos. Al principio, me imaginé que su intención era evocar uno de estos espíritus para que contestára á mis preguntas. Pero lo que sucedió, fué algo muy distinto.

Tan pronto como cogí el espejo, no sin experimentar por última vez una angustia mental, causada por el sentimiento profundo de mi absurda situación, noté de repente una extraña sensación en el brazo correspondiente á la mano en que lo tenía. Por un corto momento me olvidé de mi «papel de burlón», y dejé de considerar el asunto bajo el punto de vista del ridículo. ¿Fué temor lo que repentinamente embargó mi cerebro, paralizando por un instante su actividad,

. . . . . aquel temor cuando el corazón ansía conocer, oír lo que es la muerte? No; porque yo tenía todavía bastante conciencia para seguir persuadiéndome de que nada resultaría de un experimento en cuya naturaleza ningún hombre de sana razón jamás podría creer. ¿Qué era, pues, lo que se insinuaba en mi cerebro, como si fuese una cosa viva de hielo, produciéndome una sensación de horror, y luego me asía el corazón como si una serpiente mortífera hubiese clavado en él sus dientes? Con una sacudida convulsiva de la mano, dejé caer el—me avergüenzo de escribir el adjetivo—espejo «mágico», y no pude decidirme á recogerlo del sofá en que me hallaba reclinado. Por un corto instante hubo una lucha terrible entre una indefinida, y para mí completamente inexplicable, ansia de mirar en las profundidades de la superficie pulimentada del espejo, y mi orgullo, cuya supremacía nada parecía capaz de abatir. Sin embargo, fué finalmente dominado, siendo vencida su rebeldía por su propia intensidad provocadora. Había una novela abierta sobre una mesa barnizada cerca del sofá y fijando casualmente mis ojos en sus páginas, leí las siguientes palabras: «El velo que cubre el futuro, es descornado por la mano de la misericordia». Esto fué lo bastante para que se operase aquel cambio en mí. El mismo orgullo que hasta entonces me había alejado de lo que consideraba un experimento degradante y supersticioso, me hizo desafiar mi destino. Recogí el fatal y reluciente disco, y me preparé á mirar en él.

Mientras yo examinaba el espejo, el Yamabooshi dijo rápidamente unas palabras al Bonzo Tamoorá; en vista de lo cual, dirigí una furtiva mirada de sospecha á ambos. Por segunda vez me había equivocado.

—Este santo varón me ruega que os haga una pregunta, y que á la vez os dé un aviso—dijo el Bonzo.—Si deseáis ahora ver por

vos mismo, tendréis que someteros, so pena de *ver para siempre, en lo sucesivo, todo lo que está sucediendo, á cualquiera distancia que sea, y contra vuestra voluntad ó inclinación, á un procedimiento regular de purificación, después que hayáis sabido lo que queréis por medio del espejo.*

—¿Qué procedimiento es ese, y qué es lo que tengo que prometer?—pregunté en tono de desafío.

—Es para vuestro propio bien. Tenéis que prometerle que os someteréis á este procedimiento, pues de lo contrario, tendría, por el resto de su vida, que considerarse responsable, ante su propia conciencia, de haberos convertido en un vidente *irresponsable*. ¿Lo haréis así, amigo?

—Ya habrá tiempo para pensarlo, si es que veo algo—repliqué en tono de mofa, añadiendo seguidamente:—pero lo dudo mucho aun ahora mismo.

—Pues entonces ya estáis advertido, amigo. Las consecuencias caerán ahora sobre vos—contestó solemnemente.

Miré el reloj é hice un gesto de impaciencia, que fué observado y comprendido por el Yamabooshi. Eran precisamente *las cinco y siete minutos*.

—Precisad bien en vuestra mente *lo que queréis ver y saber*—dijo el «exorcista» poniendo el espejo y el papel en mis manos, é instruyéndome de cómo debía de usarlos.

Recibí sus instrucciones con más impaciencia que gratitud; y por un instante, vacilé de nuevo. Sin embargo, repliqué á la par que fijaba mi mirada en el espejo:

—*No deseo más que una cosa, y es saber la razón ó razones por qué mi hermana ha cesado de escribirme tan repentinamente....*

¿Pronuncié yo realmente estas palabras? ¿las oyeron aquellos dos testigos, ó sólo las pensé?

Hasta hoy no he podido saberlo. Sólo recuerdo ahora una cosa distintamente; mientras miraba en el espejo, el Yamabooshi tenía sus ojos fijos en mí. Pero si este procedimiento duró medio segundo ó duró tres horas, es lo que no he podido nunca poner en claro en mi mente de una manera satisfactoria. Puedo recordar todos los detalles de la escena hasta el momento en que cogí el espejo con la mano izquierda, teniendo el papel escrito con los caracteres místicos entre los dedos pulgar é índice de la derecha, cuando de repente me pareció que perdía por completo la conciencia de los objetos que me rodeaban. El paso del estado activo de vigilia á otro que yo no podía comparar con nada de lo que en vida había experimentado, fué tan rápido, que en tanto que mis ojos habian cesado de percibir los objetos externos y

habían perdido de vista por completo al Bonzo, al Yamabooshi y hasta á mi propia habitación, podía, sin embargo, ver distintamente toda mi cabeza y mi espalda según me hallaba yo sentado é inclinado hácia adelante y con el espejo en la mano. Y experimenté entonces una fuerte sensación de un violento impulso involuntario hácia adelante, como si yo hubiese sido disparado, por decirlo así, fuera de mi sitio, casi iba á decir fuera de mi cuerpo. Y entonces, mientras todos mis demás sentidos se paralizaban totalmente, mis ojos, á lo que creía, alcanzaron inesperadamente una vista más clara y mucho más perspicáz que la que en realidad habían tenido nunca. Contemplé la casa nueva de mi hermana en Nuremberg, la cual jamás había visitado, y la que solamente conocía por un dibujo y otras vistas que nunca me habían sido familiares. A la vez que esto, y mientras sentía en mi cerebro lo que me hacía el efecto de ser chispazos de una conciencia que se apagaba—los moribundos deben, sin duda, sentir algo así—el último pensamiento vago y tan débil que apenas era perceptible, fué que yo debía parecer muy, pero *muy* ridículo..... Este *sentimiento*—pues tal era más bien que pensamiento—fué interrumpido, ó mejor dicho, repentinamente estinguido, por decirlo así, por una clara *visión mental* (no puedo caracterizarla de otro modo) de mí mismo, de lo que yo consideraba y sabía que era mi cuerpo, recostado en el sofá con la palidéz de la muerte en la cara, muerto según todas las apariencias, pero todavía mirando en el espejo con los ojos fríos y vidriosos de un cadáver. Inclinado sobre él, cortando el aire en todas direcciones con sus dos manos flacas, estaba la alta figura del Yamabooshi, por quien sentí en aquel instante un ódio inextinguible y mortal. En el momento en que iba en pensamiento á saltar como una fiera sobre el vil charlatán, mi cadáver, los dos ancianos y la habitación misma con todos sus objetos, empezaron á temblar y á bailar en medio de un resplandor rojizo, y pareció como si fletando se alejáran rápidamente de «mí». Luego aparecieron unas cuantas sombras grotescas y torcidas delante de «mí» vista; y con un último sentimiento de terror y un supremo esfuerzo para darme cuenta *de quién era yo entonces puesto que no era aquel cadáver*, un gran velo de obscuridad cayó sobre mí como un paño funerario, y todo pensamiento se extinguió en mi mente.

## IV

## UNA VISIÓN DE HORRORES

¡Cosa extrañall.... ¿En dónde estaba yo? Era evidente para mí que había vuelto á recobrar mis sentidos, pues me encontraba

dándome cuenta de una manera vívida de que me movía rápidamente hácia adelante, á la vez que experimentaba una rara y extraña sensación como si estuviese nadando, sin esfuerzo ni impulso de mi parte, y en una obscuridad completa. La idea que primeramente se me ocurrió, fué la de un largo pasaje subterráneo de agua, de tierra ó de aire sofocante, aunque corporalmente no tenía percepción ni sensación de la presencia ó contacto de ninguno de aquellos elementos. Traté de pronunciar algunas palabras, repetir mi última frase: «Deseo tan sólo una cosa; saber la razón ó razones por que mi hermana ha cesado tan repentinamente de escribirme;» pero la única palabra que oí de entre las diez y nueve de que constaba dicha frase, fué «saber», y esta, en lugar de salir de mi laringe, vino á mí en mi propia voz; pero completamente fuera de mí, cerca, pero no en mí. En una palabra; era pronunciada por mi voz, pero no por mis labios...

Un rápido movimiento involuntario más; otra zambullida en aquella obscuridad en medio de un elemento para mí desconocido, y me encontré de pié—realmente de pié—bajo tierra, según me parecía. Estaba rodeado de tierra compacta y densa por todos lados, arriba y abajo, á derecha é izquierda, *dentro* del suelo, y, sin embargo, no pesaba, si no que parecía completamente inmaterial y transparente á *mis sentidos*. ¡Ni por un segundo pude darme cuenta de lo absurdo, más aún, de la imposibilidad de aquel hecho *aparente!* Un segundo más, un cortísimo momento, y percibí,—¡oh horror inexpressable, cuando pienso ahora en ello! pues entonces, aunque percibía y me daba cuenta, y recordaba hechos y sucesos mucho más claramente que nunca, no parecía que lo que veía me conmoviese en modo alguno,—sí; percibí un ataúd á mis pies. Era una caja de pino sencilla, en la cual, á pesar de su tapa cerrada, ví claramente un cráneo horrible, espantoso; el esqueleto de un hombre mutilado y destrozado en muchas partes, como si hubiera sido sacado de alguna de las cámaras ocultas de la difunta Inquisición, en donde le hubiesen sometido á la tortura. ¿Quién podrá ser?—pensé.

En este momento oí de nuevo, procediendo de lejos, la misma voz—mi voz..... *la razón ó razones por que.....* dijo; como si estas palabras fuesen la continuación imterrupta de la sentencia de la cual acababa de repetir la palabra «saber». Sonaba cerca, y sin embargo, como si procediese de alguna distancia incalculable, dándome así la idea de que el viaje subterráneo y las subsiguientes reflexiones mentales y descubrimientos no habían empleado tiempo alguno; que se habían verificado durante el corto y casi instantáneo intervalo que medió entre la primera y las palabras

de en medio de la sentencia en todo caso principiada, si es que no fué realmente pronunciada por mí, en mi habitación de Kioto, y la que estaba ahora concluyendo en frases interrumpidas, cortadas; como un éco fiel de mis propias palabras y voz...

Seguidamente aquellos restos hediondos y despezados principiaron á asumir una forma y una apariencia que me era muy familiar. Aquellas partes disgregadas se juntaron las unas á las otras; los huesos se cubrieron nuevamente de carne, y reconocí en estos restos desfigurados—con alguna sorpresa, pero sin un rastro de sentimiento—al difunto esposo de mi hermana, mi propio cuñado, á quien tan verdaderamente había amado por su causa. ¿Cómo era esto, y cómo es que había tenido una muerte tan horrible?—me pregunté. Lo mismo era plantear una cuestión, en el estado en que me hallaba, que resolverla instantáneamente. Apenas me había hecho la pregunta, cuando, como si fuera en un panorama, ví el cuadro retrospectivo de la muerte del pobre Karl, en toda su horrible vividéz y con todos sus terribles detalles, cada uno de los cuales, sin embargo, me dejaba completa y brutalmente indiferente. Aquí está él, el amigo querido, lleno de vida y de alegría ante la perspectiva de un empleo más lucrativo de su principal, examinando y ensayando en un taller de aserrar maderas una máquina á vapor monstruosa, acabada de llegar de América. Se inclina sobre ella para examinar mejor su disposición interior y apretar un tornillo. Sus vestidos fueron cogidos por los dientes de la rueda volante que estaba en movimiento, y repentinamente se vió arrastrado, retorcido, y sus miembros quedaron medio separados, desgarrados, antes de que los trabajadores, para quienes el mecanismo era desconocido, pudieran pararlo. ¡Fué sacado lo que de él quedaba, muerto, triturado, formando una cosa horrible, una masa confusa de sangre y de carne palpitante! Seguí los restos conducidos como montón informe, al hospital; se dió la orden brutal de que los mensajeros de la muerte se detuviesen en el camino en la casa de la viuda y de los huérfanos. Los seguí, y encontré á la descuidada familia tranquilamente reunida. Ví á mi hermana querida, y permanecí indiferente, sintiéndome tan sólo altamente interesado en la escena que iba á tener lugar. Mi corazón, mis sentimientos, hasta mi personalidad, parecían haber desaparecido, haber sido dejados atrás, como si perteneciesen á otro.

Allí estaba «yo» para presenciar el inesperado recibimiento de la lúgubre noticia. Me dí cuenta con toda claridad, sin un momento de vacilación ni de error, del efecto de ella; percibí claramente, siguiendo y anotando en mi mente hasta el más insigni-

según detalle, sus sensaciones y el procedimiento interno que tenía lugar en ella. Observaba y recordaba, sin perder ni un solo punto.

Cuando el cadáver fué llevado dentro de la casa para su identificación, oí un terrible grito de agonía; oí pronunciar mi mismo nombre, y percibí el golpe sordo que produjo el cuerpo vivo al caer sobre los restos del muerto. Seguí con curiosidad el repentino sacudimiento y la perturbación instantánea de su cerebro que sucedieron a esta dolorosa escena, y observé con atención el movimiento precipitado, parecido al de gusanos, é inmensamente aumentado, de las fibras tubulares; el cambio instantáneo de color en la extremidad encefálica del sistema nervioso; la fibrosa materia nerviosa pasando del blanco al encarnado brillante, y después al encarnado obscuro y azulado. Observé el repentino resplandor de una radiación brillante parecida á la del fósforo, su temblor y su extinción repentina, seguida de una completa obscuridad en la región de la memoria.—Noté que dicha radiación, sólo comparable en su forma al modelo humano, salía repentinamente del extremo superior de la cabeza, se ensanchaba, perdía su forma y se esparcía. Y me dije á mi mismo: Esto es la locura, locura incurable por toda la vida, pues el principio de la inteligencia no está paralizado ó extinguido temporalmente, sino que acaba de abandonar para siempre el tabernáculo, arrojado de él por la fuerza terrible del repentino golpe... El lazo entre la esencia animal y la divina se ha roto... Y cuando pronuncié mentalmente el término «divino», tan poco familiar en mí, mi «Pensamiento» se hechó á reír.

De repente volví á oír mi voz lejana, y sin embargo, próxima, pronunciando enfáticamente y cerca de mí las palabras... de por que mi hermana ha cesado tan repentinamente de escribirme. Y antes de que las dos últimas, «de escribirme», hubieran completado la sentencia, ví una larga serie de tristes sucesos seguir inmediatamente á la catástrofe.

Contemplé á la madre, convertida en una débil é infeliz idiota, en el manicomio del hospital de la ciudad, y á los siete hijos menores en un asilo de mendigos. Finalmente, á los dos mayores un muchacho de quince años y una muchacha un año más joven por los cuales yo sentía singular predilección, los ví al servicio de extraños. El capitán de un buque que se iba á dar á vela, se llevó á mi sobrino, y una vieja judía adoptó tierna niña. Ví los sucesos con todos sus horrores y sus lles horripilantes, y los anoté punto por punto con la sangre fría.

Pero hay que fijarse bien: cuando hago uso de expresiones tales como «horrores», etcétera, debe entenderse como un pensamiento ulterior. Durante todo el tiempo que duraron los sucesos descritos, no experimenté ninguna sensación de dolor ni de piedad. Mis sentimientos parecían estar paralizados, y lo mismo mis sentidos externos; solamente después de «volver en mí», fué cuando me dí completa cuenta de mis irremediables pérdidas en toda su extensión.

Mucho de lo que yo había negado de una manera tan vehemente en aquellos días, tengo que admitirlo ahora á causa de mi triste experiencia personal. Si alguno me hubiera dicho entonces que el hombre podía actuar, pensar y sentir fuera de su cerebro y de sus sentidos; más aún, que por medio de algún poder misterioso, y hasta el presente incomprendible para mí, *podía ser transportado mentalmente* á miles de millas de distancia de su cuerpo, para presenciar, no solamente los sucesos presentes, sino también los pasados, y recordarlos, almacenándolos en su memoria, lo hubiera tenido por un loco. Pero ¡ay! ya no puedo pensar así, pues yo mismo soy ese loco. Diez, veinte, cuarenta, cien veces durante el curso de mi vida miserable, he experimentado y visto tales momentos de existencia *fuera de mi cuerpo*. ¡Maldita sea aquella hora en que fué despertado en mí por primera vez este terrible poder! No me queda ni siquiera el consueño de poder atribuir tales visiones de los sucesos á distancia á la locura. Los locos delirán y ven lo que no existe en el reino á que pertenecen; y por el contrario, mis visiones han resuelto siempre *invariablemente exactas*. Pero sigamos mi triste narración.

Apenas había tenido tiempo de ver á mi desgraciada sobrina en su nueva casa israelita, cuando sentí un choque de la misma naturaleza que el que me había arrojado «nadando» al través de las entrañas de la tierra, según me había imaginado. Abrí los ojos en mi propia habitación, y lo primero en que casualmente los fijé, fué en el reloj. Las manecillas de la esfera señalaban las cinco y siete minutos y medio. . . . ¡Había, pues, pasado por estas terribles experiencias, cuya narración me hace invertir horas, *en medio minuto justo de tiempo!*

Pero esto también fué un pensamiento posterior. Durante un brevísimo momento, no recordé nada de lo que había visto. El intervalo entre el tiempo en que miré el reloj, cuando tomé el espejo de las manos del Yamabooshi, y esta segunda mirada, pareció sumirse en una de éstas. Abría ya los labios para burlarme del experimento del Yamabooshi, cuando el recuerdo completo de todo lo que acababa de ver, brilló en mi cerebro como un re-

lámpago. Lancé un grito de horror y de desesperación, y sentí como si toda la Creación me aplastase con su peso. Durante un momento permanecí sin habla como el cuadro de la ruina humana en medio de un mundo de muerte y desolación. Mi corazón se sumergió en la angustia; mi sentencia era definitiva, y una negra tristeza pareció extenderse para siempre durante el resto de mi vida.

## V

## RENACEN LAS DUDAS

Luego sobrevino una reacción tan repentina como mi mismo pesar. Nació en mi mente una duda que luego creció en un deseo furioso de negar la verdad de lo que había visto, y se apoderó de mí una resolución obstinada de tratar todo el asunto como un sueño vano é insubstancial, hijo del excesivo trabajo de mi mente. Si; no era más que una visión mentirosa, un engaño estúpido de mis sentidos, sugiriéndome cuadros de muerte y de miseria que habían sido evocados por un largo período de incertidumbre y abatimiento mental.

—¿Cómo podía ver en menos de medio minuto todo lo que he visto?—exclamé. La teoría de los sueños, y la rapidéz con que son excitados en los ganglios hemisféricos los cambios materiales de que dependen nuestras ideas en las visiones, son suficientes para explicar la larga série de sucesos que me habían parecido experimentar. Sólo en los sueños pueden ser tan completamente aniquiladas las relaciones del tiempo y del espacio. El Yamabooshi no tiene que ver nada en esta desagradable pesadilla. El recoge lo que yo mismo he sembrado, y usando alguna bebida infernal de la que su secta tiene el secreto, ha conseguido hacerme perder el conocimiento por algunos segundos, y ver esta visión tan horrible como mentirosa. Lejos de mí todos estos pensamientos, no creo en ellos. Dentro de unos días sale un vapor para Europa... mañana mismo parto.

Este inconveniente monólogo lo pronuncié en voz alta, sin tener en consideración la presencia de mi respetado amigo el Bonzo Tamoora y la del Yamabooshi. Este último permaneció delante de mí en la misma posición que cuando colocó el espejo en mis manos, y continuaba mirándome tranquilamente debería quizás decir, mirando *dentro* de mí en un silencio lleno de dignidad. El Bonzo, de cuyas bondadosas facciones irradiaba la simpatía, se aproximó á mí como lo hubiera hecho con un niño enfermo, y colocando suavemente su mano en la mía, me dijo con lágrimas en los ojos:

—Amigo, no debéis dejar esta ciudad antes de que hayáis sido purificado de vuestro contacto con los *Daij-Dzins* inferiores (espíritus), cuya intervención ha sido necesaria, para guiar vuestra alma inexperta por los sitios que ansiaba ver. La entrada de vuestro Yo Interno tiene que ser cerrada á estos intrusos peligrosos. No perdáis, pues, tiempo, hijo mío, y permitid al santo Maestro que os purifique en seguida.

Pero nada hay tan sordo como la cólera una vez despierta. «La sávia del raciocinio» no podía ya «apagar el fuego de la pasión», y en aquel momento no me hallaba dispuesto á dar oídos á su voz amiga. Es una cara la suya que nunca puedo recordar sin sincero sentimiento; su nombre lo pronunció siempre con un suspiro de emoción; pero en aquella hora siempre memorable, cuando mis pasiones estaban caldeadas hasta el rojo blanco, sentía casi ódio hácia el bondadoso y buen anciano, y no podía perdonarle su ingerencia en el presente suceso. De aquí que por toda respuesta recibiese de mí una dura reprensión, una protesta violenta de mi parte contra la idea de que yo pudiese nunca considerar la visión que había tenido, bajo ningún otro aspecto que no fuere el de un sueño sin sentido, y su Yamabooshi nada menos que un impostor.

—Partiré mañana aunque esto me cueste toda mi fortuna—exclamé pálido de coraje y desesperación.

—Os arrepentiréis toda vuestra vida, si lo hacéis antes de que el santo varón haya cerrado en vos todas las entradas á los intrusos que están siempre alerta y prontos á entrar por las abiertas puertas;—me contestó. Los *Daij-Dzins* os dominarán.

—Le interrumpí con una risa brutal y con una pregunta, de frases aún más brutales, respecto de la *paga* que tenía que dar al Yamabooshi, por su experimento conmigo.

—No necesita recompensa—respondió.—La orden á que pertenece es la más rica del mundo, puesto que sus miembros nada necesitan, porque están por encima de todos los deseos terrestres y venales. No insultéis al hombre bondadoso que vino á socorreros por pura simpatía ante vuestro sufrimiento, y para libraros de vuestros tormentos mentales.

Pero yo no quería prestar oído á las palabras de razón y sabiduría. El espíritu de rebelión y de orgullo había tomado posesión de mí, y me hacía despreciar todo sentimiento de amistad personal, y hasta de simple decencia. Afortunadamente para mí, al volverme para ordenar al monje mendicante que se alejase de mi presencia, me encontré con que se había marchado.

No le había visto moverse, y atribuí su furtiva desaparición al temor de haber sido descubierto y comprendido.

¡Cuán idiota, cuán estúpido, ciego y presuntuoso era yo! ¿Por qué no reconocí el poder del Yamabooshi, y no ví que la paz de toda mi vida desaparecía con él en aquel momento y para siempre? Pero desgraciadamente fué así... Hasta el fiero demonio de mis grandes temores,—la incertidumbre,—fué entonces enteramente dominado por aquel escepticismo infernal, el más nécio de todos. Una insana y funesta incredulidad, una tenáz negación de la evidencia de mis propios sentidos, y una voluntad determinada de considerar toda la visión como una fantasía de mi mente desequilibrada, se habían apoderado de mí.

—Mi mente—argüía—¿qué es? ¿Debo creer como los supersticiosos y los débiles, que este compuesto de fósforo y materia, es realmente lo superior en mí, y que puede actuar y ver independientemente de mis sentidos físicos? ¡Nunca! Sería lo mismo creer en las *inteligencias* planetarias del astrólogo, que creer en los *Daij-Dzins* de mi crédulo, aunque bien intencionado amigo, el sacerdote. ¡Sería lo mismo confesar la creencia en Júpiter y en el Sol, en Saturno y en Mercurio, y en que estos beneméritos guían sus esferas y se preocupan de los mortales, que conceder un solo pensamiento de credulidad, á las aéreas entidades que suponen haber guiado mi «alma» en su desagradable sueño!

Me causa hastio y risa una idea tan absurda. Considero como un insulto personal á los poderes inteligentes y razonadores sensatos del hombre, el hablar de las criaturas invisibles, de inteligencias *subjetivas* y de todo este fárrago de locas supersticiones. En resúmen; rogué á mí amigo el Bonzo que me ahorrara sus protestas, y con ellas el disgusto de tener que romper con él para siempre.

De este modo desvariaba y argüía delante de aquel señor japonés, haciendo todo lo posible para dejar en su ánimo la convicción indeleble de que me había vuelto repentinamente loco. Pero su prudencia admirable superaba á mi cólera estúpida, y una vez más me suplicó, en interés de todo mi porvenir, que me sometiese á ciertos «ritos necesarios de purificación».

—¡Nunca! Preferiría mucho más morar en el aire rarificado hasta la nada por la bomba de aire de la saludable incredulidad, que en la niebla opaca de la nécia superstición—repliqué parafraseando la frase de Richter.—No quiero creer—repetí; —pero como no puedo soportar por más tiempo una incertidumbre semejante sobre mi hermana y mi familia, regresaré á Europa en el primer vapor.

Esta última determinación desconcertó por completo á mi an-

figura conocida, y me hice sordo á sus ardientes ruegos de que no partiera antes de ver una vez más al Yamabooshi.

—¡Amigo de tierra extranjera!—exclamó.—Deseo que no tengáis que arrepentiros de vuestro escepticismo y tenacidad. Que el «Santa Diosa» (*Awan-Oa*, la Diosa de la Misericordia), os proteja contra las Dsinas! Puse desde el momento en que rehusáis someteros al procedimiento de purificación en manos del santo Yamabooshi, él es impotente para defenderos contra las malas influencias, evocadas por vuestra incredulidad y desconfianza de la verdad. Pero permitid que en la hora de la separación, os lo ruego, permitid á un anciano que os quiere bien, que os avise una vez más y os persuada de cosas que aún ignoráis. ¿Puedo hablar?

—Continúa y decíd lo que queráis—contesté con cierta aspereza. —Pero á mí veé, permitid que os advierta que nada de lo que podéis decirme será bastante, para hacer de mí un creyente en vuestra vergonzosa superstición—añadí con un cruel sentimiento de placer por el innecesario insulto que en ello envolvía.

Pero aquel hombre excelente no hizo caso de este nuevo escarabajo, como tampoco lo había hecho de todos los anteriores. Nunca olvidaré la solemne ansiedad de sus últimas palabras, ni su mirada de piedad y recordamiento cuando vió que todo era verdaderamente inútil, y que por causa de su intervención, aunque llena de bondad, no había conseguido otra cosa que conducirnos á mí perdición.

—Prestadme atención por última vez, buen señor—insistió.—Sabed que, á menos que á aquel hombre venerable y santo, que para aliviar vuestro dolor abrió la visión de «vuestra alma», le sea permitido completar su obra, vuestra vida futura no valdrá, en verdad, la pena de vivirla. El tiene que resguardaros contra las repeticiones involuntarias de visiones del mismo carácter. A menos que consintáis en ello voluntariamente, tendréis que ser abandonado al poder de fuerzas que os acosarán y perseguirán hasta al borde de la locura. Sabed que el desarrollo de la «Gran Visión» (clarividencia), que se realiza á voluntad solamente por aquellos para quienes la Madre de Misericordia, el gran *Awan-Oa*, no tiene secretos, debe obtenerse cuando se trata de principiantes, con la ayuda de los *Dsins* aéreos (espíritus elementales cuya naturaleza no tiene alma, y es, por tanto, perezosa). Sabed, así mismo, que si bien el *Arihat*, «el destructor del enemigo» que ha sometido y hecho de estas criaturas sus servidoras, no tiene nada que temer, aquel que no tiene poder sobre ellas, se hace su esclavo. No, no es riáis en vuestro orgullo ó ignorancia; sino oid todavía. Mientras dura la visión, y

mientras las percepciones internas se dirigen á los sucesos que buscan, el *Daij-Dzin* tiene completamente en su poder al vidente. Cuando se trata de uno que, como vos, es un profano inexperto, y durante aquel tiempo, *este vidente no es el mismo*, participa de la naturaleza de su «guía». El *Daij-Dzin*, que dirige su vista interna, guarda su alma en vil prisión; convirtiéndola mientras dura tal estado en una criatura como él. Desposeído de su luz divina, el hombre es sólo, un ser sin alma, por lo que durante el tiempo de una conexión semejante, no siente emociones humanas, ni piedad ni temor, ni amor, ni caridad.

—Basta ya—exclamé involuntariamente;—pues estas palabras me hicieron recordar, de una manera vivida, la indiferencia con que en mi «alucinación» habia presenciado la desesperación de mi hermana y su pérdida repentina de la razón.—¡Basta! . . . . Pero no; sería más que locura en mí el dar la menor importancia á vuestro estúpido relato. Pero si sabiais que el experimento era tan peligroso, ¿por qué me lo habéis aconsejado?—añadí en tono burlón.

—No iba á durar más que unos cuantos segundos, y ningún mal hubiera resultado de ello, si hubiéseis cumplido vuestra promesa de someteros á la purificación—contestóme con una mezcla de humildad y tristeza.—Yo deseaba vuestro bien, amigo mío; y mi corazón se despedazaba al veros sufrir día tras día. El experimento resulta inocente cuando está dirigido por *uno que sabe*, y sólo es peligroso cuando se desatiende esta última precaución. El «Maestro de Visiones», aquel que ha abierto una entrada en vuestra alma, es quien tiene que cerrarla usando el Sello de la Purificación contra otras deliberadas intrusiones de . . .

—¡El «Maestro de Visiones»!—exclamé interrumpiéndole bruscamente;—decid más bien el Maestro de la Impostura.

Fué tan intensa y dolorosa la expresión de pesar que reflejaba su rostro venerable y bondadoso, que al punto advertí que habia ido demasiado lejos; pero era ya demasiado tarde.

—¡Adiós, pues!—dijo el anciano Bonzo levantándose; y después de las acostumbradas ceremonias de cortesía, Tamora dejó la casa en medio de un silencio lleno de dignidad.

## VI

### PARTO, PERO NO SÓLO

Algunos días después me embarqué, sin haber visto ninguna vez más á mi amigo, el Bonzo. Evidentemente en aquella última, y para mí siempre memorable tarde, se ofendió seriamente con

mis observaciones, que, más que impertinentes, eran realmente insultantes, sobre una persona á quien con tanta justicia respetaba. Lo sentí por él, pero la pasión y el orgullo embargaban de tal modo mi ánimo, que no me permitían sentir un sólo instante de remordimiento. ¿Qué era lo que me hacía saborear el placer de la cólera de tal modo, que cuando, por un momento, me sucedía que llegaba á no sentir mi supuesto agravio contra el Yamabooshi, me agujoneaba inmediatamente á mí mismo en una especie de fúria artificial en contra de él? Este personaje no había hecho otra cosa que lo que se le había pedido y lo que había prometido tácitamente; y no sólo esto, sino que yo mismo había sido quien le había impedido hacer más hasta para mi propia protección, si es que debía creer al Bonzo, hombre que yo sabía era completamente honrado y de toda confianza. ¿Era pesar de haberse visto obligado por mi orgullo á rehusar la ofrecida precaución, ó era el temor del remordimiento el que me hacía rebuscar en mi corazón, durante aquellas malhadadas horas, los menores detalles del supuesto insulto ó aquel mismo orgullo suicida? El remordimiento, como lo ha observado justamente un viejo poeta «es como el corazón en el cual crece...

.....si orgulloso y sombrío,  
Es un árbol venenoso el que atravesado de parte á parte  
Llora solo lágrimas de sangre.....

Quizás fuese el temor indefinido de algo por el estilo lo que me hacía permanecer tan obstinado y me conducía á disculpar, bajo el pretexto de haber sido terriblemente provocado, hasta los mismos insultos que habia amontonado sobre la cabeza de mi compasivo y bondadoso amigo el sacerdote. Sin embargo, era ya demasiado tarde para retirar las palabras ofensivas que habia pronunciado, y todo lo que podía hacer era prometerme la satisfacción de escribirle una carta amistosa, tan pronto como llegase á mi casa. ¡Qué estúpido, qué estúpido ciego era yo, y cuán fátuo y henchido de insolente amor propio estaba! Tan seguro me sentía de que mi visión era debida puramente á alguna treta del Yamabooshi, que realmente llegué á gozar ante la perspectiva de mi próximo triunfo al escribir al Bonzo, que yo habia tenido razón en contestar á sus tristes palabras de despedida con una sonrisa incrédula, puesto que mi hermana y su familia estaban todos buenos y dichosos.

No hacia todavia una semana que me hallaba en el mar, cuando tuve ocasión de recordar sus palabras de aviso.

Desde el día de mi experimento con el espejo mágico, percibí un cambio grande en todo mi ser, y al principio lo atribuí al abatimiento moral con que habia estado luchando por tantos meses. Durante el día me encontraba á menudo abstraído de todo

cuanto me rodeaba, perdiendo de vista por algunos minutos las cosas y las personas. Mis noches eran tranquilas; mis sueños eran tristes y á veces horribles. Seguramente era yo buen marino, y ademàs, el tiempo era extraordinariamente hermoso, estando el Océano tan tranquilo como una balsa. A pesar de esto, sentía á menudo un mareo extraño, y las caras familiares de los pasajeros con quienes me hallaba, adquirían en tales momentos las apariencias más grotescas. Una vez, un jóven alemán á quien conocía muy bien, fué repentinamente transformado ante mis ojos en su anciano padre, á quien habíamos dejado en el pequeño cementerio de la colonia europea hacia unos tres años. Estábamos sobre cubierta y hablábamos del difunto y de ciertos negocios suyos, cuando la cabeza de Max Guinner me pareció como si estuviera cubierta con una nube extraña. Una niebla espesa y gris lo rodeaba, y condensándose gradualmente alrededor y sobre su cara llena de salud, se cambió de repente en la cara vieja y fea que yo mismo habia visto depositar á seis piés bajo tierra. En otra ocasión, al estar el capitán hablando de un ladrón malayo á quien él habia contribuido á capturar y á meter en la cárcel, ví cerca de él la cara amarilla y ruin de un hombre que correspondía á la descripción que habia hecho del bandido. Guardé silencio sobre tales alucinaciones; pero como se hacían más y más frecuentes, me sentí sumamente intranquilo, aunque atribuyéndolo siempre á causas naturales, por el estilo de las que habia leído sobre el asunto en los libros de Medicina.

Una noche fuí despertado bruscamente por un agudo y penetrante grito de angustia. Era una voz de mujer, una voz quejumbrosa como la de un niño, presa de terror y de desesperación inmensa. Desperté, dando un salto, para encontrarme en tierra en una habitación extraña. Una joven, casi una niña, luchaba desesperadamente contra un hombre de fuerzas hercúleas y de mediana edad, que la habia sorprendido en su misma habitación mientras dormía. Detrás de la puerta cerrada con llave, ví á una vieja que estaba escuchando, y cuya cara, á pesar de su expresión infernal, parecía serme familiar; é inmediatamente la reconocí: era la cara de la judía que habia adoptado á mi sobrina en el sueño que tuve en Kioto. Había recibido una suma en pago de la parte que tomó en el horrendo crimen, y estaba entonces ejerciendo su complicidad . . . . Pero, ¿quién era la víctima? ¡Oh, que horror tan inmenso y sobre toda ponderación! Cuando me dí completa cuenta de la situación, al volver á mi estado normal, me encontré con que era mi propia sobrina.

Pero como en mi primera visión, no sentí nada en mí de esa

objeto de los sentidos físicos; y si la percepción con sus modos es sólo el resultado de la organización del cerebro, entonces debería naturalmente sentirse atraído solamente á lo material y terrestre . . . .»—Así me parecía que oía la voz del Bonzo, interrumpiendo mis reflexiones y repitiendo un argumento frecuentemente usado en sus discusiones conmigo.

«No hay más de dos planos de visión ante el hombre—volví á oírle decir:—el plano del amor inmortal y de las aspiraciones espirituales, emanación de la luz eterna, y el plano de la materia siempre sin reposo y sin cesar cambiando, y en cuya luz se bañan los descarriados Daij-Dzins.»

## VII

## LA ETERNIDAD EN UN CORTO SUEÑO

En aquellos días apenas podía darme cuenta, ni por un momento, de cómo podían existir tales absurdas creencias en ninguna clase de espíritus, ya fuesen buenos ó malos. Pero ahora comprendía, ya que no creía, lo que significaba dicho término, si bien aún persistía en suponer que al fin y al cabo todo ello no pasaría de ser algún desarreglo físico ó una alucinación nerviosa. Para fortificar más mi incredulidad, traté de traer á mi memoria todos los argumentos que había leído ú oído contra la creencia en semejantes supersticiones. Recordé los mordaces sarcasmos de Voltaire, el razonar tranquilo de Hume, y me repetía hasta la saciedad las palabras de Rousseau, quien decía que la superstición, «el perturbador de la Sociedad», no podía ser nunca atacada con demasiada violencia. ¿Porqué ha de afectarnos en modo alguno—argüía yo—la vista, ó mejor dicho, fantasmagoría de lo que, cuando nos hallamos en estado de vigilia, sabemos que es falso? ¿Por qué

«Nombres cuyo sentido no vemos.

Han de asustarnos con cosas que no son?»

Un día el anciano capitán nos relataba varias supersticiones propias de los marineros, y un pedante misionero inglés hizo la observación de que Fielding había declarado hacía tiempo que la «superstición vuelve estúpido al hombre»; después de lo cual, vaciló un momento, y se detuvo bruscamente. Yo no había tomado parte alguna en la conversación general, pero apenas había el reverendo concluido de citar la frase, cuando ví en la radiación de la luz vibrante, que yo notaba ahora casi constantemente sobre todas las cabezas humanas que había en el buque, las palabras con que concluía aquella proposición de Fielding: «y el escepticismo lo vuelve loco.»

Yo había oído hablar y había leído las afirmaciones de los que pretenden ser clarividentes, de que ven á menudo los pensamientos de la gente trazados en el aura de los presentes. ¡Sea lo que quiera lo que signifique el «aura» para los demás, yo tenía ahora la experiencia personal de la verdad de tales afirmaciones, y me sentí excesivamente disgustado con este descubrimiento! ¡Yo un *clarividente!* He aquí un nuevo horror añadido á mi vida, un don absurdo y ridículo desarrollado, que tengo que ocultar de los demás, sintiéndome avergonzado de ello como si se tratara de un caso de lepra. En este momento mi ódio contra el Yamabooshi y hasta contra mi venerable amigo el Bonzo, no tuvo límites. El primero había tocado, sin duda alguna, con sus manipulaciones conmigo, mientras yo permanecía inconsciente, algún resorte fisiológico de mi cerebro, y al soltarlo, había hecho manifestar una facultad generalmente oculta en la constitución humana; ¡y el sacerdote japonés fué el que introdujo á aquel miserable en mi casa!

Pero mi cólera y mis maldiciones eran también inútiles y no me servían de nada. Por otro lado, estábamos ya en aguas europeas, y en unos cuantos días estaríamos en Hamburgo. Entonces, mis dudas y temores cesarían, y encontraría, con gran consuelo mío, que aún cuando la clarividencia pudiera tener algo de verdad en sí, con respecto á leer los pensamientos de personas presentes, el ver tales cosas á distancia, como yo había *soñado*, era imposible para las facultades humanas. Sin embargo, á pesar de todos mis razonamientos, mi corazón estaba atemorizado y poseído de los más negros presentimientos: *sentía* que mi condenación estaba próxima. Sufría terriblemente, haciéndose más intensa cada día mi postración nerviosa y mental.

La noche antes de entrar en el puerto, tuve un sueño.

Me figuraba que estaba muerto. Mi cuerpo yacía frío y rígido, á la vez que su moribunda conciencia, que aún se consideraba como «Yo», dándose cuenta del suceso, se preparaba á su propia extinción algunos segundos más tarde. Había creído siempre que, como el cerebro conservaba el calor más tiempo que ninguno de los demás órganos, y era el último en perder su actividad, el pensamiento sobrevivía en él á la muerte del cuerpo durante algunos minutos. Por tanto, no me sorprendió en lo más mínimo el ver en mi sueño que mientras la forma había cruzado ya la tenebrosa sima, «que ningún mortal vuelve á pasar», su conciencia se hallaba todavía en el obscuro crepúsculo, ó primeras sombras del gran Misterio. Así pues, mi pensamiento envuelto, según yo creía, en los restos de una vitalidad que rápidamente se iba extinguiendo, observaba con curiosidad ansiosa ó intensa la aproximación de su

propia disolución, esto es, de su *aniquilamiento*. El «Yo» se apresuraba á tomar nota de mis últimas impresiones, para que el negro manto del olvido eterno no me envolviese antes de haber tenido tiempo de sentir y *gozar* del triunfo grande y supremo de saber que las convicciones de toda mi vida eran verdad, de que la muerte es una cesación completa y absoluta del ser consciente. A cada momento que transcurría, todo se iba obscureciendo más y más á mi alrededor. Enormes y negras sombras se movían ante mi vista, primeramente con lentitud y después con movimiento acelerado, hasta que comenzaron á dar vueltas con una rapidéz casi vertiginosa. Luego, como si este movimiento hubiese tenido lugar sólo con el objeto de condensar la obscuridad, una vez esto alcanzado, mermó su velocidad y cesó completamente, cuando la obscuridad se transformó gradualmente en un negro intenso. Ahora no había al alcance de mi inmediata percepción más que un espacio vacío é insondable, tan sombrío como un pozo pareciéndome tan limitado y silencioso como el Océano sin orillas de la Eternidad, en el cual el tiempo, progénie del cerebro del hombre, se desliza siempre, pero sin poderlo cruzar nunca.

Los sueños, según Catón, son «la imágen de nuestras esperanzas y temores.» No habiendo temido jamás á la muerte en estado de vigilia, me sentía en este sueño sereno y tranquilo ante la idea de mi fin inmediato. A decir verdad, me sentía más bien consolado ante el pensamiento—probablemente debido á mi reciente sufrimiento mental—de que el fin de todo, de la duda, del temor por aquéllos que amaba, del sufrimiento y de toda clase de ansiedades, estaba muy próximo.

La angustia constante que roía mi contristado y dolorido corazón durante tantos y tan largos meses, se había hecho ya insoportable; y si, como Séneca dice, la muerte no es sino «el cesar de ser lo que éramos antes», era mejor morir. El cuerpo está muerto; «Yo», su conciencia, es todo lo que queda ahora de mí por algunos momentos más preparándose á seguirlo. Las percepciones mentales se debilitarán, se harán más confusas y nebulosas á cada segundo, hasta que el deseado olvido me envuelva por completo en su fría mortaja. Dulce es la mágica mano de la muerte; gran consoladora del Universo; profundo y sin ensueños es el sueño en sus brazos que jamás se rinden. Sí, en verdad, es un huésped bien venido..... Un puerto de paz y de calma en medio de las tormentosas olas del Océano de la vida, cuyas rompientes baten en vano las orillas de la Muerte. Dichosa la barca solitaria que flota en las tranquilas aguas de su negro golfo, después de haber sido sacudida por tanto tiempo y tan cruelmente por las enrespadas olas de la vida.

Allí, anclada para siempre, sin necesitar ya más ni vela ni remo, mi barca encontrará ahora el reposo. Bien venida seas, pues, ¡oh Muerte! á costa de este precio tentador; y tú, pobre cuerpo, adiós; no habiendo buscado ni obtenido placeres por su medio, lo abandono ahora gustoso.

Mientras yo entonaba este canto de muerte á la forma postrada ante mí, me incliné sobre ella y la examiné con curiosidad. Sentíame oprimido por la obscuridad que reinaba en torno mío, pensando sobre mí de una manera casi tangible, y me figuré ver en ella la aproximación del libertador á quien daba la bienvenida. Y sin embargo..... ¡qué cosa más extraña! Si la Muerte verdadera y final tiene lugar en nuestra Conciencia; si después de la muerte del Cuerpo «Yo» y mis percepciones conscientes hacen sólo uno—¿cómo es que estas percepciones no se debilitan, y por qué mi acción cerebral parece tan vigorosa como siempre, ahora.... que de hecho estoy muerto?..... Ni tampoco el sentimiento habitual de la ansiedad, «la opresión de corazón», llamada así, decrece en intensidad; más aún, hasta parece que se hace peor..... de manera indecible!..... ¡Qué tiempo necesita el completo olvido para llegar!..... ¡Ah, he aquí mi cuerpo otra vez!..... Desvanecido ante mi vista durante uno ó dos segundos, reaparece nuevamente delante de mí..... ¡Qué blanco y cadavérico parece! Sin embargo..... su cerebro no puede estar del todo muerto, puesto que «Yo», su conciencia, actúo aún; puesto que ambos nos figuramos vivir y pensar todavía, sin estar en conexión con su Creador ni con sus células.

De repente sentí un violento deseo de ver cuánto tiempo más duraría el proceso de disolución, antes de que este pusiese su último sello en el cerebro, haciéndolo inactivo. Examiné la cavidad de mi cerebro al través de las para mí transparentes paredes del cráneo, y hasta *toqué la materia cerebral*..... Cómo ó *con qué manos*, no puedo decirlo; pero la impresión de la materia viscosa é intensamente fría, me produjo en aquel sueño una profundísima impresión. Con gran terror mío encontré que, habiéndose la sangre coagulado completamente, y habiendo los mismos tejidos cerebrales sufrido un cambio, este estado no podía ya permitir ninguna acción molecular, y se me hacía imposible el explicar el fenómeno que tenía lugar conmigo. Aquí me hallaba yo—ó mi conciencia, lo que es todo uno—permaneciendo sin conexión alguna aparente con mi cerebro, que no podía ya funcionar..... Pero no tuve más tiempo para seguir reflexionando. Un nuevo cambio de los más extraordinarios habia tenido lugar en mis percepciones, absorbiendo ahora toda mi atención..... ¿Qué es lo que esto significa?

La misma obscuridad que antes me rodeaba, un espacio negro é impenetrable extendiéndose en todas direcciones. Solo que ahora precisamente enfrente de mí, en cualquiera dirección que mirase, moviéndose á la par que yo me movía, había un gigantesco reloj circular un disco cuya cara enorme y blanca se destacaba de una manera siniestra sobre el obscuro marco de ébano que lo rodeaba. Al mirar aquel enorme disco y la péndola que se movía con singularidad y lentamente de uno á otro lado en el Espacio, como si su balanceo quisiese dividir la eternidad, noté que sus agujas señalaban *las cinco y siete minutos*, la hora en que había empezado mi tortura en Kioto. Apenas había tenido tiempo de fijarme en esta coincidencia, cuando con horror indescriptible me sentí pasar por el mismo é idéntico procedimiento que había experimentado en Kioto, en aquel día memorable y fatal. Nadé por debajo del suelo, precipitándome velozmente al través de la tierra. Me encontré otra vez en la tumba del mendigo, y reconocí á mi cuñado en los restos despedazados que allí veía; presencié su terrible muerte, entré en la casa de mi hermana, contemplé su agonía y la ví volverse loca. Pasé por todas estas escenas sin perder un sólo detalle de las mismas. Pero ¡ay! no estaba entonces acorazado con aquella tranquila indiferencia que en la primera visión me había hecho tan insensible á mi gran infortunio, como si hubiese sido un pedazo de roca sin entrañas. Mis torturas mentales se hacían ahora indescriptibles é insoportables. Hasta la desesperación continua, y la ansiedad incesante que experimentaba de una manera constante despierto, eran ahora en mí sueño, y ante esta repetición de visiones y sucesos, como una hora de sol obscurecido comparada con un ciclón de muerte.

¡Oh! ¡Cómo sufrí en medio de este cúmulo y exuberancia de horrores infernales, á los cuales la convicción de que sobrevive la conciencia del hombre después de la muerte—pues en este sueño creía yo firme que mi cuerpo estaba muerto—añadía el más terrorífico de todos!

No duró mucho el alivio relativo que sentí, cuando, después de haber pasado por la última escena, ví otra vez delante de mí la grande y blanca esfera del reloj. La enorme aguja en forma de flecha señalaba en el disco colosal *las cinco y siete minutos y medio*. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de darme cuenta exacta de este cambio, la aguja empezó á moverse lentamente hácia atrás, se detuvo en el séptimo minuto, y ¡oh destino maldito!..... me sentí otra vez conducido á la repetición de la misma serie de horrores. Nuevamente nadé por debajo del suelo, y ví, oí y sufrí todas las torturas que el infierno puede proporcionar. Volví á ver el reloj fatal y su

aguja —después de lo que á mi me pareció una eternidad— que, como anteriormente, sólo había avanzado medio minuto. Renovóse mi terror al observar que la aguja retrocedía, y me sentí impulsado de nuevo hácia adelante. Y así se continuó una, y otra, y otra vez en una série, al parecer interminable, que nunca había tenido principio y que jamás tendría fin.

Y lo que era lo peor, mi conciencia, mi «Yo», había adquirido aparentemente la cualidad fenomenal de triplicarse, cuadruplicarse y hasta decuplicarse. Yo vivía, sentía y sufría, en el mismo espacio de tiempo, en media docena de sitios á la vez, pasando por varios sucesos de mi vida, en diferentes épocas y en las circunstancias más distintas, pero predominando sobre todas mi experiencia *espiritual* en Kioto. Así como en la famosa *fuga del Don Giovanni* las notas desgarradoras en el ária de desesperación de Elvira, se destacan sobre todas, sin que por esto intervengan ni se confundan en modo alguno con la melodía del minuet, ni con el canto de seducción, ni con el coro, de la misma manera pasé una y otra vez por aquellas angustias y sentimientos de agonía indescriptibles ante los horribles espectáculos de mis visiones, cuya repetición no mermaba en lo más mínimo ninguna de las congojas de mi desesperación y de mi horror; ni tampoco estos sentimientos debilitaban en nada el sufrimiento de otras escenas, sin relación alguna con las primeras, por las que á la vez pensaba, sin que interviniesen para nada las unas en las otras. Era una experiencia enloquecedora, una série de vividas fantasmagorías mentales de la vida real. Allí, durante el mismo medio minuto de tiempo examinaba con fría curiosidad los mutilados restos del esposo de mi hermana; seguía con la misma indiferencia los efectos de su noticia en su cerebro, como en mi primera visión en Kioto, y *al mismo tiempo* sentía una tortura infernal por estos mismos sucesos, como cuando volví al estado de vigilia. Oía los discursos filosóficos del Bonzo, comprendiendo cada una de sus palabras, y trataba de reirme de él con escarnio. Fui de nuevo un niño, después un adolescente, y escuchaba las voces de mi madre y de mi hermana amonestándome y enseñándome mis deberes para con todos los hombres. Salvaba á un amigo que se estaba ahogando, y me burlaba de su padre que me daba las gracias por haber salvado un «alma» no preparada aún para rendir cuentas á su Hacedor.

¡Hablad de conciencia *dual* vosotros los psicofisiólogos!—exclamé en uno de aquellos momentos en que la agonía mental, y á lo que á mi me parecía, también física, había llegado á un grado de intensidad tal, que hubiera bastado á matar una docena de hombres;—¡hablad de vuestros experimentos psicológicos y fisio-

aguja —después de lo que á mí me pareció una eternidad— que, como anteriormente, sólo había avanzado mediodiminuto. Renovóse mi terror al observar que la aguja retrocedía, y me sentí impulsado de nuevo hácia adelante. Y así se continuó una, y otra, y otra vez en una série, al parecer interminable, que nunca había tenido principio y que jamás tendría fin.

Y lo que era lo peor, mi conciencia, mi «Yo», había adquirido aparentemente la cualidad fenomenal de triplicarse, cuadruplicarse y hasta decuplicarse. Yo vivía, sentía y sufría, en el mismo espacio de tiempo, en media docena de sitios á la vez, pasando por varios sucesos de mi vida, en diferentes épocas y en las circunstancias más distintas, pero predominando sobre todas mi experiencia *espiritual* en Kioto. Así como en la famosa *fuga del Don Giovanni* las notas desgarradoras en el ária de desesperación de Elvira, se destacan sobre todas, sin que por esto intervengan ni se confundan en modo alguno con la melodía del minuet, ni con el canto de seducción, ni con el coro, de la misma manera pasé una y otra vez por aquellas angustias y sentimientos de agonía indescriptibles ante los horribles espectáculos de mis visiones, cuya repetición no mermaba en lo más mínimo ninguna de las congostas de mi desesperación y de mi horror; ni tampoco estos sentimientos debilitaban en nada el sufrimiento de otras escenas, sin relación alguna con las primeras, por las que á la vez pensaba, sin que interviniesen para nada las unas en las otras. Era una experiencia enloquecedora, una série de vividas fantasmagorías mentales de la vida real. Allí, durante el mismo medio minuto de tiempo examinaba con fría curiosidad los mutilados restos del esposo de mi hermana; seguía con la misma indiferencia los efectos de su noticia en su cerebro, como en mi primera visión en Kioto, y *al mismo tiempo* sentía una tortura infernal por estos mismos sucesos, como cuando volví al estado de vigilia. Oía los discursos filosóficos del Bonzo, comprendiendo cada una de sus palabras, y trataba de reirme de él con escarnio. Fui de nuevo un niño, después un adolescente, y escuchaba las voces de mi madre y de mi hermana amonestándome y enseñándome mis deberes para con todos los hombres. Salvaba á un amigo que se estaba ahogando, y me burlaba de su padre que me daba las gracias por haber salvado un «alma» no preparada aún para rendir cuentas á su Hacedor.

¡Hablad de conciencia *dual* vosotros los psicofisiólogos!—exclamé en uno de aquellos momentos en que la agonía mental, y á lo que á mí me parecía, también física, había llegado á un grado de intensidad tal, que hubiera bastado á matar una docena de hombres;—¡hablad de vuestros experimentos psicológicos y fisio-

lógicos, vosotros, hombres de ciencia, henchidos de orgullo y hartos de lecturas de libros! Aquí estoy para desmentiros..... Y ahora leía yo las obras y sostenía conferencias con los sabios profesores y académicos que me habían conducido á mi fatal escepticismo. Y mientras que argüía la imposibilidad de la conciencia una vez divorciada del cerebro, derramaba lágrimas de sangre sobre el supuesto horroroso destino de mis sobrinos. Pero lo más terrible de todo era que yo sabía, *como únicamente lo puede saber una conciencia en libertad*, que todo lo que había visto en mi visión en el Japón, y todo lo que estaba ahora viendo y oyendo una y otra vez, era verdad en todos sus puntos y detalles, era una larga cadena de hechos tan horrendos y terribles como reales y verdaderos.

Quizás era ya la centésima vez que fijaba mi atención en las agujas del reloj; había perdido ya la cuenta de mis vueltas y estaba llegando á la certidumbre de que jamás tendrían fin, de que la conciencia es, después de todo, indestructible, y de que éste era mi castigo en la Eternidad. Por experiencia propia había principiado á darme cuenta exacta de cómo deben sentir los pecadores condenados—«¿no es la condenación eterna una imposibilidad lógica y matemática en un Universo siempre progresivo?»—objetaba yo haciendo un último esfuerzo. Sí, verdaderamente; en esta hora de mi siempre progresiva agonía, mi conciencia—ahora sinónimo de mi «Yo»—tenía todavía el poder de rebelarse contra ciertas afirmaciones teológicas, de negar todas sus proposiciones, todas, menos la del *Yo inmortal*..... No; ya no negaba la naturaleza independiente de mi conciencia, pues ahora sabía que existía. ¿Pero es eterna? ¡Oh, tú, incomprendible y tremenda Realidad! Y si eres eterna, ¿quién eres entonces, puesto que no hay deidad, ni hay Dios? ¿De dónde vienes y cuándo apareciste por primera vez, si no eres una parte del cuerpo helado que allí yace? ¿Y á dónde me conduces á mi que soy tú mismo, y tendrán un fin nuestro pensamiento y nuestra imaginación? ¿Cuál es tu nombre verdadero, tú, insondable Realidad é impenetrable Misterio? ¡Oh! te aniquilaría.....—«¡Visión—Alma!»—¿quién habla de Alma, y de quién es esta voz?..... Dice que ahora veo por mí mismo que hay tal alma en el hombre después de todo..... Lo niego. Mi Alma, mi Alma vital, ó el espíritu de vida ha expirado con mi cuerpo, con la materia gris de mi cerebro. Este «Yo» mio, esta conciencia no se ha probado todavía que sea eterna. La Reencarnación, en la que el Bonzo estaba tan ansioso que yo creyese, puede ser verdad..... ¿Por qué no? ¿No nace la flor año tras año de la misma raíz? De aquí que este «Yo», una vez separado de su

cerebro, perdido su equilibrio, y produciendo tal hueste de visiones . . . . . antes de reencarnar . . . . .

Me encontré otra vez frente á frente del reloj inexorable y fatal. Y cuando estaba observando sus agujas, oí la voz del Bonzo saliendo de las profundidades de su blanca esfera, que decía: «En este caso me temo *que tendréis que abrir y cerrar la puerta del templo una y otra vez durante un periodo que por más corto que sea, os parecerá una eternidad*» . . . . .

El reloj desapareció, la obscuridad hizo lugar á la luz, la voz de mi anciano amigo fué ahogada por una multitud de voces que sonaban sobre mi cabeza en la cubierta, y me desperté en mi litera, cubierto de un sudor frío y desvanecido de terror.

## VIII

### UNA NARRACIÓN DE DESGRACIAS

Estábamos en Hamburgo, y tan pronto como hube visto á mis socios que apenas pudieron reconocermé, partí para Nüremberg, después de obtener su consentimiento, y acompañado de sus buenos deseos.

Media hora después de mi llegada, la última duda respecto de la veracidad de mi visión habia desaparecido. La realidad era peor que todo cuanto mis temores hubiesen imaginado, y en adelante estaba condenado á la vida más desolada. Tuve la seguridad de que habia visto la terrible tragedia con todos sus desgarradores detalles. Mi cuñado destrozado por las ruedas de la máquina, mi hermana loca y aproximándose rápidamente á su fin; mi sobrina, la tierna flor de la obra más acabada de la Naturaleza, deshonrada y en un antro de infamia; los niños menores muertos de una enfermedad contagiosa en un asilo de huérfanos; mi único sobrino que sobrevivía, embarcado y sin saber nadie en dónde estaba. Toda una familia, una casa de paz y de amor deshecha, quedando yo tan sólo como testigo de este mundo de desolación, de muerte y deshonra. Aquellas noticias me llenaron de desesperación infinita y me sentí abrumado bajo el peso del horrendo desastre, cuya realidad tocaba yo repentinamente. El choque era demasiado fuerte, y caí desvanecido. Lo último que oí antes de perder por completo el conocimiento, fué esta nota del Burgomaestre:

«Si antes de partir de Kioto hubiéseis telegrafiado á las autoridades de la ciudad, notificando vuestra residencia y vuestra intención de venir á vuestro país, para haceros cargo de vuestros jóvenes parientes, hubiéramos pedido colocarlos en alguna otra parte,

salvándolos así de su destino. Nadie sabía que los niños tuviesen ningún pariente que gozase de buena posición. Quedaban como mendigos, y por tanto tenían que ser tratados como tales. Eran relativamente forasteros en Nüremberg, y bajo tales desgraciadas circunstancias no podíais esperar otra cosa. . . . ni puedo hacer más que expresaros mi sincero pesar por lo sucedido.»

Este conocimiento terrible de que hubiera podido, en todo caso, salvar á mi joven sobrina de su inmerecida desgracia, cosa que no había hecho por mi abandono, era lo que me estaba matando. Si yo hubiese seguido el amistoso consejo del Bonzo Tamoorá y hubiera teleografiado á las autoridades algunas semanas antes de mi regreso, mucho hubiera podido evitarse. Todo esto unido al hecho de que no podía dudar por más tiempo de la clarividencia y clariaudiencia, cuya posibilidad había negado por tanto tiempo, fué la causa de mi rápido desvanecimiento. Yo podía evitar la censura de los demás hombres, pero no podía escapar jamás al agujón de mi conciencia ni á los reproches de mi dolorido corazón ¡no, nunca mientras viviera! Maldije mi pertinaz excepticismo, mi negación de los hechos, mi temprana educación, me maldije á mi mismo y al mundo entero. . . .

Durante algunos días conseguí no caer bajo el peso de mi infortunio, pues tenía un deber que cumplir para con los muertos y los vivos. Pero una vez que hube conseguido sacar á mi hermana del asilo de mendigos y tener la hija á su lado para atenderla en sus últimos momentos, y una vez metida en la cárcel la judía á quien había obligado á confesar su crimen, mi valor y mi fuerzas me abandonaron de repente. Una semana escasa después de mi llegada, me hallaba convertido en un loco delirante, cogido por la fuerte garra de una fiebre cerebral. Durante algunas semanas estuve fluctuando entre la vida y la muerte; tan terrible era la dolencia que desafiaba la habilidad de los mejores médicos. Por fin venció mi vigorosa constitución y, con pesar de toda mi vida, declararon que estaba salvado.

Escuché la noticia, sangrándome el corazón. Condenado á llevar sólo el aborrecible peso de la vida en adelante y presa de un remordimiento perenne, sin esperanza de ayuda ni de remedio en la tierra, y rehusando creer todavía en la posibilidad de ninguna otra cosa más que en una corta supervivencia de la conciencia más allá de la tumba, este inesperado regreso á la vida no hizo más que añadir una gota de hiél á mis amargos sentimientos que fueron aún aumentados por la vuelta inmediata, durante los primeros días de convalecencia, de aquellas involuntarias visiones, cuya verdad y realidad no podía ya negar. ¡Ah qué días! ya no eran para mi mente excéptica y ciega

«Los hijos de un cerebro ocioso, Concebidos por la vana fantasía; sino siempre la fiel fotografía de las desgracias y sufrimientos reales de mis semejantes, de mis mejores amigos . . . . Asi me ví condenado, siempre que por un momento me quedaba solo, á la tortura desesperada de un Prometeo encadenado. Durante las tranquilas horas de la noche, como cogido por una despiadada mano de hierro, me veía conducido á la cabecera de la cama de mi hermana, forzado á observar y á ver hora tras hora la silenciosa desintegración de su organismo gastado; á presenciar y sentir los sufrimientos que un cerebro deshabitado no podía ya reflejar ó transmitir á sus percepciones. Pero había algo todavía más terrible para hacer mayor el tormento causado por aquel dardo que no podía ser nunca extraído. Tenía que mirar durante el día el rostro inocente é infantil de mi joven sobrina tan sublimemente sencilla y pura en su profanación; y presenciar por la noche cómo el completo conocimiento y recuerdo de su deshonra, de su juventud para siempre marchitada, le venía en sus sueños tan pronto como se hallaba dormida. Estos sueños tomaban para mí una forma objetiva, como me habia sucedido en el vapor; tenía que experimentarlos nuevamente, noche tras noche, y sentir la misma terrible desesperación. Pues ahora, desde que creía en la realidad de la clarividencia, y habia llegado á la conclusión de que esta yace latente en nuestro cuerpo, como en la oruga la crisálida que á su vez puede contener la mariposa—el símbolo del alma,—ya no permanecía indiferente como antes á lo que presenciaba en mi vida psíquica. Algo se había desarrollado repentinamente en mí, algo se había echado fuera de su helado capullo. Evidentemente no veía sólo por consecuencia de la identificación de mi naturaleza interna con un *Daij-Dzin*; mis visiones eran causadas por un desarrollo personal psíquico directo, y aquellas infernales criaturas sólo se cuidaban de que yo no pudiese ver nada agradable ó de naturaleza elevada. De este modo, ahora, ni un sólo tormento inconsciente del cuerpo demacrado y moribundo de mi hermana, ni un sólo estremecimiento de horror de los sueños intranquilos de mi sobrina, al recuerdo del crimen cometido con ella, niña inocente, dejaba de encontrar un eco en mi corazón traspasado de dolor. La fuente inagotable de amor y de pesar simpático habia fluído fuera del corazón físico, y era ahora repercutida fuertemente por el alma despierta separada del cuerpo. ¡Así tuve que agotar la copa del sufrimiento hasta las mismas heces! ¡Desgraciado de mí! Era una tortura constante de día y de noche. ¡Oh! Cómo lamentaba yo mi necio orgullo; cómo fuí castigado por no haberme aprovechado en Kioto de la purificación ofre-

cida, pues ahora había llegado á creer hasta en la eficacia de esta última. El Daij-Dzin había verdaderamente llegado á dominarme, y aquel demonio había soltado á todas las furias del infierno sobre su víctima.....

Al fin, el terrible golfo fué cruzado. La pobre martir Kica cayó en su obscura y bienvenida tumba, dejando tras sí, aunque sólo por pocos meses, á su primera hija. La tisis concluyó pronto con esta tierna naturaleza. Un año escaso después de mi llegada, me hallé sólo en este mundo, pues mi único sobrino, que sobrevivía, expresó el deseo de seguir en su carrera de marino.

Y ahora poco falta para llegar al fin de mi triste, tristísima historia. Yo era un anciano prematuro, pareciendo á los treinta años de edad, como si hubiesen pasado sesenta inviernos sobre mi condenada cabeza, y debido á mis incesantes visiones y al encontrarme diariamente al borde de la locura, tomé repentinamente una resolución desesperada. Dirigirme de nuevo á Kioto y buscar al Yamabooshi para postrarme á los piés de aquel santo varón y no abandonarle hasta que hubiese alejado de mí al espíritu infernal que había evocado, y del cual fui yo mismo quien no quiso separarse entonces, por causa de mi orgullo insolente y de mi incredulidad.

Tres meses después me encontraba otra vez en mi casa japonesa, y en seguida busqué á mi anciano y venerable Bonzo Tamoora Hideyeri, á quien supliqué que me condujese sin pérdida de tiempo al Yamabooshi, causa inocente de mis diarios tormentos. La contestación que me dió puso el último y supremo sello sobre mi sentencia, y acrecentó considerablemente la intensidad de mi desesperación. El Yamabooshi había dejado el país marchando no se sabía adónde. Había partido una mañana para el interior en peregrinación, y según la costumbre, estaría ausente, á menos que la muerte no acortase el período, nada menos que siete años!.....

En vista de este desgraciado contratiempo, fui á pedir ayuda y protección á otros sabios Yamabooshis, y aunque sabía bien cuán inútil era en mi caso el buscar cura eficaz de otro «adepto», mi excelente y anciano amigo hizo todo cuanto pudo para remediar mi infortunio. Pero todo fué inútil, y no era posible librarme del gusano gangrenoso que constituía la desesperación de mi vida.

Supe por ellos que ni uno sólo de estos sabios podía prometerme el alivio total de la obsesión del demonio de la clarovidencia. Sólo aquél que evocó á ciertos Daij-Dzins apelando á ellos para enseñar el futuro, ó cosas que ya habían pasado,

de la Gran Vision» quienes me llevaron á su retiro misterioso. Allí permanecí por varios años estudiando con ahinco en la más completa soledad, y no viendo á nadie más que á unos cuantos miembros de nuestra comunidad religiosa.

Muchos son los misterios de la Naturaleza que desde entonces he sondeado, y muchos son los volúmenes secretos que devoré de la biblioteca de Tzion-ene, obteniendo así dominio sobre varias clases de seres invisibles de orden inferior. Pero el gran secreto del poder sobre los terribles Daij-Dzins no pude obtenerlo, puesto que es el privilegio de un número muy limitado de los más altos iniciados en Lao-tze, ignorando la gran mayoría de los mismos Yamabooshi la manera de obtener un dominio semejante sobre este peligroso Elemental. Para poder alcanzar tal poder dominador, se necesita llegar á identificarse completamente con el Yamabooshi, aceptar sus opiniones y creencias y alcanzar el más alto grado de iniciación. Como es natural, no fui considerado á propósito para pertenecer á la Hermandad, siendo esto debido á muchas causas insuperables, además de mi escepticismo congénito y recalcitrante, á pesar de que hacía cuanto podía por creer. Así, aliviado en parte de mi padecimiento, y habiendo aprendido á conjurar las malhadadas visiones, sin embargo, era todavía impotente y lo soy hasta el presente, para impedir sus apariciones forzosas ante mí de vez en cuando.

Después de convencerme de mi ineptitud para la condición sublime de un Vidente y Adepto independiente, desistí á pesar mío de continuar trabajando en este sentido. Nada se había vuelto á saber de aquel santo varón, primera causa inocente de mi desgracia, y el mismo anciano Bonzo que alguna que otra vez me visitaba en mi retiro, no podía ó no quería darme noticia alguna sobre el Yamabooshi. Por tanto, cuando tuve que abandonar toda esperanza de librarme de mi dón fatal, me determiné á regresar á Europa para abismarme en la soledad durante el resto de mi vida. Con este fin compré por conducto de mis antiguos socios el *chalet* suizo en que mi desgraciada hermana y yo nacimos, y donde yo había crecido bajo su cuidado, destinándolo á ser mi futura ermita.

Al decirme adiós para siempre á bordo del vapor que debía conducirme á mi madre Patria, el buen anciano Bonzo trató de consolarme de mi decepción.

—Hijo mío—me dijo—considerad como vuestro *Karma*, ó justa retribución todo lo que os ha sucedido. Ninguno que se haya sometido voluntariamente al poder de un *Daij-Dzin*, puede esperar nunca el llegar á ser un *Rahat*, (Adepto), un Yamabooshi de

## VISITA DEL CORONEL OLCOTT A BUENOS AIRES

---

El Presidente-Fundador de la Sociedad Teosófica cuya llegada á Buenos Aires esperábamos para los primeros días de Mayo, ha escrito á nuestro Director desde San Francisco, anunciándole que se ha visto obligado á demorar su estadía en los Estados Unidos, de donde saldrá recién en Agosto, embarcándose en New-York ó Bostón directamente para la Argentina.

Durante su permanencia en Buenos Aires,—que será de quince días ó un mes,—dará diversas conferencias públicas en francés, en las que se ocupará con la especial competencia que le es reconocida, y en la forma en que lo hizo en Francia y en Italia, donde tuvo un éxito brillante, como el que acaba de alcanzar en los Estados Unidos, de desarrollar diversos temas teosóficos.

La correspondencia, pues, que se le envíe para ser recibida antes del 1.º de Agosto, debe dirigirse bajo sobre á Mr. Alexander Fullerton, 46, Fifth Avenue, New-York, N. Y.

LA DIRECCIÓN.

---